

Diseño de portada:

© XXXXXX

© Ediciones SM Chile S.A.

Pedro de Valdivia 555, piso 11, Providencia, Santiago.

ISBN: XXXXXX

Registro de propiedad intelectual: XXXXXX

Primera edición: noviembre de 2009

Impresión: Salesianos Impresores S.A.

General Gana 1486, Santiago.

IMPRESO EN CHILE / *Printed in Chile*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

POSIBLE, OTRO CHILE

Lo nuevo hoy es posible

2009

Colección
Posible, otro Chile

ediciones 

Índice

Presentación

Del argumento.....	
Del libro.....	

Capítulo I: Es un tiempo para ensayar lo nuevo y así hacer otra historia posible

El nuestro, un tiempo para lo nuevo.....	
La fuerza de los cambios.....	

Capítulo II: Describiendo lo nuevo

Lo nuevo, lo que no puede faltar.....	
Lo nuevo es posible.....	
Lo nuevo es conveniente.....	
Lo nuevo es necesario.....	
Lo nuevo es indispensable.....	
Lo nuevo es lo nuevo de lo nuevo.....	
Lo nuevo es profundo.....	
Es exigente.....	
Es fecundo y fruto de la fecundidad.....	
Se identifica con lo distinto.....	
Es positivo.....	
Lo nuevo es inclusivo.....	
Es vital, vivo.....	
Es sagrado.....	
Lo nuevo hoy y en Chile.....	

Capítulo III: Lo nuevo es una sensación sentida

Capítulo IV: Más aún, lo nuevo es un paradigma

Capítulo V: Anotaciones para iniciar y recorrer el camino que hace lo nuevo posible

Lo nuevo puede ser malo y lo malo puede, también, traer novedad y sorprender, deslumbrar y confundir.....	
La aprensión a lo nuevo.....	
“El hombre nuevo”.....	
El tiempo nuevo.....	
Los lugares nuevos.....	
Las nuevas instituciones.....	
La nueva tendencia sociocultural.....	
Involucrarse en lo nuevo.....	

Lo nuevo lo acoge una comunidad y la comunidad necesita lo nuevo.....
Lo nuevo nos deja mirando hacia adelante.....
Hablar de lo nuevo lleva a poner una atención especial en la generación joven.....
Lo nuevo está en la zona del desconfort.....

Capítulo VI: Camino por recorrer para que lo nuevo lo llene todo

Primer aspecto: clarificar y definir lo nuevo. ¿Qué es?
¿De dónde viene y a dónde va? ¿Qué deja y produce?.....
Segundo Aspecto: Descubrir y ver lo nuevo, los signos de vitalidad
que aparecen en torno nuestro y hoy.....
Tercer aspecto: Poner nombre a lo nuevo.....
Cuarto aspecto: Describir y situar en contexto lo nuevo y los signos
de la presencia y de la acción de lo nuevo en medio de nosotros.....
Quinto aspecto: Desarrollar y proponer estos signos de presencia
y acción novedosa como inicio de etapa nueva.....
Sexto aspecto: Celebrar y agradecer lo nuevo en medio de un pueblo,
de un grupo o en el corazón de una persona.....

Capítulo VII: Para hacer surgir lo nuevo

Momento espiritual e inspiracional.....
Momento racional.....
Momento expresivocomunicativo.....
Momento social y cívico.....
Momento ético.....
Momento educativo y de aprendizaje.....
Momento ejecutivo y de poner por obra.....

Capítulo VIII: Reciclar nuestras vidas en la novedad

Capítulo IX: Lo nuevo país

Lo nuevo en un país lo deberíamos encontrar por partes.....
Lo nuevo en un país se debe hacer posible.....
Compromisos que trae lo nuevo a los ciudadanos de un país.....

Capítulo X: Lo cristiano fue y es nuevo y fuente de innovación

La novedad en el modo del anuncio.....
La novedad en los contenidos.....
La novedad en los dinamismos que desata.....
La novedad en la Iglesia.....
El cristianismo es como un sueño para el hombre.....

Conclusión: Los grandes robles nacen de las pequeñas bellotas

Presentación

*“No te rindas, aún estás a tiempo
de alcanzar y comenzar de nuevo”*

Mario Benedetti

Quiero comenzar expresando y describiendo lo que en mí es un miedo y casi rechazo a lo nuevo. Estoy cansado de oír referencias a lo nuevo y de hacer yo, en la práctica, lo mismo de siempre. De ello se ha hablado mucho y no siempre responsable y atinadamente. A ratos tengo la impresión de encontrarme ante una palabra muy gastada. Otras veces, con una realidad que me bloquea y consigue hasta paralizarme. No puedo ocultar que lo nuevo ha llegado a incomodarme, causar disgusto y desilusión. Quizás por eso mismo he podido ver y comprender que algunos llegan a estigmatizarlo. No resulta raro ver lo nuevo como un juguete, algo con lo que nos entretenemos y jugamos pero que para nada lo tomamos en serio.

Lo nuevo se ha convertido para mí en una pesadilla más que en una bendición. A ratos estoy renuente con esta palabra; como que no ayudara a relanzar a nadie en la vida. Con lo nuevo seguimos siendo lo que siempre hemos sido, ni más ni menos y para nada nos lleva a estar a la altura de lo mejor de nosotros mismos. No hay duda de que para entrar en nuestra existencia con un tono vigorizador, que nos deje con potencial para ser más, debemos desear la novedad que conlleva. Pero siento, también, que entrar en la novedad será entrar en un rampante narcisismo. No hay duda de que la vida comienza de nuevo cada día y que hay que estar a la altura de ella. Por lo tanto, salvo que nos ceguemos y cerremos, a menos que nos neguemos a vivir a tope cada día, también nosotros nos renovamos. Pero como que el fondo no se ve. Se tiene la impresión de que todo se reduce a una nueva rutina. Lo nuevo se evapora en el aire y se desvanece. Para J. P. Sartre el hombre es una pasión inútil; pasión inútil sería también el andar tras de lo nuevo.

No hay duda de que la pereza puede estar en la base de todas estas inquietudes jugando un papel importante y llevando a paralizar y dejar con nostalgia de pasados tiempos

gloriosos y cuestionar certidumbres y lenguajes tenidos hasta ahora como seguros. El deseo de volver la vista atrás para reencontrar o retornar a lo seguro también se puede haber dimensionado. Todo ello lo acepto y lo asumo. Sobre todo si con una perspectiva más amplia aceptamos que la postmodernidad es “un cansancio de la modernidad”.

Por todo ello, para algunos la palabra nuevo, sobre todo cuando se repite mucho, puede ser indigesta. Altera o detiene en nosotros el mecanismo que genera en cada uno nueva energía y nueva vida. No la podemos digerir; nos sienta mal. Hasta ese punto se llega en relación con este vocablo y esta realidad que vamos a repetir tanto en este libro.

Recuerdo haberle oído decir a un viejo profesor que a él le hubiera gustado haber vivido un tiempo histórico más estable y tranquilo, más de estilo medieval; en el fondo, sin tanta novedad por delante. Con todo, está claro que no escogemos el momento histórico que nos toca en suerte vivir. Se nos impone como la vida misma, y nos llega como don y tarea, como ocasión y fardo, y a veces pesado.

Por mi parte, estoy contento con la tonalidad de nuestra época. Es verdad que el momento presente ofrece muchos rápidos y la corriente se hace por momentos impetuosa; nos arrastra y no nos permite gobernar nuestra canoa. Vivimos un tiempo histórico de cambio y de mucha novedad, y casi excesiva para poderla procesar adecuadamente. Siento que son horas para ver la luz, pero hay que contentarse con pequeñas claridades. En esta situación he podido descubrir lo que empuja hacia lo nuevo, y ese espíritu es algo más que “un espíritu de revisión permanente”. Avistamos un tiempo nuevo para el creer, el gobernar, el convivir, el trabajar, el aprender. Para ello hay que sumergirse profundamente y seriamente, abriendo los ojos a la hondura de lo escondido en los pliegues de la realidad. Este pensamiento puede servir de “testigo” para entregar al hilo conductor del resto de esta introducción y empalmar con ella de modo adecuado.

Del argumento

Nadie diría que después de estos primeros párrafos puede brotar en estas páginas una oda tan entonada a lo nuevo y mostrar cómo se puede hacer una opción tan definida por ello y tener una convicción tan profunda de que hay que tomarse lo nuevo en serio si queremos descubrir las fuerzas transformadoras que nos sacan de los problemas y de las inercias y dan sentido a nuestras vidas. Para más de alguien estos párrafos que nos han precedido los considerarán como un ponerse el parche antes de la herida para así podernos lanzar ahora con verdadera pasión a recorrer el mapa y la historia de lo nuevo. Han querido ser una provocación al vuelo.

Porque no hay duda de que lo nuevo es relevante. Creo que hacer palpar lo nuevo es el único camino que se debe seguir si uno abre los ojos a la realidad que nos rodea y presta atención a los signos de los tiempos leídos con la ayuda de la sociología, la ciencia política, la económica y de la religión. Es el camino que debe tomar un país para ir haciendo su historia de una manera digna y consistente. Considero importante seguir conectados a la fuente de inspiración, a un germinar secreto que uno encuentra en todo: en la naturaleza, que es madre y engendra lo nuevo y lo provoca en los grupos y en las personas; en las

personas que se asombran e interrogan; en los artistas y en los emprendedores sociales, y en todos los que creen en el poder de las nuevas ideas. Ya Thomas Edison había dicho que si todos hiciéramos las cosas que somos capaces de realizar, quedaríamos literalmente asombrados de la fuerza de novedad que en nosotros existe.

Resulta oportuno cuestionar el statu quo y, consecuentemente, optar por lo nuevo y apoyar a los que no se rinden y acaban transformando el mundo que los rodea. Es decir, resulta importante el entusiasmo y la capacidad de admiración ante lo nuevo y la sintonía para sumarse a la fuerza generadora que desata toda verdadera creación. Lo nuevo sorprende, despierta, libera, canaliza fuerzas, convoca y mueve a la acción. Para que todo esto ocurra, hay que acertar a poner lo nuevo en el corazón de la propia vida y quedar profundamente renovados y activados por ello. Contar la historia de cómo las buenas y nuevas ideas pueden conseguir grandes mejoras en lo cotidiano de la humanidad es muy movilizador. Dicho de una u otra manera, lo nuevo, además de un desafío, lo vamos a presentar como una oportunidad.

Estas afirmaciones y otras muchas de esta reflexión nacen de una interpelación de un joven, de José Ignacio. Esa interpelación ha sido más provocativa y fecunda que los cinco primeros párrafos de este escrito. Para él lo nuevo, le decía un día a su papá, es “más de lo mismo”; tonalidades diversas de un mismo color; pero no cambia gran cosa. Esta intuición de joven me ha acompañado en este trabajo. Por ello, he tratado de convencerme de que lo nuevo es otra cosa y ponerle pasión al discurso y acertar a decirlo, y confieso que no es nada fácil. No estoy seguro de que estas páginas convenzan a otros y no creo que le lleven a José Ignacio a cambiar de opinión. Puede ser que a pesar de sus pocos años haya visto que lo nuevo es frágil y vulnerable, ya que es mucho lo nuevo que no se hace posible, que no se transforma en vida. Con todo, estas páginas me han convencido a mí mismo y eso no es poco.

Por eso, quiero agradecerle desde estos primeros párrafos su inquietud joven y decirle que a él se los dedico. Espero que tarde o temprano le lleguen a gustar e, incluso, consigan dar rumbo a su vida y le ayuden a “remar mar adentro”, que es una estupenda tarea para grandes y chicos. En esa andadura quedará maravillado con lo original y diverso y pondrá lo mejor de sí al servicio de esta gran empresa de humanidad renovada.

Del libro

Dos ideas centrales corren a lo largo de este libro. La primera gira en torno a lo nuevo. En esa parte traigo a escena la imaginación, la creatividad, la pasión y la revitalización; en ella me entretengo con el aporte del sentido común y de la reflexión antropológica, filosófica y creyente; con lo que veo y lo que oigo, con el contraste con lo viejo. Hablo desde lo que soy. “Nuevo” es la palabra más repetida y a la que se intenta dar sentido y contenido a través de estas páginas.

La segunda gran idea nos la da el título completo: Lo nuevo es posible. Cuando se descubre lo nuevo se advierte que es criatura inquieta, juguetona, frágil y que tiene que pasar por los diferentes senos maternos hasta poner los pies en la tierra, caminar e incluso

correr para llegar a la meta. Para que esto se dé deberá aparecer en escena un emprendedor social, religioso, cultural, político o educativo. Así, todo comenzará y lo nuevo será posible. Más aún, probablemente la afirmación de lo nuevo es posible nos haga pensar en un movimiento organizado que crea sinergia, un efecto superior a la suma de los individuos que se involucran en este empeño. De ese modo, lo nuevo se realiza, se pone por obra, se hace. No hay duda de que en la vida nos tenemos que arrepentir de algunas cosas que hemos hecho mal, pero no menos de lo que no hemos hecho y teníamos que haber puesto por obra. Tampoco hay duda de que en nuestra existencia más vale llegar a ser que nacer siendo; para ello hay que ejercitarse. No nos basta con la nostalgia de lo nuevo y de lo nuevo fácil, que no cueste nada y que garantice todo. Cuando entro en esta dimensión de tarea y desafío hablo como innovador, a lo que de una u otra manera he aspirado a ser en mi vida.

En una palabra, se intenta pensar y hacer lo nuevo. Ugo Foscolo nos recuerda que “Una parte de los hombres actúa sin pensar y la otra piensa sin actuar”. Sin embargo, no basta la actuación sin pensamiento; tampoco es suficiente pensar sin actuar. Hay que sortear los dos extremos. En un libro hay que pensar y decir de modo comprensible lo pensado. Eso no solo es conveniente, sino que resulta estrictamente indispensable. Pero hay que ir más lejos.

Hablar de lo nuevo y proponerlo no es entrar en un activismo ciego y precipitado que no conduce a puerto. La acción irreflexiva en torno a lo nuevo es pobre. Pensar lo nuevo sin actuarlo es quedarse en el mundo de la teoría y la abstracción. Pensar lo nuevo nos tiene que llevar a una acción realista y coherente. En estas páginas buscamos la síntesis. Dicho de una manera más gráfica, no hay que escoger entre una práctica sin cabeza y una teoría sin pies ni manos. Estas páginas intentan, en suma, ejercitar el arte de combinar con acierto práctica y teoría en torno a lo nuevo.

Por supuesto que este libro considera las múltiples dimensiones de lo nuevo, los propósitos y retos que supone, las luchas y sorpresas que trae, sus problemas y potencial, el dolor y la alegría que acompañan al hombre y la mujer que lo encarnan en su existencia y en su actuar. Trata de conectarlo al conjunto de la vida, ya que lo nuevo está en el hacer y en el ser. Intenta dejar claro que forma parte de la vida. Examina la tentación de aislarnos de lo nuevo que está dentro de nosotros y a nuestro alrededor. Analiza las nuevas relaciones en las que nos implica. Lo nuevo es como una panoplia de cuestiones vitales que afloran en torno a los protagonistas de lo nuevo que supone plenitud de vida. Es, también, una competencia que hay que usar y que implica conocimientos teóricos y también prácticos; pide actitudes y compromiso personal o grupal; está relacionado con un saber y un hacer, con el convivir y con el saber ser y estar. Se integra en el conjunto del ser humano.

Trato de hablar de lo nuevo en forma comprensible y sencilla, mas no por ello banal. Hay un argumento, un hilo conductor en todo el trabajo. Lo nuevo existe, abramos los ojos, hagámoslo posible, no nos privemos de esta experiencia personal. Ni de las consideraciones sobre lo nuevo. Y ello como expresión de nuestras ganas de vivir y en el fondo “por amor al arte”. Por mediación de lo nuevo llegamos a los abismos de la existencia humana, y a esta existencia humana le tocamos con “la flauta mágica” la canción de lo nuevo y, por

supuesto, de esa forma, queda encantada y se pone en movimiento, expresando la gran alegría de existir. Pero, al mismo tiempo, lo nuevo nos descentra; en cierto modo “nos saca de nuestras propias casillas” y nos pone en búsqueda, nos mete en un proceso sin fin que a veces se convierte en un retorno.

Mezclaré las preguntas con las respuestas, convencido de que cuando una pregunta me acerca a lo nuevo, lo nuevo es la respuesta y se advierte con bastante facilidad; pero que cuando me separa de lo nuevo, lo nuevo es la pregunta. Lo nuevo es pregunta y es respuesta. Desde esta doble perspectiva lo vamos a presentar en los capítulos que siguen. No haremos ninguna apología cerrada de lo nuevo. El dicho italiano nos interpela y nos pide precisión: “el que se casa con la moda, pronto queda viudo”. Pero sí trataremos de poner de manifiesto toda la fuerza vital que despierta y la fecundidad que instala en las personas que lo acogen.

Una palabra sobre el autor. Le gusta mezclar lo humano y lo divino, la audacia y la lucidez, la intuición con la reflexión, lo cristiano y lo interreligioso, filosofía y espiritualidad, porque ha tratado de mezclarlo en su vida. Algo de todo eso hay en este libro. Puede ser que al científico le sepa a poco, y más hubiera esperado el hombre o la mujer del Espíritu que viven movidos por su misteriosa acción; no faltará el entendido en marketing que al leer el título esperaría encontrar elementos para una campaña publicitaria; estos elementos no faltan, pero no son suficientes para acertar a marcar el mercado con una gran novedad. Por eso, las citas vienen de la Biblia y de los filósofos o pensadores más diversos, de los poetas y los fundadores que han sabido hacer un guiño al pasado y otro al futuro y en el futuro se han embarcado. El tema de lo nuevo y la postura frente a esa realidad es un desafío del todo personal para cada ser humano. Así está presentado en esta obra.

Recoge experiencias de vida, insistencias que me han llegado en los últimos años a través de los diversos compromisos; intuiciones compartidas con Gastón Suárez, Jorge Sanhueza, Mauricio Rojas, Gabriela Vivanco, Vittorio Allende, Verónica Loewe, Roberto Aristegui, Jorge Figueroa, Carlos Osorio, Jorge Leiva, Sylvia Bustos, Mauro Arancibia, Mario Arancibia, Vivian Lavín, Mauricio Suárez, Ana María Yévenes y con el resto de los integrantes del equipo Posible, otro Chile. Uno conoce la intensidad de la propia vida y de lo nuevo por la calidad de los encuentros. De lo dicho y vivido en esos encuentros nació este libro y se escribió para ser compartido en otros encuentros, los más diversos. De la vida real viene y a la vida real quiere llevar. Los nombres que se citan en este párrafo son pensadores, “sentidores” y activadores de lo nuevo. Para ellos acoger lo nuevo que hace posible otro Chile es como devolverle el alma al país.

Hablemos sobre el lector, el destinatario. No me extraña si al final de la lectura del libro echa en falta determinados aspectos sobre lo nuevo y considera que a otros se les ha dado demasiado espacio. Espero que perciba que se habla en serio y de un tema serio. Pero se hace de modo natural. Espero, también, que logre mantener despierto el interés. Como se puede ver en la bibliografía, hay otros muchos intentos, y bien seguro que mejores, de acercarse a lo nuevo y de acertar a hacerlo posible. Lo invito a hacer una lectura lúcida y provocativa; con curiosidad e interés; que perciba entre líneas lo que no está visible. A ratos tendría que realizarla con lupa, con mucha atención y tomando nota de lo que

encuentra hasta muy interesante. A ratos podrá ir más de prisa, ya que se encontrará con lo que le es ya conocido. Llegarán los momentos en los que recibirá una llamada a la acción, a poner en práctica lo que lee.

Y la última reflexión de esta introducción recoge la intención que se tiene al presentar este libro: conseguir que lo nuevo ritme nuestra vida; que lo haga con pausa y sin prisa. Así llegará a marcar nuestras situaciones cruciales. Conseguiremos que esta vida nuestra esté habitada por la novedad, que oriente la esperanza y nos haga jardín de lo nuevo. En esta vida se planta, se riega, se cultiva, se admira; en ella florece y da fruto lo nuevo de lo nuevo y ese fruto ya maduro será fecundo. Hacia esa meta se encaminan estas páginas. El autor asume como colofón de esta presentación las palabras que dejó escritas D. Bonhoeffer en la cárcel: "Lo realmente decisivo no consiste en saber salir con elegancia de una situación comprometida, sino dejar una esperanza para el futuro". Lo que es nuevo, no lo dudemos, pide novedad y da esperanza. Hace significativa nuestra vida. Solo las personas marcadas por esta novedad favorecen el nacimiento de lo nuevo y tienen capacidad para pasar del signo a la realidad; de superar los ritualismos y llegar a la autenticidad plena y fecunda.

Capítulo I

**Es un tiempo para ensayar lo nuevo
y así hacer otra historia posible**

Como gran intuición, en el punto de partida quiero afirmar que lo nuevo tiene que ver con lo esencial. Por eso han crecido su oferta y su demanda. En bastantes partes del planeta hay un tiempo favorable para lo nuevo, para la innovación y el emprendimiento. Encuentro en muchas instancias y personas deseos profundos de avanzar, de superar el statu quo, de responder a las preguntas de hoy y de ser punto de referencia para el futuro, de no perder el ritmo de nuestra historia y de nuestra sociedad, de superar la mentalidad de la fotocopia, de la rutina y de la mediocridad. Así tiene que ocurrir, ya que en un mundo que no es el mismo no podemos seguir siendo los mismos. Necesitamos cambiar mucho y tocar lo nuevo para seguir siendo auténticos.

Son muchas, también, las mujeres y los hombres que quieren seguir conectados con la fuente de inspiración, con un germinar secreto de vida. Esto lo sienten cuando toman conciencia de la salida del sol cada día o cuando contemplan brotar un manantial de agua alegre y cantarina, cuando engendran un hijo o cuando leen unos versos inéditos que cantan con tanta fuerza el dolor, la lucha o la esperanza. Todo ello férreamente enlazado a un amar la vida y amarla intensamente, que es lo principal en la historia de cada uno. Se une a una voluntad de no rendirse hasta tocar techo y fondo, es decir, hasta llegar a lo máximo, a lo nuevo de lo nuevo y a una sentida necesidad de juntar lo nuevo como lo fundamental.

No es menor esta otra intuición. No conviene juntar lo nuevo con algo institucional y dejarlo amomarse. Lo nuevo no es una realidad abstracta, un ente de razón, como se diría en la filosofía clásica. Toca la historia y el momento presente; toca, sobre todo, a las personas. Tiene proyección personal y pública. "Lo" nuevo, en realidad, no existe. Existe sí

lo nuevo encarnado en diferentes seres humanos, marca sus compromisos; interpela a los individuos concretos; está en la naturaleza y en los grupos, y tiene nombre e historia. Por tanto, debe marcar la realidad en la que estamos inmersos y darle meta y proyecto.

Conviene recordar que la tradición de humanidad no es algo fosilizado o petrificado. Está viva y precisa progresar continuamente. La tradición, sin flexibilidad, petrifica el movimiento dinámico de los grupos y de la historia en su conjunto. Precisa del estímulo constante que le llega de lo nuevo.

Eso se da en los mejores momentos de la historia y se está dando en el actual. Parangonando una frase ya consagrada –“vivimos no una época de cambios sino un cambio de época”– bien podemos afirmar que estamos entrando no en una época de lo nuevo y de novedades, sino que en una “novedad de época”. En ella lo nuevo marca y señala el rumbo; no es solo una cualidad, no es adjetivo, sino más bien un sustantivo y, por supuesto, verbo. Lo nuevo hace nuevo lo que toca y sobre todo a los seres humanos. Es un paradigma. Es como el molde en el que se echa la vida de las personas de nuestros días para que tome forma. La razón por la que Diógenes no encontraba ningún hombre es que buscaba entre sus contemporáneos al hombre de una época que ya no existía y para nada apuntaba al que estaba llegando a la escena. Como se suele decir, cuando comenzaba a dar la respuesta le habían cambiado la pregunta. Dar cabida a lo nuevo es ofrecer la posibilidad de encontrar lo que se busca y lo que se necesita y caminar con la convicción de que se va a dar con ello.

En nuestros días, lo nuevo toca lo más profundo: la forma de sentir, de pensar, de relacionarse, de organizarse. La creatividad se respira. Lo genuinamente novedoso nos provoca; lo tocamos y nos deja con una sensibilidad y sobre todo con una nueva praxis. Esa praxis consiste en cambiar de dirección; y cuando cambiamos de dirección nos encontramos en un nuevo contexto, y de ahí surgirá una alternativa. Nos salimos de lo mismo y lo nuevo nos puede sorprender. Con todo, este fenómeno y esta realidad hay que leerlos bien y no hay que pensarlos como “un tiempo revuelto”. Las crisis, las prisas, el estrés, el no llegar nos inundan como un terremoto continuo instalado en nuestros pies y poniendo la velocidad desordenada y propia de una carrera de obstáculos. Para que la alternativa surja no pueden faltar los momentos, tiempos, espacios, relaciones para aquietar el cuerpo y serenar la mente y encauzar las energías y generar lo auténticamente nuevo. Sólo así se despierta la creatividad dormida. Esa creatividad es sabia, no se engríe, acoge, sosiega, empatiza y multiplica vida. Consigue que muchas nuevas cosas que estaban a punto de suceder lleguen a ser realidad.

Con todo, hay que reconocer que también en nuestros días la fuerza de las posiciones conservadoras es muy grande. Fuerza que toma las formas y expresiones más diversas. La encontramos en la política, en la religión, en la cultura, en la economía –aunque menos– y en la ética. Posturas que se pueden resumir en que cualquier tiempo pasado fue mejor o en bloquear todo lo que es cambio y nuevo y en vivir y hacer vivir como si lo nuevo no existiera o al menos uno pudiera librarse de ello. Para quienes las sustentan, los himnos de alabanza a lo nuevo les resultan insoportables y nacen de una conmovedora ingenuidad o de algún irremediable trastorno psíquico y por tanto no hay sitio para lo nuevo en este mundo de nuestros días. En una palabra, nos encontramos ante los “ateos” de lo nuevo. Muchas veces alimentan estas posiciones los fundamentalismos más diversos, todos ellos

basados en la interpretación literal de los distintos textos sagrados. De ahí nacen las actitudes radicales e intransigentes que no permiten alternativa y menos posiciones contrarias.

El enfrentamiento entre estas posturas y las de avanzada e innovadoras es grande. Las dos posiciones creen tener razón, pero saben que caminan por la vida con viento en contra. Las dos tienen seguidores fieles. Esta tensión es una realidad en el día a día de las personas. Se suele decir que los muchos años de edad nos hacen conservadores y los pocos nos permiten ser liberales, innovadores y, para algunos, de tendencia socialista. No siempre es el caso. Así como es un gran insulto afirmar que el psicoanálisis es para personas sanas, lo es, también insistir en que lo nuevo es para los jóvenes. Lo nuevo no tiene color y no tiene edad.

El nuestro, un tiempo para lo nuevo

Para justificar lo que bien podemos considerar como nuestra marca registrada: Posible, otro Chile, tenemos que afirmar desde ya que lo posible es nuevo y que lo nuevo es posible. Nos lo dice de un modo provocativo el gran mensaje del Mayo francés (1968): Seamos realistas, pidamos lo imposible; es lo que necesitamos y por lo que lucharemos. Lo reafirma Max Weber: El hombre no ha obtenido nunca lo posible al menos que una y otra vez haya intentado lo imposible. Lo nuevo para el uno y el otro entra en el elenco de lo imposible, o al menos de lo arduo. Pero como veremos más adelante, de hecho forma parte de lo posible.

Evocando una metáfora que nos recuerda que nuestra atención se centra no en el vaso medio vacío si no en el medio lleno, reconocemos, sin embargo, que nuestra tarea consiste en llenar el vaso medio vacío. Ahí está la novedad y el desafío de creatividad y de alternativa. Para ello se tendrán que mover las aguas del vaso medio lleno y sustituir la rutina, la desilusión y entrar en lo lúdico, lo festivo, lo subjetivo, lo inter –lo net y lo comunicativo–, lo ético y, en una palabra, en la danza de lo nuevo, que la inicia la fuerza del amor humilde. No hay ninguna duda de que en el vaso medio lleno nace lo nuevo y brota no de un vacío, sino de la fuerza creadora.

Por supuesto que muchas veces en nuestra cultura tenemos que adivinar lo nuevo. Está en la semilla, en el brote, en la primavera, en la savia renovada, en la nueva fundación, en el título del libro, en el proyecto primero. Hay que acertar a mirarlo como bellamente advierte el profeta: “No recuerden lo de antaño, no piensen en lo antiguo; miren que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43, 18). Y esos hombres israelitas que estaban en Babilonia no lo notaban; más aún, sentían en su propia carne que la persecución se encontraba en el momento peak. Algo de eso nos ocurre, con alguna frecuencia, en nuestro momento histórico.

Esta novedad del momento en que vivimos y de la que tanto hablamos no es cosa que se experimenta y se asume en 48 horas. Ya hace 50 años, y dicho por el Concilio Vaticano II, pudimos leer: “El género humano se halla en un período nuevo de su historia...” (GS 4) y sin embargo hay quienes prefieren que se les llame conservadores a tener que moverse hacia delante, hacia lo nuevo. No son pocos los que han dedicado lo mejor de sus fuerzas a interrumpir la primavera que había comenzado. De todas formas, no hay ninguna

duda de que en este momento histórico nos encontramos en una de esas encrucijadas a las que la humanidad es llevada de cuando en cuando y nos pide una seria reflexión sobre lo nuevo. No hay duda de que una vez sembrada la semilla, el grano brota y crece y nos toca salir de los pasivos cálculos de nuestra añoranza. Hasta ahí nos lleva el Evangelio de Marcos. Una vez sembrada la semilla, “el grano brota y crece, de día y de noche, sin que se sepa cómo; la tierra da el fruto por sí misma, primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga” (Mc 4, 27).

Evocar lo nuevo nos permite evitar la nostalgia del siglo pasado y de los anteriores. Es un peligro que se corre cuando se conmemora algo o se hace memoria de manera desatinada. La nostalgia es pan para hoy y hambre para mañana. No hay duda de que la nostalgia es una actitud que tantas veces paraliza y que en definitiva imposibilita el futuro y lo nuevo. En el fondo, es una tendencia a considerar que cualquier tiempo pasado fue mejor, para decirlo con palabras de Jorge Manriquez. Este tipo de actitud se encuentra con frecuencia en el ámbito educativo y en el eclesial; en él hay una cierta añoranza de la sociedad de cristiandad, cuando, de hecho, el certificado de defunción de la misma ya lo firmó hace muchas décadas Emmanuel Mounier en un conocido libro cuyo título es precisamente La defunción de la cristiandad. La defunción es la negación total de lo nuevo. También lo puede ser la autocomplacencia, es decir, el análisis del presente como el mejor de los posibles y, por tanto, se hace innecesario y casi imposible lo nuevo.

Lo nuevo nos despierta y está despertando mucha fuerza nueva en la sociedad de nuestros días. Despierta la jornada, nos pone ante lo incierto y en el fondo nos estimula. Despierta todos los nuevos recursos que la técnica está poniendo en nuestro camino; los objetivos que nos damos para que los alcancemos. Nos reaviva los éxitos y también los fracasos, la exigencia de superación y las tentaciones más diversas. Hay un despertar hondo y delicado que también nos viene de lo nuevo. Eso pasa cuando comenzamos a escuchar algo que interiormente nos llama y nos reclama. Todo ello procede, en el fondo, de haber entrado en un círculo vicioso, que en sí es lo más opuesto a lo nuevo. Ese círculo vicioso lo convierte a uno en robot social, donde el éxito se mide por la cantidad de ceros que siguen a la primera cifra que fija nuestro sueldo o por lo exitoso o bonito que uno consigue ser o por la cuenta de resultados de la empresa en la que se está trabajando.

En esta perspectiva del tiempo actual no se puede dejar de afirmar que hay que mirar al futuro, pero sin perder de vista el momento presente. Y lo menos recomendable es volver la vista atrás, ya que uno se puede convertir en estatua de sal y quedar inmóvil (Gn 19,17-26). Conjugar el momento histórico que vivimos con los brotes de vida nueva que adelantan lo que está por venir y todo ello desde el respeto profundo a la realidad. No hay duda de que nos cuesta discernir los brotes de olivo que nos traerán el rico aceite y, por supuesto, la vida nueva. Para ello necesitamos que otros nos contagien convicciones y nos compartan sus sueños y así acoger los cambios o proyectos nuevos, fruto del riesgo y la pasión que alienta nuestras vidas desde los orígenes.

En esta misma perspectiva, queremos hacer el canto a lo nuevo de nuestros días, pero sin olvidar el necesario “permanecer”. La idea de permanencia no es de las muy valoradas en esta época. No hay duda de que en cierto modo vivimos encandilados por lo

nuevo y tenemos la tendencia de verlo todo como "desechable", y "desechable" ya o dentro de poco. La velocidad del cambio es tan grande que sabemos que cualquier artefacto que adquiramos va a quedar pronto obsoleto por innovaciones tecnológicas "de última generación". Además, el cambio no afecta sólo a las cosas materiales, sino también a las normas, las pautas sociales o a la misma imagen del mundo y de la vida constantemente modificada por las ciencias físicas o biológicas.

Esta situación es normal y es buena en la medida que nos impide instalarnos y rutinizarlos y, sobre todo, en la medida que nos obliga a repensar los fundamentos y la solidez de nuestras convicciones y criterios. Es necesario poder discernir lo importante de lo cambiante y descubrir que con frecuencia costumbres nuevas favorecen mejor ciertos valores que eran también buscados de otra manera en el pasado. No hay duda de que la cultura de "lo desechable" se torna inadmisibile cuando se llega a los extremos de excluir a priori la posibilidad de algo como un valor permanente y tenerlo como objeto de desecho. No hay duda de que hay que tomar conciencia de que las personas no son nunca desechables. Todos nos indignamos cuando nos hacen sentirnos "usados" y después dejados de lado como el limón al que se le ha extraído el jugo.

Cuando uno mira el momento sociocultural actual le brota muy espontáneamente esta pregunta: ¿Tiene, todavía, cabida la utopía hacia el bien anhelado en lo profundo del ser humano y del que brota lo auténticamente nuevo o hay que quedarse con la añoranza del pasado y con su pesimismo antropológico que puede terminar helando las semillas portadoras de frutos nuevos? ¿Se impondrán las ideologías como mecanismo de ocultación de los defectos y, en el fondo, como legitimación del poder o se le dará el paso a la utopía transformadora para ir renovando las aguas que han perdido nitidez y frescor por su estancamiento e incapacidad de ser fuente y manantial? La utopía está dando sentido y sabor a la vida. Sin ella la lucha diaria se hace insoportable. "Solamente los que son capaces de ver lo invisible pueden hacer realidad la utopía" (Federico Mayor Zaragoza). No hay duda de que es importante darle cuerpo a la esperanza y abrir el corazón a la utopía, porque siempre es mejor morir tratando de alcanzar grandes sueños que de aburrimiento. Más de uno ha tratado de mostrar que desaparecieron las utopías; no es así. Siguen existiendo y se trata de ponerlas en marcha para generar una sociedad nueva donde el hombre sea más solidario y la justicia haga todo más humano.

Sin utopía, un país, una sociedad, quedan paralizados. Ninguna actividad verdaderamente fecunda es posible. Sin utopías no podemos vivir; sin quimeras sí. Bien podemos afirmar que las utopías son como las estrellas; no las podemos alcanzar nunca, pero nos pueden orientar y nos dan fecundidad. Evitan que nos enquistemos en la rutina y nos permiten vivir con intensidad. En el momento cultural en el que hemos recibido una especial llamada a la fertilidad, desde todos los puntos de vista los seres humanos estamos siempre empeñados en dejar constancia de nuestro código genético, sea físico o espiritual. En el fondo se escucha la llamada a la vida que siempre nos invita a crear y procrear. De tal forma que cuando se limita la capacidad creadora de los seres vivos real o aparente se produce un gran desconcierto y un malestar, como si la vida fuera trastocada o perdiera su razón de ser y no dejáramos aparecer lo nuevo ni por la puerta ni por la ventana. Ya Oscar Wilde nos había recordado que "el progreso es la realización de las utopías". En esa dirección tenemos que caminar.

Pero no sólo tiene espacio la utopía; lo tienen los cambios reales, como vamos a ver a continuación, y esos cambios inciden y vienen de las personas y también de los grupos. El dinamismo que nos lleva a lo nuevo y lleva lo nuevo consigo en nuestros días está también en las instituciones que constantemente tienen que desestructurarse y reestructurarse; en una palabra, tienen que transformarse, como ha demostrado con tanta precisión y profundidad y con su genialidad inglesa A. Giddens en todos sus escritos y conferencias. Su aporte ha ido lejos y su pensamiento ha incidido fuertemente en el actuar político de su país.

Todos estos elementos y otros muchos más nos llevan a hablar y denominar a nuestra época una “nueva era” (W. J. Hanegraaff), que corresponde a un cierto sincretismo de elementos seculares y recientes que bien combinados ocasionan un cambio fundamental en las personas, en la sociedad y en el mundo. Entre las expresiones de cambio, además de las dichas, están el paso de la física mecanicista de Newton a la física cuántica; de la exaltación de la razón en los días de la modernidad a la valoración del sentimiento, la emoción y la experiencia que supone u ocasiona deslocamiento del pensamiento racional; se ha llegado a hablar, incluso, de que ese pensamiento localizado en el hemisferio izquierdo, sede de esa racionalidad, ha pasado al hemisferio derecho, sede del pensamiento intuitivo; paso del dominio y predominio de la masculinidad y el patriarcado a un repuntar de la feminidad, tanto en los individuos como en la sociedad.

En este contexto se usa con frecuencia el término “cambio de paradigma” (paradigm shift); cambio que no solo se presenta en algunos casos como deseable, sino que resulta, en la práctica, inevitable. Pone en evidencia determinadas ideas y valores, ya que para Thomas Kuhn el paradigma es toda una constelación de creencias, valores y técnicas compartidos por los integrantes de una comunidad. Este cambio supone mudanza en bloque y, en cierto modo, revolucionaria más que una mutación gradual. Está, sí, orientado y motivado por la búsqueda de algo más humano, más bello, verdadero; por algo distinto y nuevo. Toma cuerpo, a veces, en expresiones artísticas o canciones emblemáticas como “Aquarius”, que hace soñar y trabajar para que llegue una época en que a la luna la guíe la paz, en que el amor conducirá a las estrellas y amanecerá la era de Aquarius y todo se llenará de simpatía y confianza, no habrá más engaños y abuso del otro.

La fuerza de los cambios

Se ha dicho que olvidar los errores cometidos es exponerse a incurrir en ellos otra vez; olvidar los de otros es arriesgarse a tropezar con la misma piedra con la que han topado los demás. No queremos que se diga en el siglo XXI que se puede constatar que olvidar, pasar por alto lo que es nuevo, lo que está naciendo, los brotes de primavera, es exponerse a que no haya fruto de verano y falte el producto maduro. En esta carrera de lo nuevo estamos lejos de querer ocupar los puestos de primera fila. No buscamos abrumar y quitar calidad y peso a lo refrendado por la pátina del tiempo ni expresar ninguna alergia especial a la buena tradición. Queremos ver como lo nuevo en la actualidad se encarna en lo real y toca la vida.

Nos puede traicionar en este empeño el lenguaje repetitivo, las formas gastadas, la seguridad de nuestros principios obsoletos, los ropajes de quienes olvidan que lo esencial es lo interior, el ritualismo frío, la falta de misericordia; en una palabra, “las vendas” que im-

piden a Lázaro andar, salir del sepulcro y entrar en la nueva vida. Todo esto existe y son los ruidos que no permiten a lo que nace traer una nueva clave o un nuevo ADN. Por ello se lo identifica con las trabas que nos paralizan. Pero hay que persistir. No debemos renunciar a tomar una dirección ni a llegar a la meta y poner lo nuevo en escena. Hay que buscar alternativas y ser capaces de renacer hasta de las propias cenizas. Ese sería el empeño de nuestros días. Lo nuevo no es solo para tomar nota de que existe; ni para pensarlo; lo nuevo es para ser hecho.

La vida cambia; el cambio pertenece a su esencia. Por eso nos rodean y nos invaden las exigencias, los desafíos que nos agujonean para que nos movamos. Pero que la vida cambie no es la cuestión. Lo que cuenta es la actitud que tomamos ante el cambio y en el fondo ante lo nuevo del cambio y la profundidad con la que nos acercamos a él. El cambio es para crecer; con él nos recreamos a nosotros mismos y somos creativos y nos lleva a una clase de vida. En este tiempo de muchos, profundos y significativos cambios, tenemos que prestar atención a estas realidades.

Y el cambio es una fuerza y por eso mismo se habla de la fuerza del cambio. Desde esa fuerza y por ella somos capaces de evitar los fracasos y no ir de tumbo en tumbo. Nos deja con la convicción de que nuestras dificultades, por graves que sean, tienen solución. Para ello hay que aprender a aprovechar las oportunidades que tenemos como persona, como institución o como país. Hay quienes se estancan en los problemas. No hay duda de que son muchos, demasiados los que se empeñan en hacer imposible lo que para otros parece posible. Son pocos y tienen que ser muchos los que se empeñen en hacer posible lo imposible.

Los cambios están en todas las esferas, en gran cantidad e intensidad, y ello pone en proceso de mutación el proyecto cultural moderno. Están en el campo de la conciencia y de las cosmovisiones, en el económico, en el social –donde los cambios son más drásticos–, en el ético y en el religioso. ¿Qué es lo que desencadenó el actual proceso de verdadero cambio de época? Todo parece indicar que en la base hay que colocar un doble fenómeno de gigantescas proporciones: la emergencia de la conciencia de un mundo solidario, con un decidido e irreversible proceso de globalización en los más diversos aspectos, y el descubrimiento y toma de conciencia de las culturas y de los correspondientes procesos de inculturación e interculturación y de la cultura global. En este contexto hay que situar los cambios concretos que vienen a reforzar esa base que hemos señalado que está en el origen de la diversidad de transformaciones de nuestros días.

Cuando se mira atentamente estos procesos en el presente se advierte:

- Que los cambios que se están produciendo en nuestra sociedad son abundantes, variados y consistentes; no corresponden a un cambiar todo para que no cambie nada. Tocan el hilo conductor de la historia de las personas y de los grupos.

- Que están afectando la manera de pensar, de sentir, de proceder y de ser. Penetran en lo más profundo y parten o llegan al corazón de la existencia humana.

- Que no pueden darse en espacios ajenos a las tensiones del mundo, sino en lugares de ruptura y de fronteras; es ahí donde hay que echar raíces hondas y donde hay que nacer o renacer y dejar un espacio a lo utópico y germinal.

- Que es necesario que marquen las estructuras de nuestras instituciones y nuestras prioridades para que puedan seguir teniendo relevancia. Es claro que no estamos en una crisis coyuntural, sino en una crisis "estructural" de la sociedad.

Llega hasta la realidad de la persona humana; esta realidad será nueva y nuevamente concebida. No debemos tener miedo a afrontar esta realidad con todas sus consecuencias, ya que está en la base de la posibilidad de ofrecer una alternativa a la sociedad. Esta se encuentra muy agobiada para vivir con calidad humana y manejarse adecuadamente frente al dinero, el poder, el saber y el sexo.

- Que están afectando al modo de informarse y comunicarse y sobre este aspecto nos vamos a detener más por considerarlo especialmente importante. Ahora las tecnologías de la información descansan en nuevas formas de infraestructura, ya que estas han modificado y reemplazado la red de estructuras físicas y sus consecuentes movimientos mecánicos por estructuras lógicas y consecuentes movimientos electrónicos. Al dar este paso, no se pretende terminar con los libros ni con los diccionarios del porte de la Enciclopedia Británica, pero no se puede dejar de lado lo nuevo aparecido en este campo ni la existencia de Wikipedia o de Google. Tampoco se puede dejar de llamar la atención sobre lo cuestionable que es mantener un diseño de comunicación social y de información que corresponda a otra época. Mantener determinadas formas físicas permanentes puede resultar altamente costoso para todos y revela una falta de imaginación en quienes las defienden.

Todo esto se puede aplicar a los aspectos más diversos de la vida social o económica. La clave está asociada a transformar un mapa cognitivo, lleno de representaciones y procedimientos mecánicos y físicos, que mayoritariamente son innecesarios, en nuevos mapas. En estos nuevos mapas, al igual que en el desktop de nuestro PC, tenemos representaciones de instituciones y de entidades físicas, pero ellas no serán más que una referencia histórica a alguna función que ahora se ejecutará de una manera diferente. Al E-mail lo seguimos llamando "mail", correo, para referirnos al antiguo mecanismo de transporte de un papel, cuya función sustituye, pero los procesos involucrados para lograr la comunicación son diferentes. No hay duda de que la novedad que ha llegado al correo es inmensa. Ahora podemos, sin necesidad de una institución físicamente demarcada en un edificio y con varias oficinas, comunicarnos con un familiar que está en otro país. El cambio es grande y por lo demás ya es algo natural y nada traumático a pesar de que se ha hecho en poco espacio de tiempo.

La conclusión es muy sencilla. Tenemos necesidad de rediseñar todo cuanto nos rodea en nuestra vida moderna. Por ello, con mucho realismo y precisión se habla de la necesidad de lo que se ha dado en llamar "reingeniería de procesos". Así vamos a llegar a las grandes innovaciones que serán movidas por los criterios económicos, pero no tan sólo por ellos.

- Que están encuadrados en una perspectiva más amplia: para dar nombre a lo nuevo, es importante saber a dónde se dirige la humanidad; lo nuevo muchas veces no coincide con el llegar a las metas como con el encaminarse hacia ellas. Uno está inclinado a colocar lo nuevo en el horizonte; más aún, llega a perforar ese horizonte y penetrar en el mundo de lo nuevo de lo nuevo.

- Que surge un nuevo espíritu que nos permitirá brindar a la sociedad no solo una brisa de aire fresco y reconfortante, sino "una reserva de humanidad" frente al ahogo que produce vivir en un mundo sin sentido y sin trascendencia y ahogado en lo pequeño, y sin capacidad para situarse en un mundo nuevo y entrar, por supuesto, en una etapa nueva.

- Que es importante reforzar el genio humano en todo con una ofensiva de creatividad, bondad, gratuidad, contemplación y misericordia. Las expresiones históricas de los frutos o productos de ese ingenio son muchas.

- Que para responder con profundidad a las exigencias de lo nuevo hay que entrar en el dinamismo de la fidelidad creativa, que nos permite ver lo nuevo en el vino y en los odres, en el espíritu, en el alma y en el cuerpo. Se advierte que en estos procesos de generar lo nuevo o de acogerlo y reforzarlo se toca fondo y se cambia de dirección, se tiene una nueva visión y se precisan unos nuevos medios para revitalizar. Está claro que la mirada que se nos pide para ver lo nuevo tiene que ser profunda, atenta y amplia. Amplia tiene que ser para que se sepa situar lo nuevo en un horizonte global.

- Que uno no es creativo si no es libre; nadie crea, ni hace surgir lo nuevo si no está en una actitud y condición de libertad. Por eso la libertad y la creatividad caminan a la par, y cuando se quita a un pueblo o a una persona la libertad, difícil será ver aparecer los frutos de una creatividad sostenida.

El cambio tiene que aparecer y hay que gestionarlo y situarlo en la realidad multicultural actual, en los procesos, y tiene que transformarse en una verdadera sinergia para animarse a entrar en la búsqueda de nuevos valores, en la aceleración de los cambios de los entornos, en la propuesta de ingeniosos modelos organizativos, en la búsqueda de un estimulante liderazgo y desarrollo de las personas, en la animación hacia un mayor responsabilidad social. El cambio nos lleva al "hacer", aunque, como bien decíamos, por el "hacer, hacer" optan pocos.

Pero no pocos estamos en el alba de una "nueva era". Es posible que esté cerca el tiempo en el que se unifique y pacifique lo económico, lo político, lo cultural y lo religioso. Si se llega a esa meta, se plantearán con más fuerza las cuestiones últimas y el sentido de la vida. Será el tiempo de las grandes guerras para llegar a las grandes paces, como anunciaba Nietzsche. Sólo un humanismo profundamente renovado podrá precisar los grandes desafíos que tenemos por delante. En él se pondrá de relieve que lo nuevo está inscrito en el corazón mismo de lo absoluto y de lo concreto y en los habitantes de Asia y también en los de Europa, en los de África y por supuesto en los del "Nuevo Mundo", en los de América. Brota ahí donde se junta lo humano, lo cósmico y lo divino.

Bien podemos concluir que vivimos en un tiempo más de búsquedas que de síntesis, que tienden a la creatividad y a lo nuevo más que al plagio y a la repetición. Todo y todos nos debatimos entre la aventura del riesgo de lo nuevo y el refugio en las ya obsoletas seguridades del pasado. De nada sirven los intentos repetidos de las nostalgias restauradoras o el retorno a lo que ya fracasó. Tampoco darán resultado las totalizaciones ideológicas. Sólo desde la autenticidad originaria se renace verdaderamente y desde ahí se llega a poner en el horizonte lo nuevo. Si no estaremos condenados a repetir el pasado en un presente que lo tornó obsoleto.

Sin entrar en un análisis social detenido, estos párrafos precedentes dejan con el convencimiento de que estamos ante la necesidad y la realidad de un cambio de estilo de vida; lo nuevo estaba a las puertas y ha entrado en casa por las ventanas y las puertas. J. Habermas llegará a decir que en esta fuerte dimensión de crecimiento económico y material y de innovación se pone en peligro la "auto-restricción inteligente". Es decir, tenemos que ser nosotros, los ciudadanos de la modernidad tardía, los que sigamos experimentando la necesidad de vivir de una manera nueva, distinta, con menos cosas y menor consumo. Todo ello supone, como veremos más adelante, un cambio de valores, de orientaciones y hábitos de la vida personal. Es decir, tiene que haber novedad moral o, dicho en otras palabras, una ética de la responsabilidad generalizada.

Es importante situar lo nuevo en contexto y para ello definir, o al menos describir, lo que significa. Eso vamos a intentar ahora. Todo este apartado nace de una convicción. En la persona humana todo ha sido creado para la vida y la vida trae novedad y marca la historia y la geografía con signos de vitalidad. Llegamos a afirmar algo que desde el punto de vista cultural es muy decisivo. Se está configurando una nueva figura histórica de lo nuevo como exigencia y consecuencia para los tiempos nuevos. Es la mayor novedad, valga la redundancia, del momento histórico actual que en parte hemos descrito. Pensar lo nuevo y actuarlo –hemos podido darnos cuenta en este capítulo– es el tema de nuestro tiempo. Es la matriz, la causa y el horizonte del actuar del hombre y de la mujer de nuestros días. Pasamos ahora a presentar lo que sería la descripción de lo nuevo.

Capítulo II

Describiendo lo nuevo

Acabamos de afirmar repetidamente que lo nuevo se ha ganado un gran espacio en la cultura actual y en el momento histórico en el que nos encontramos. Hemos usado y usaremos insistentemente la palabra “nuevo”. Pero cuando hablamos de lo nuevo, “¿de qué hablamos?”. En dar respuesta a esa pregunta, que es como algo previo a todo, entramos ahora.

La persona humana ha sido creada y tiene un pasado, un presente y un futuro que se hace tantas veces realidad de modo insospechado. Vamos a describir lo nuevo en ese contexto y en función de la necesidad que de ello tenemos y en relación con otras realidades cotidianas que nos son cercanas.

En nuestra descripción queremos llegar hasta lo nuevo de lo nuevo; no vamos a emplear para ello el método fenomenológico, pero sí nos vamos a acercar a lo nuevo tal como se manifiesta. Por supuesto, lo nuevo es algo más que lo insólito, que lo que es extraño, pero no extravagante y como tal nos asombra y, por tanto, nos dejamos sorprender por lo que así es. Es algo más que lo que es inédito, algo no visto ni sentido previamente.

Tampoco queremos quedarnos en lo novedoso. Intentamos llegar a lo nuevo, que no es tanto cambiar de actividades, sino un cambio de actitud; no es tanto cambiar las cosas, sino el modo de vivir las cosas. Toca lo profundo. Es bueno afirmar esto cuando nos sabemos en un mundo demasiado fragmentado y poco consistente en torno a lo esencial. No hay duda de que la falta de esa profundidad es la que necesita de continuos cambios de superficie sin poder llegar a vivir lo de todos los días o lo original como algo nuevo. Hay que evitar que todo vaya pasando sin que nada pase a través de uno y sin sentirnos traspasados por ello.

Buscar lo nuevo es como buscar un tesoro; hay que “desvelarlo”, ya que, en general, está oculto. Se trata de descubrirlo. Se identifica con algo muy discreto y que percibimos como eco de lo que está muy dentro de nosotros mismos y que hay que revelar. Supone una gran capacidad para detectar la presencia de lo nuevo y de ahí pasar al mensaje de lo nuevo y terminar por dar con la acción de lo nuevo que se instala en nuestra propia historia y en la historia de la humanidad. Para dar esos pasos no hay duda de que es indispensable acertar a responder a esta pregunta: ¿Qué es lo nuevo para mí? ¿Qué lugar ocupa en mi vida? ¿Cómo lo voy identificando en la urdimbre de la tela que yo soy? Lo nuevo se muestra, pero hay que tener para ello determinadas actitudes y sin duda una primera intuición de lo nuevo.

En otras palabras, vamos a describir los atributos de lo nuevo que por supuesto no se fagocita en lo ya existente.

Lo nuevo, lo que no puede faltar

Hay bastante reflexión actual que concluye que lo nuevo no es posible. Es sueño y quimera. Por tanto, se precisa dejar de soñar, poner los pies en la tierra y las manos en la masa y descender de las estrellas y volver a lo de siempre. Para bien responder a esta primera reacción hay que asumir que lo nuevo va más allá de lo novedoso, como ya decíamos, que no es gran cosa, ya que es solo pasajero y totalmente transitorio. Sin embargo, creemos que:

Lo nuevo es posible

Para ciertas personas no hay nada nuevo porque lo nuevo entra en el campo de lo imposible; solo existen variaciones de tonalidad de lo existente. En el fondo, cuando decimos que todo cambia afirmamos que de hecho nada cambia. No faltan quienes están llenos de resignación y concluyen que a fin de cuentas, de hecho, nada puede cambiar. No hay nada nuevo bajo la capa del cielo y nada se le puede garantizar que va a ser nuevo en tres meses más. Con esa impresión nos deja el desafiante libro de Fukuyama “El fin de la Historia y el último hombre”, que en el fondo sería el fin de lo nuevo.

De una u otra forma lo nuevo es una posibilidad de fracaso; lo ha sido en ocasiones. Sin embargo, las circunstancias cambian y los fracasos de ayer no tienen por qué condicionar los proyectos para mañana. La contemplación de la realidad nos proporciona una imperiosa fuerza que nos lleva a buscar la necesaria vitalidad de los gestos y de los hechos verdaderamente nuevos. El tono de nuestra realidad actual, como decíamos en el capítulo precedente, no es gris. Es multicolor y vivo. Se multiplican los proyectos y vienen de la auténtica vitalidad. Es posible atender lo original y encontrar el liderazgo que lo haga posible. Que monte los arcos que permitan ver el horizonte. El núcleo del liderazgo consiste en ser proactivo. Todo ello brota de la gran creencia. “Lo único consistente y posible en la vida es el cambio”.

Todo “es lo que es”, como nos dice poéticamente E. Fried tratando de expresar lo difícil que iba a ser lo nuevo en el año 1944 de una Alemania devastada por una guerra. En

aquellos días y en aquel lugar no era fácil lo que podía servir de base a todo cambio y lo que se pondría en marcha. Más bien eran días propicios para ver los imposibles, los absurdos, las desgracias, las inutilidades.

*“Es absurdo,
Dice la razón.
Es lo que es
Dice el amor.
Es una desgracia
Dice el cálculo.
Es doloroso,
Dice la congoja.
Es inútil,
Dice el conocimiento.
Es lo que es,
Dice el amor.
Es ridículo
Dice la arrogancia.
Es una frivolidad,
Dice la prudencia.
Es imposible
Dice la experiencia.
Es lo que es
Dice el amor”.*

(E. Fried, Es ist was es ist)

Sin embargo, con los ojos abiertos podemos afirmar que lo nuevo es posible y tiene que ver con lo real, lo concreto, lo hecho realidad; con lo que vemos y tocamos con nuestras propias manos. Hay cambios, como decíamos anteriormente; aparece algo que es más y mejor que lo que existía y lo nuevo se reaviva. Los nacimientos son siempre inciertos pero son posibles, son reales y traen al mundo seres vivos; traen vida. Para que eso nuevo sea posible tiene que ser una realidad la persona nueva, la que posee la fuerza de la vitalidad sentida y fecunda y que genera lo nuevo y lo hace activamente. El idioma italiano nos ofrece el matiz lingüístico que nos afirma en esta idea. Una señora nos puede anunciar que ha decidido “hacer un hijo”, que quiere quedar esperando y ser fecundada.

La resistencia a lo nuevo es fuerte en algunas personas e instituciones. Se oponen sistemáticamente a lo distinto y a lo que innova; lo desprestigian y ridiculizan. En una palabra, lo menos que afirman es que lo consideran innecesario e inconveniente y lo llegan a incluir en la lista de lo imposible. Lo juntan, incluso, a lo revolucionario y destructivo para desprestigiarlo; a lo que hace perder la estabilidad, identidad y sana continuidad. Su aparición la consideran como fuente de violencia. En los años pasados, y con una clara resonancia política, a las personas que optaban por “los-no-cambios” en Chile se les llamó “momios”.

La momia es el cadáver que se ha conservado sin descomponerse, ya sea en forma natural o por medios artificiales. Nos deja en la inacción y en lo mismo de siempre. La momificación nos transforma y nos pone en situación de poder perdurar sin necesidad de innovar.

Vivimos tiempos de perplejidad; esta perplejidad atañe a lo nuevo, ya que nos pone en crisis. Pero crisis no es sinónimo de callejón sin salida; de imposible. Es más bien una encrucijada en la que se divisan diversas posibilidades de salida; se divisa lo nuevo. También de en medio de la opacidad de la historia y de la ambigüedad surge lo nuevo y a veces por eso mismo. Como se ha dicho, "la tesitura del riesgo" puede generar novedad. No tiene por qué paralizar. El valor de renovarse es la única garantía de futuro. Todo ello implica la osadía de crear lo nuevo.

No hay duda de que no faltan quienes aplastan lo nuevo y lo hacen con mazo en mano. Lo golpean y lo sacan de escena. Lo ridiculizan, como vemos en la obra "Seis personajes en busca de autor", de Pirandello, lo destruyen o al menos lo diluyen. No sólo forman parte del grupo que no reacciona y tendría que reaccionar y no alienta lo nuevo, sino que van más lejos y luchan contra ello. Han hecho una definida opción por lo viejo y no aciertan ni quieren que se intente ofrecer tierra prometida, paraíso a las personas, los grupos y países. En su falta de lógica y de sentido llegan a llamar "locos" a los que entran en el mundo de la innovación.

Lo nuevo es conveniente

Lo de siempre, lo monótono, lo gastado, lo invariable, lo gris, lo repetido, quita vida a los grupos, les deja en la ambigüedad, les dificulta el ser significativos y el crecer. No hay ninguna duda de que si queremos tener lo que nunca, hay que hacer lo que nunca hemos hecho, lo nuevo. Con frecuencia la costumbre es una cuerda a la que cada mañana añadimos un hilo más y al final es imposible romperla; puede llegar a ahogarnos. Puede llegar a esclavizarnos. La monotonía llega a ser peligrosa. Lo nuevo es conveniente; nos estimula, y la provocación despierta vida. Nos mantiene atentos a la vida abundante. Es verdad que lo nuevo incomoda. La nueva criatura necesita un espacio, un afecto, un dinero, una relación, una dedicación de tiempo. Bien podemos decir que nos saca de nosotros mismos y nos lleva a la generosidad y a la fecundidad. Por eso, también, es conveniente su presencia entre nosotros y nos conviene hacerle un lugar. Lo menos que podemos decir es que nos saca del egoísmo.

Lo nuevo es necesario

Entre los seres humanos abundan las copias y escasean los originales. A las personas es importante educarlas para descubrir lo nuevo en ellas y en su entorno, para poner lo nuevo en circulación y hacerlo posible y llegar a sentir su necesidad. Lo nuevo da sentido a nuestras vidas. Lo necesitamos para imponer un ritmo a la existencia y poner en ella con claridad las exigencias para que lo nuevo viva. Nos lleva hacia delante y nos saca de la inercia y la mediocridad y puede llevarnos a querer "agarrar la luna con las manos". Las personas y la humanidad, sobre todo algunos hombres y mujeres, tienen una historia que

describir y tienen otra historia que realizar; es inédita hasta el momento y ahora toca darle protagonistas, acontecimientos, tendencias, hilo conductor. Estas personas las hemos evocado ya en estas páginas y las seguiremos recordando y corresponden a las que no les gustan las medianías, las medias tintas, las luces desteñidas. Da gusto contemplarlas; van por la vida en todo momento alegres y contentas, con la frente alta y desafiando vientos y tempestades. Contagian optimismo y esperanza. Ellos y ellas bien saben que este es un bien necesario, pero al mismo tiempo escaso. Sin esperanza no hay vida ni supervivencia o por lo menos la vida carece de sentido y de sabor. Por lo mismo, la sabiduría popular insiste: “la esperanza es lo último que se pierde”. La necesitamos para comenzar y continuar el camino y para llegar a la meta. Nos vienen bien las palabras de Ch. Péguy que pone en la boca de Dios estas exclamaciones:

“Puedo entender la fe y el amor. Pero ¡la esperanza! Es una maravilla, un milagro, un misterio, un inesperado rayo de luz en medio del mundo el que la pertinacia de la locura humana parece socavar todo fundamento para creer que será capaz de mejorarse... La fe que yo prefiero con mucho, es la esperanza”.

Lo nuevo nos confirma que esa esperanza no es inútil. Alimenta la esperanza. Las personas esperanzadas necesitan lo nuevo para vivir y lo consiguen, ya que se alimentan de una profunda convicción: la muerte ya ha sido vencida y por eso se puede vencer perdiendo porque se hace muriendo. Así es como mejor se pasa a la vida plena.

Lo nuevo es indispensable

Porque la vida es nueva; el espíritu no se repite, crea y recrea; busca y encuentra. Con lo nuevo llegamos a tocar lo fundamental y adquirimos o desarrollamos una poderosa confianza en el bien, la belleza y la verdad que se multiplica. Lo nuevo es como el aire que se respira. Cuando lo nuevo no se da se para la historia, y las personas giran en torno a lo mismo. Se llega a la esterilidad.

Lo nuevo es lo nuevo de lo nuevo

Nuevo es una palabra que viene del latín: *novus*. En todos los idiomas más conocidos en el mundo occidental tiene una raíz semejante. En japonés, lo nuevo es lo pequeño, es raíz y redondo y se supone que al rodar se hace grande; es nuevo mientras sorprende. Su antónimo es lo viejo; lo que existe desde hace mucho tiempo, lo que viene de un tiempo pasado; lo que no es reciente y por supuesto joven. Se supone que está gastado por el uso y hasta puede verse estropeado. Para algunos, lo nuevo de lo nuevo es lo más original, lo que siempre sigue activo y, en cierto modo, originando vida.

Pero no querríamos presentar lo nuevo como ruptura de lo antiguo; ni tampoco hacer una apología ciega de lo nuevo. A veces reivindicar el pasado puede ser de lo más revolucionario. Con lo nuevo entramos en la línea de lo más y de lo mejor, del más arriba y más adelante; del subir y del avanzar, que es la ley de la sana evolución. Pero no en una

negación y un rompimiento con lo que nos ha precedido. Eso se ha transformado, lo mejor de ello ha permanecido y así lo nuevo ha aparecido. Muchas veces se encontraba sumergido, escondido y ahora está en escena; otras veces eso nuevo procede de la transmutación de algo visto y conocido desde siempre pero que precisa ser "refundado", no refundido.

Pero no debemos engañarnos. Lo nuevo viene de lo nuevo; no de lo viejo transformado y actualizado. Esta afirmación es de grandes consecuencias en el diario acontecer. No podemos olvidar que hay un tiempo para concebir y engendrar y otro para nacer, y que con cada recién nacido el mundo comienza de nuevo y, por supuesto, desde algo nuevo.

No hay duda de que lo viejo nos merece nuestro respeto, pero no es nuestra opción en estas páginas. Las palabras de Alfonso X el Sabio nos hacen pensar, pero no nos desvían de nuestro camino:

*"Quemad viejas leñas
Bebed viejos vinos
Leed viejos libros
Tened viejos amigos".*

Puede ser que la modernidad haya exaltado indebida y desatinadamente lo nuevo. La cultura posmoderna nos lleva a desechar y a sustituir, pero unas veces se sustituye por nada o por poco, otras por lo nuevo y distinto, y en ese caso se llega a refundar. Por eso en algunas culturas se prefiere construir la casa nueva a remodelar la vieja. Bien sabemos que las personas y las cosas se nos revelan y gritan su juventud y su vida perenne y renuncian con fuerza a su vejez y a un tener que terminarse y morir. Con todo, no se puede valorar solo lo nuevo y mirar en menos lo viejo y obligar a jubilar, despreciando la experiencia acumulada, y a convertirse en escombros de un pasado sin el cual no existimos.

Además, también la vejez, como ya hemos indicado, trae de lo nuevo; en esos años cimeros una nueva vida está en ciernes y puede permitir estar vivos con mayor plenitud que nunca; antiguas relaciones terminan y nuevas gentes y retos ocupan su lugar. Hay que comprender que la última parte de la vida no es una no-vida y que en ella hay novedad. Se trata de un nuevo estadio de la existencia. Estos años avanzados y llenos de curiosidad, de desafíos, socialmente significativos, están pensados para ser años buenos y nuevos. Aceptemos el desafío de R. Browning: "¡Envejeced conmigo! Todavía nos aguarda lo mejor, lo último de la vida, meta de lo primero". No hay duda de que bien podemos concebir la vejez como una excursión hacia la novedad.

Lo nuevo se ha convertido en la cultura actual en un verdadero paradigma, en un punto de referencia. Un paradigma elocuente; vende bien y bien se vende. Si con imágenes nos acercamos a esa realidad, la identificamos con la semilla, el embrión, los genes, el seno materno, el parto, la intuición, el manantial y la fuente, la palabra, la aurora, el saludo, el estreno, la luz y el fuego, el brote, la inspiración... Se supone que no está gastado por el uso y no puede verse estropeado. No hay duda de que para describir bien lo nuevo hay que llegar a lo nuevo de lo nuevo, a lo más auténticamente nuevo y nos ayuda mucho el lenguaje simbólico, único capaz de expresar lo profundo y diverso, lo que nos desborda.

El símbolo sirve de puente entre lo real existente y lo real posible; por eso llega a canalizar energías. El concepto informa y el símbolo evoca y sugiere. Los símbolos nos vienen muy bien para expresar el anhelo utópico.

Pero lo nuevo se junta muy espontáneamente a determinados verbos que nos explican la dinámica de lo nuevo y de las personas que lo encarnaron en su modo de pensar, de sentir y de proceder. Lo nuevo cita; es una cita importante en medio de nuestro mundo fugitivo y cansado; a ratos lo nuevo nos espera para llevarnos a ser más y a ser diferentes. Se asemeja a lo que es amor y temura y por eso nos convoca y se sitúa en el corazón de nuestra vocación personal. Lo nuevo ex-cita. Nos lleva a salir al encuentro de los otros y nos saca de nuestro rincón solitario; se convierte en objeto atractivo, llama nuestra atención y nos mueve hacia la belleza, el bien, la verdad. Activa la imaginación y todas las fuerzas vitales de la persona. Nos lleva a la acción responsable. Despierta los impulsos básicos de la vida; las ganas de vivir, la llamada al crecimiento personal, la aspiración a ser diferente; la persona que uno sueña ser. Nos cita a lo más y nos excita a movernos en esa dirección. Lo nuevo in-cita. Lo nuevo nos atrae hacia lo nuevo. Centra nuestros deseos dispersos. Se adueña de nosotros mismos y nos hace caer a sus pies. Estamos pendientes de ello. Nos capta y nos exige mirarlo, admirarlo y, de hecho, interactúa con nosotros. Es un lugar de revelación y de asombro. Lo nuevo con-cita las mejores energías. No nos lleva a una simple cita con agenda. Nace para no terminar y nos envuelve, y pasa a ser mío y soy el que soy nuevo. Toca el fondo del alma. Tiene vocación de crecimiento y de duración. Nos encamina a la superación del temor. Lo nuevo sus-cita lo mejor de cada uno; suscita libertad, creatividad, fidelidad; da un sentido nuevo a la vida. Puede llegar a fascinar y por eso origina en cada uno de nosotros generosidad, entrega y compromiso. Lo nuevo resu-cita. Aunque no lo parezca, lo nuevo nos saca del flujo temporal que puede desgastar a las personas. La muerte hace mella en lo nuevo, que a su vez puede resucitar, como el ave Fénix, de sus cenizas. Eso ocurre cuando lo nuevo se aviva y fortalece en la reconciliación y se impregna de su propio impulso creativo. Este paso se da de un modo más explícito cuando lo nuevo toca el amor. Lo nuevo, en fin, re-cita. Se hace palabra y se recita. Y se repite. La repetición en este caso no es monotonía. Es descubrimiento de nuevos tonos, nuevas notas y gestos de la persona citada y recitada por lo nuevo.

Pero antes de entrar en unas precisiones más concretas, bien podemos afirmar que lo nuevo es una realidad transversal. Es como un hilo conductor de una humanidad que avanza y de vez en cuando vive rupturas y otras veces saltos. Lo nuevo siempre reaparece. Vamos a describir su realidad.

Lo nuevo es profundo

Tiene que ver con lo central y la radicalidad de las opciones primeras. Por eso se toma conciencia de lo nuevo cuando se está entre la vida y la muerte; entonces se permite calibrar la seriedad del deseo de volver a la radicalidad de nuestra opción fundamental. En situaciones liminales nos balanceamos entre lo nuevo y lo viejo; entre donde estábamos y donde vamos a estar. En el fondo, lo nuevo es una tarea de siempre de la que no podemos prescindir. Sustenta todo.

Es exigente

Pide atención; hacerle un lugar y dedicarle un tiempo; necesita ganarse la voluntad de los que le van a tener que engendrar, ceder espacio y prestar cariño, cuidado y preocupación. Tiene calidad y presenta novedad. Un nuevo hijo en el hogar a todos exige mucho; exige vida y nos pide confianza en él, afecto, dedicación. A la madre que le da a luz le pide dolor y riesgo. Lo nuevo viene de la vida y se lleva consigo parte de esa vida.

Es fecundo y fruto de la fecundidad

Lo nuevo se junta mucho a la madre y al padre; a los emprendedores e iniciadores; a las raíces y al grano que en el surco cae, a los genes y al útero. Los genitores engendran lo nuevo y lo ponen en medio de nosotros. Como nos recuerda el tradicional dicho americano: nuevo es el árbol que se planta, el libro que se escribe y el hijo que se engendra y todas estas novedades son gestos de fecundidad y nos llevan a acertar, a expresar e identificar los otros signos de fecundidad de nuestra vida. Por supuesto, donde hay esterilidad no hay novedad; más aún, ella es la muerte de la novedad.

Se identifica con lo distinto

No es lo mismo que lo ya existente. Renueva y recrea. Pone de relieve lo diferente. Trae a escena lo original; no es más de lo mismo. Lo nuevo auténtico apuesta por la originalidad. No viene para llenar un espacio vacío sino para mejorar la calidad. La innovación encauza y expresa la fuerza de lo nuevo; es todo un proceso o camino para dar consistencia a lo nuevo y encaminarlo a ocupar un lugar en la realidad. Por lo mismo, es original y genuino; es diferente y auténtico. Conserva las características que le son propias.

Es positivo

Lo nuevo auténtico es positivo. No es una reacción contra lo negativo o lo malo. Se da cuando nos ponemos metas creativas y responde a propuestas que multiplican la vida. Lo que se debe innovar hace crecer y es terminar con lo que interrumpe esa vida; con la droga, la pobreza dura de un segmento de la población de un país. Lleva a reciclar personas e instituciones, a poner velocidad ahí donde existe lentitud y falta de rendimiento, promocionar la creatividad artística, la participación social... Lo nuevo, no lo dudamos, puede tener metas ligeras o de poca generosidad. En eso nuevo no merece la pena invertir mucha creatividad e inteligencia. Lo auténticamente nuevo tiene que generar un verdadero optimismo histórico.

No hay duda, como veremos más adelante, de que lo nuevo nos tiene que poner en relación con el sentido trascendente de la vida, en diálogo con los otros, en profunda relación con uno mismo y en un estar activo y productivo en la sociedad y en el mundo en el que nos encontramos. Es verdad que al provocar lo nuevo uno se encuentra con lo que no se busca. Tiene una dimensión social y política. Lo nuevo hace de puente entre lo personal y lo social, lo encarnado y lo trascendente, lo pasado y lo futuro, lo fuerte y lo débil. Llena vacíos, completa, rehace lo desarmado; construye y mejora lo que estaba desmejorado.

Lo nuevo es inclusivo

En lo nuevo caben todos, aunque a primera vista pareciera que solo les interesa a los innovadores. Tantas veces llega como alternativa de un impasse, de una división y como lugar de encuentro de voluntades distintas. Pide involucrarse en ello; viene a sumar fuerzas y a unir y juntar lo que estaba disperso. Lo nuevo abraza y deja con las manos unidas; es comunitario, capitular, “negociador” y muy sinodal.

Quiere contar con todos y desembocar en una apasionada alianza con los excluidos e incluso con los que excluyen. Sólo mirando al diferente llegamos a tener una mirada distinta. No hay duda de que a veces en lo nuevo se ve una amenaza más que una posibilidad, encarnación de un contrincante en vez de un compañero, de un extraño en lugar de un hermano. Necesitamos educar la mirada de lo nuevo y hacerla inclusiva y misericordiosa y que nos deje con la fuerza para transformar las estructuras que provocan marginación y exclusión.

Lo nuevo cuando no se integra con lo nuevo no permanece; cuando llega o queda en manos de francotiradores no perdura. A la larga desaparece. Precisa el marchamo o la aceptación del grupo y la integración en el mismo. Es una fuerza espiritual que necesita un cuerpo para hacerse consistente.

Es vital, vivo

Lo nuevo nace y crece y recupera o acentúa la originalidad propia; coincide con lo recién hecho y fabricado: “He comprado un modelo nuevo de TV que acaba de salir”. Vino a este mundo una persona humana, un animalito que era esperado y que ya se ha sumado a la naturaleza viva en la que están los vivientes. Se ve o se oye por primera vez y por eso va muy unido al signo de admiración y a veces al de interrogación. Lo nuevo, como la vida, nos sorprende. Lo identificamos con lo distinto y diferente de lo que existía o de lo que se conocía anteriormente. Por ello, lo tenemos que bautizar, darle nombre, ofrecerle un espacio y un tiempo. A lo nuevo tendremos que acostumbrarnos. Puede estar en el origen de una verdadera y entretenida aventura que llena los rincones más diversos de nuestra existencia con plenitud, ya que parte de una nueva forma de ver el mundo.

Es sagrado

Lo nuevo tiene algo de sagrado y de misterio; sabiendo, como nos recuerda Delia Domínguez, Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua, “que lo sagrado no es liturgia para la metafísica, sino alma que ronda sobre este nuevo siglo, aplastando la bolsa de agua donde germinan las semillas”. Lo juntamos a los dioses, al fuego sagrado, a la adoración y al milagro; a lo que nos pide acción de gracias. En la tradición religiosa irlandesa se agradece a Dios cuando algo nuevo surge: el nuevo día, el nuevo fuego del fogón de la familia que acaba de constituirse, los nuevos miembros de la familia. Lo nuevo viene de Dios y Dios es nuevo y como nuevo hay que acertar a presentarlo. Los pueblos indígenas del continente latinoamericano saludan la salida del Sol, la Luna llena, los nuevos frutos. Para ellos son verdaderas bendiciones de Dios y como tal las acogen.

Lo nuevo hoy y en Chile

Hay atributos que lo nuevo ha tenido siempre. Los hay que van unidos a nuestra realidad cultural actual y a nuestra situación chilena. Creo que en el presente momento hay una sensibilidad especial que nos lleva a identificar lo nuevo de la siguiente manera o al menos a identificarlo así:

Despierta entusiasmo, energía, optimismo

Va muy unido a los grandes deseos, anhelos; despabila la posibilidad de crear. Nos deja con el grito "venceremos" en el cuerpo. Junta la libertad a la mayor igualdad. Va unido a una gran emotividad y pasión y nos da la impresión de que nace del corazón, de las vísceras y de la guata. Nos toma todo entero y nos moviliza en la dirección de los sueños realizados.

Resulta cautivador y fecundo

Brota y nace; sorprende y atrae; emerge y se hace presente. Crece, ya que es vida y vital; emerge y hace emerger. Madura y ofrece su fruto. Pone urgencia con su llegada y para su continuidad. Desencadena un proceso que ayuda a encauzar un dinamismo transformador. Lo nuevo apasiona; despierta nuestra atención y nuestro interés.

Es exigente

Desafía. Pide esfuerzo y compromiso. Se precisan ganas y energía para hacerlo nacer y crecer. Busca ser protagonista. Tiene que abrirse camino para subsistir. Hay que pagar precio alto para hacerlo posible. Nos pide mucho. Aparece como fruto de nuestro esfuerzo, nuestra energía y nuestra donación generosa.

Une y concentra fuerza y energía

Lo nuevo es asumido pero también rechazado. Despierta empatía y simpatía y amalgama; quiere ser un todo y exige comunalidad. Circula y enlaza. Puede llegar a ser inclusivo. Para ello tiene que conseguir convergencia y sinergia.

Supone creatividad

Está muy unido al arte, a lo bello; a la primavera y a la fuerza física, psíquica y espiritual. Los innovadores de todo tipo son los protagonistas de lo nuevo que es el fruto de su ingenio en ejercicio. En tiempos tan átonos como el que vivimos y en medio de un mundo fragmentado y "líquido", la invitación a crear es una vigorosa sacudida. Por tanto, cuando decimos que supone creatividad, entendemos que hablamos de algo que está en el centro mismo de la existencia y, por tanto, urge a movilizarse hacia una acción creadora que se pone en medio de la realidad.

Estos rasgos de lo nuevo hoy en Chile son fruto de un intercambio de reflexión de

varios integrantes de Posible, otro Chile. No hemos tenido perspectiva histórica del tema. Esa perspectiva nos habría permitido acercarnos a lo nuevo desde una óptica original, otra reflexiva y otra hermenéutica. En esta historia hermenéutica a lo nuevo lo interrogaríamos por su sentido y su actualidad y así llegaríamos a interpretar lo que en realidad es ahora en Chile. Sobre ello nos haríamos preguntas, fijaríamos su horizonte y lo ampliaríamos. Así, acertaríamos a decir con más precisión y a explicar cómo ha vivido lo nuevo este país y cómo vivirá un futuro que nos incumbe y del que al menos, en parte, nos podemos hacer responsables. No hay duda de que el saber histórico proporciona orientación en el cambio y mediante ella se forja la identidad de las personas de este país, de las comunidades y de toda la humanidad.

Este apartado nos debería permitir decir: ¡Ahí está lo nuevo! Abran los ojos, véanlo, escúchenlo. Póngale nombre. Pero también podemos afirmar que lo nuevo tiene algo de misterio. Es bueno señalar en un mundo fríamente calculador la parte de expectativa que acompaña a lo nuevo, el aspecto de algo maravilloso no le falta; con frecuencia tiene una parte de improvisación y llega de improviso; no es demasiado seguro y queda en el campo de la probabilidad. Lo nuevo nos exige confiar en la bondad del tiempo. Es un símbolo de posibilidades infinitas. Tiene buena parte del encanto del misterio.

Capítulo III

Lo nuevo es una sensación sentida

Seguimos acercándonos a lo nuevo. No lo hemos presentado, todavía, como “una sensación sentida”. Ese debería haber sido el verdadero punto de partida de nuestra reflexión. Lo nuevo hay que sentirlo en nuestro cuerpo, va unido a lo que nace y crece, a lo que comienza y se genera, al deseo y a la sed, al hambre y las grandes necesidades movilizadoras de la persona humana.

A mí el cristianismo me ha llevado en esta dirección. Es la religión más “sentida” que existe, pues nuestro Dios se encarnó. Por tanto, Dios no es una magnitud abstracta, una idea o un postulado filosófico. Dios tiene rostro humano, el rostro de Jesucristo. De esa realidad participan las personas que sienten lo que viven, lo que oyen, lo que tocan o lo que miran.

A lo sentido tenemos que llegar. Recuerdo el título de un libro que leía ya hace más de 20 años: La jirafa tiene ideas muy elevadas. En la portada se veía una jirafa muy reflexiva y sentada en una silla, que a su vez estaba colocada sobre una mesa. Se trataba de una fina ironía sobre las ideas. A fuerza de estirar el cuello pudo la jirafa alimentarse de las hojas de los árboles. De manera similar nuestra cabeza se nos ha subido o todo se nos ha subido a la cabeza, de modo que fácilmente nos alimentamos de abstracciones, ideas y pensamientos y en ese mundo permanecemos y de él hacemos nuestra morada. Nos creemos personas de más altura cuanto más altas o sublimes resultan nuestras ideas. Sin embargo, nuestra reflexión no es de porte humano hasta que no es sentida y toca la realidad o la mezclamos con un poco de buen humor, ya que “la vida es demasiado importante como para tomársela en serio” (Oscar Wilde).

Cada vez que tengo sed y hambre, el cuerpo me lo dice y me lo pide; se estimula y, a veces, se acelera. Y contagio esas sensibilidades. Me encuentro ante una necesidad vital que me moviliza y me pone en camino. No me permite repetirme en la respuesta, ya que es nueva la pregunta, el anhelo, el deseo. Nueva tiene que ser la respuesta. Lo nuevo también me lo pide el cuerpo y a veces en esa petición pone urgencia.

Bien podemos afirmar que lo nuevo, al ser una sensación sentida, parte del cuerpo y por el cuerpo pasa y el cuerpo la capitaliza. Cuando de eso tomamos conciencia, lo nuevo se convierte en una expresión distinta de la habitual. Distinta de lo que uno habla habitualmente. El cuerpo la registra y la transmite; hace sentir a otros lo que él siente y nos hace vislumbrar lo realmente nuevo.

A veces lo sentido no es bien visto. Queda en el tono y nivel de lo sensorial, corporal, espontáneo y visceral. Hay una secreta preferencia por lo racional y una espontánea opción por lo "espiritual" y mental. Lo sentido pide y pone espontaneidad y urgencia; lo racional controla el tiempo y está por encima del momento y a veces del lugar. Lo primero cuesta que lo expresemos; lo segundo, fácilmente lo transmitimos con frecuencia de una manera ordenada, pero para nada muy encarnada.

No hay ninguna duda de que tanto la realidad como nuestro cuerpo ponen agitación en nuestra sangre y en nuestra movilidad; en el fondo, en nuestra historia y nuestra vida. Tanto la una como el otro hacen surgir paradojas en nuestra existencia. Del conflicto brota novedad. En el fondo pone esperanza. El cuerpo humano, la realidad humana, es como un libro maravillosamente esperanzador e iluminador. Hace que se enciendan luces que iluminen caminos nuevos. No se puede permanecer en la paradoja. No hay duda de que a veces nos estanca, pero no hay duda, también, de que nos moviliza hacia la novedad.

En ese sentido, con lo nuevo se llega a decir algo diferente de lo que yo quiero decir. Lo diferente es novedad. Cuando lo nuevo es una sensación sentida, no se acepta el plagio; lo nuevo es una fuerza intensa, emergente y surgente. Urge, requiere una rápida ejecución o solución. Lo que la razón, y si se quiere el diccionario, dice es todo lo que yo quiero decir, pero al hacerlo puede ser que muy espontáneamente se concluya: ahí falta algo. En ese momento estamos dando el indispensable paso para lo nuevo. Si se dice todo, no hay espacio para lo nuevo que genera vida y no es existente. En esta vida hay que dejar un lugar especial para la conciencia renovada de la misma urgencia; no es necesario que sea una conciencia refleja. Basta que sea esa conciencia espontánea.

No hay duda de que en la sensación sentida que del cuerpo procede se tiene la impresión que para caminar hacia lo nuevo hay que partir de lo confuso y desordenado. En ese caso, la sensación tiene algo que decir y lo dice en lenguaje sentido y expresado de los modos más diversos. Aunque el lenguaje no es claro, sí insinúa algo y sugiere la utopía que entre otras cosas intenta escaparse de lo fáctico: "El hombre fabula deseos, es capaz de hacerlo, encuentra para ello en sí mismo una gran cantidad de material... sólo el hombre, a pesar de ser mucho más reflexivo, construye utópicamente" (E. Bloch). Pero para esa construcción parte de lo concreto, de sensaciones sentidas.

Una sensación sentida siempre tiene algo que decir; y lo dice con todo el ser hu-

mano; no falta en ella el alma y el espíritu, pero tampoco puede faltar en ella el cuerpo y todo entero. Es una realidad holística, pero tiene que comenzar por ser sentida y partir de una sensación. Sólo así lo nuevo es una realidad personal y personalizadora y brota de unas auténticas ganas de movilización y, por supuesto, bien sentidas y asumidas. Lo nuevo es para personas. No es un muerto en vida que atonta y distrae. Lo nuevo personaliza y siempre tiene sujeto.

A partir de ahí, lo nuevo puede tomar cuatro dimensiones importantes: la de lo religioso, de lo ético, de lo estético y de lo épico. El espíritu que revoloteaba sobre las aguas, flotaba en el aire y sobre todo el Universo, y que el primer día creó el Sol, la Luna y las estrellas y el segundo, el mar, las aguas y los ríos... está en el origen de todo lo nuevo. A su vez, a lo nuevo lo provoca el bien, ya que nace de lo auténtico. La verdad, la libertad y la justicia no deben estar separadas de lo nuevo que lo da a luz el sabio y el justo. Lo nuevo hace sentir la belleza, es todo un arte y es la intención primera de los artistas y el fruto de los mismos, ya que se convierte en poesía, pintura, escultura; se transforma en acontecimientos que amalgaman la historia y la hacen girar en torno a la victoria que unas veces es de los vencedores y otras, de los vencidos.

Si nos acercamos de una manera más clásica a lo nuevo, diremos que tiene que ver, como ya indicamos, con la verdad, la bondad y la belleza. No puede ser irracional, e incluye ideas y creencias y éstas tienen que traer novedad. Lo nuevo es bueno y viene unido a valores y pide una conducta sana y recta. Lo bueno se ama, la vida afectiva se vuelca en lo nuevo; moviliza nuestros sentimientos y sensibilidades. El arte, la obra artística, trae novedad y viene de algo concebido por el artista que es ingenioso y ejercita su habilidad volcándolo en una piedra, un lienzo, unas palabras, un relato.

Sólo se aprecia lo nuevo si ha llegado a ser una necesidad sentida. De por sí no tiene propiedad intelectual; es solidario y se contagia generosamente; lo nuevo hace fecundas nuestras vidas y las de las personas que nos rodean.

De todo lo dicho, se concluye que lo nuevo se oye, se siente, nos habla, nos gusta o no nos gusta, lo apreciamos o despreciamos. Pero no es fácil expresar lo que sentimos cuando vemos lo nuevo o lo tocamos o nos invade. Está en la mitad de nuestro cuerpo o en el corazón, pero al mismo tiempo lo envuelve y se presenta en sociedad.

No hay duda de que la mejor manera de describir esa sensación se consigue en el diálogo con otro que también vive y tiene esa misma experiencia. Lo nuevo provoca y aclara lo nuevo. Ese intercambiar se tendrá a partir de la respuesta a un gran intento de compartir una profunda vivencia de algo nuevo y que haga posible un significativo cambio en la realidad personal, social o ambiental.

En ese diálogo concluiremos que lo nuevo no es lo novedoso, ni lo reciente. Es poner en escena lo que estaba latente y que tiene fuerza para aparecer. Ahí comienza el proceso para descubrir lo nuevo y describirlo como una experiencia vital y ligada al cuerpo que goza y que sufre, que se abre y se cierra con lo nuevo.

Capítulo IV

Más aún, lo nuevo es un paradigma

Vamos a dar un paso más en esta identificación de lo nuevo y entrar en un tema muy concreto y que puede ser hasta un poco difícil de comprender. Se trata de evocar una categoría útil para ahondar el pensamiento sobre lo nuevo. Esa categoría ha sido popularizada por Thomas Kuhn, que partió aplicándola al mundo de la ciencia y que, posteriormente, se ha trasladado a las realidades más diversas, como la teología, la cultura y la sociología. Se llama paradigma. No conviene olvidar que en las últimas décadas hemos vivido varios paradigmas culturales, religiosos, éticos, de comunicación y, por tanto, nos ha tocado hacer sucesivos cambios de los mismos y algunas de estas transformaciones han supuesto rupturas.

Cuando considero el momento actual de una manera intuitiva concluyo que no basta con tratar de ser fieles al pasado. Estamos ante una nueva problemática, que exige nuevos enfoques, nuevos replanteamientos y nuevo lenguaje. El siglo XX ha sido el que mayores esperanzas y frustraciones ha generado: trajo la libertad y el reconocimiento de las antiguas colonias; la creación de unas instituciones y de un nuevo orden jurídico para garantizar la paz a través del diálogo; los enormes avances en tecnología que cambiaron e hicieron pequeño el mundo el descubrimiento de la fuente de energía más barata conocida hasta el presente; la conciencia de que todos los derechos humanos deben ser extensibles a todos; la religión como posible espacio de encuentro, y un largo etcétera que ha dado en determinados momentos la impresión de que antiguas utopías eran realmente posibles. Es un hecho que no podemos poner puertas al viento. Nos va a entrar por las ventanas. Estamos viviendo "un giro copernicano".

Todo ello llega potenciado y catapultado al siglo XXI y se convierte en un nuevo paradigma que al llamarlo así se transforma en una verdadera revolución, aunque no podemos dejar de señalar que se da también un auténtico involucionismo. Y, justamente, en nuestro caso el paradigma sería el que corresponde a lo nuevo y de lo nuevo parte. Lo nuevo ritma nuestra vida, ya que hace que la habite la novedad. Nos deja con ganas de las cosas nuevas, con sed, a ratos, inaguantable de ellas.

Son muchos los datos históricos que nos llevan a hacer esta propuesta. Estamos ante lo nunca visto en muchas dimensiones de nuestra vida. Pero al mismo tiempo percibimos que son muchas las realidades del pasado profundo que se remueven entre nosotros. Más aún, vemos que lo nuevo es universal, permanente e irreversible, firme e irrevocable. No es una moda, ni algo sectorial o continental. Lo atraviesa todo y lo permea todo. Se trata de no volver la vista atrás, sino de continuar hacia adelante.

Esta realidad nos permite hablar de nuevos sujetos emergentes en el momento histórico actual. Estos sujetos están tomando voz y protagonismo en una historia que no cesa de renovarse. Más aún, que nos sitúa ante el paradigma de la innovación. Entre esos nuevos sujetos emergentes está la tierra que grita, como grita la mujer y los pobres, y lo hace África y las nuevas tecnologías y los emigrantes y desplazados y los jóvenes y los ancianos.

Cuando un paradigma llega no deja igual todo lo anterior; ni se reduce a ampliarlo. Lo supera, se trata de reconstruir enteramente en función y en coherencia con lo nuevo que apareció. La realidad actual es tan profundamente nueva que está floreciendo y creciendo en función de la vida.

Un paradigma de lo nuevo convierte a esto en algo inclusivo que nos deja con una gran sensación de libertad, amplitud, de mente amplia, de tolerancia y de sano optimismo. Eso no quiere decir que lo viejo se integra fácilmente en lo nuevo. Más bien una forma tal va desapareciendo y en una previsión de plazo más bien razonable. Pero la aparición de lo nuevo no llega de manera automática con la desaparición de lo viejo. Tiene que aparecer en el escenario una forma alternativa que toma el relevo y para ello necesita del tiempo y de la debida retroalimentación y, sobre todo, de un protagonista que lo sitúe y le dé rostro, "máscara" en el gran teatro del mundo.

En el paradigma de lo nuevo esto no es una mitad de camino entre lo viejo y lo nuevo; ni es una "y" "y" y, por supuesto, un "o" "o". No es tampoco un juntar lo nuevo a lo viejo. Es un surgir de una realidad diferente que bien podemos llamar lo nuevo de lo nuevo y que aparece en el horizonte, y que para Kant sería "el final del sueño dogmático" y lo podríamos llamar un "tertium datur" y que se convierte "en lo nuevo consistente y fecundo" y va más allá de una síntesis, ya que se da una nueva criatura. Algo que brota como distinto de lo nuevo y de lo viejo, que retorna periódicamente con una profundidad creciente.

"La mayor aportación del conocimiento del siglo XX ha sido el conocimiento de los límites del conocimiento. La mayor certidumbre que nos ha dado es la de la imposibilidad de eliminar ciertas incertidumbres, no sólo en la acción, sino también en el conocimiento" (E. Morin, La mente).

Lo nuevo nos sitúa en ese tipo de conocimiento y hacia él nos encamina. Por eso ve urgente abrirse a la renovación y no quedarse amarrados a los paradigmas milenarios. Es hora de perder el miedo y de confiar en el momento histórico actual de la humanidad, de arriesgarnos a quedarnos sin las seguridades ancestrales, para, libres y desnudos de todo lastre, ser capaces de construir otra forma de ser persona con el aporte de novedad que nos llega.

Todo esto nos lleva a pasar de un modelo de vida y de misión que supere la disyuntiva y se opte por la alternativa, que es algo que brota de esa tensión, que supera lo superficial que solo diferencia y contradice y llega a algo diferente, que es fruto de la libertad plena, la que nos hace verdaderos, del riesgo, la opción personal y la creatividad. Así nace una nueva forma de ver, de sentir, de actuar y de ser en este planeta en el que la acción humana en el próximo futuro va a tener un peso y unas consecuencias muy importantes.

Dicho de una manera generalizada, podemos afirmar que el nuevo paradigma, centrado y al servicio de lo nuevo, supone en un primer momento una tal visión de la realidad que lleva a una opción por la liberación, la comunión, la ecología, la globalidad, la inclusividad y la vida fecunda y fecundada. A partir de estas constataciones, en un segundo momento bien podemos afirmar que el cambio de época diagnosticado y vivido por las constataciones pide unos cambios serios en la transmisión de la fe, del conocimiento, de los comportamientos, de la organización social y política, familiar y educativa. Un mundo desaparece y otro está emergiendo y sin que exista ningún modelo preestablecido para su construcción. Cuando bien se leen los datos del cambio de época no hay que quedarse envueltos en la nostalgia de las épocas pasadas. En la sociedad actual se impone un giro copernicano en las diferentes dimensiones de nuestra vida y así, en ese momento, nace un nuevo paradigma que en nuestro caso recoge y potencia todo lo nuevo. Cuando este nuevo paradigma se ha identificado debidamente se imponen algunos empeños y transformaciones. Se imponen actuaciones que debemos afrontar para ir caminando hacia el horizonte de la innovación. En un cuarto momento se nos pide contextualizar la propuesta movidos por una clara mirada al futuro. La lista de lo que se debe crear tiene que ser atinada. Así llegamos al programa de acción. Todo esto es de gran calado; es casi un atrevimiento, pero no se puede dejar de intentar dar estos pasos. Así se recompone.

Los nuevos contenidos, la atención a las nuevas maneras de comunicación, del método y de las condiciones favorables para la transmisión, los distintos destinatarios y autores piden prestar atención a la antropología emergente, que es el verdadero sustrato de lo nuevo. Sólo desde esta antropología se pueden generar protagonistas de la nueva sociedad. Y lo nuevo se puede sostener y afirmar. De ahí nacerá el nuevo paradigma de la transmisión de lo nuevo.

De este modo y desde esta antropología de los nuevo damos la máxima consistencia a lo nuevo sentido, a lo que nace del cultivo de la interioridad y es fruto de un mirar en profundidad la vida, las personas, uno mismo; a lo nuevo que provoca y despierta preguntas, interrogantes que nos permiten acercarlo a las dimensiones más hondas de la persona; es algo vivido y que viene de determinadas experiencias; es personalizado y fruto de una opción personal y por supuesto totalmente libre; por eso centra nuestra atención no tanto

en los contenidos como en los procesos. Lo nuevo se transforma en una apertura a la trascendencia que en el fondo es una apertura a las realidades que nos sobrepasan y que nos ponen y llevan hasta el encuentro con los otros, la realidad tierra y con Dios. Nos obliga a ver la persona humana como un ser inacabado, mucho no-ser-todavía, abierta a nuevas fecundidades.

En esta antropología se ayuda al ser humano a tomar conciencia de que es un yo con pasado, en un presente que se proyecta hacia el futuro, es decir, una persona en proceso, alguien que se va rehaciendo constantemente. En griego, la palabra camino proviene de "odos", igual que la palabra método. El método sirve para que el hombre logre convertir en significativo algo que no lo era, implica un proceso personal, interno, de creación de significado de algo que era mera información y que debe ser convertido en elemento comunicativo. No hay duda que el sentido de la existencia humana se logra a través de un acto de re-creación y posterior transmisión, de un acto que convierte la letra en espíritu.

Esta concepción antropológica, esta visión de la persona humana que sustenta este nuevo paradigma al ser así de completa, renueva todo el ser y hace que el ser humano se conecte y entre "en red" y reafirme así la conexión o vínculo vital. Lo nuevo permeabiliza todo. Y las fuerzas para despertar el deseo de emprender y de proponer la novedad radical y fecunda no faltan. Lo nuevo así se convierte en una fuerza para vivir y dar sentido a la vida, para suscitar opciones y compromisos.

Cuando se quiere ahondar la idea de lo nuevo, la persona humana aparece como un animal con esperanza activa. Es la única manera de dar consistencia a lo nuevo y superar el desánimo. No hay duda de que a quien le da para sembrar poco espera demasiado y desespera mucho. La primera cosecha está ya en el hecho de la siembra. Como no se puede sembrar y cosechar a la vez, lo importante está en abrir el surco para que lo nuevo brote. "Golpe a golpe, verso a verso". Volver a surcar es abrir caminos al futuro y eso sólo se puede hacer con una antropología que rezume esperanza por los cuatro costados. E. Bloch, ya en los años 70 definió a la persona humana como el único animal capaz de escaparse de lo fáctico, del "topos" existente:

"El hombre fabula deseos, es capaz de hacerlo, encuentra para ello en sí mismo una gran cantidad de material...; sólo el hombre, a pesar de ser muy reflexivo, construye utópicamente"; tiene una "conciencia anticipadora".

Por eso para el filósofo alemán nada puede florecer sin esperanza. Bloch, que expresa con claridad su no creencia en Dios, abre el camino a toda una corriente de teología de la esperanza cuyo principal representante será su compatriota J. Moltmann.

A la antropología le interesa lo nuevo y lo nuevo se analiza en profundidad cuando a ello nos acercamos con un sano humanismo. El verdadero humanismo no se limita por el ámbito de las ciencias y menos de la técnica. Se limita por la manera profunda de entender al ser humano y su misterio. En nuestros días un físico, un químico o un biólogo que toca las fuentes de la vida debe ser humanista; un ingeniero o un técnico en computación, un arquitecto precisan ser tan humanistas como un filósofo o un teólogo o un experto en ciencias humanas. A su vez, el sociólogo o el psicólogo tiene que ser capaz de incluir en sus

reflexiones el mundo de la técnica en el que el hombre actual se desenvuelve y donde lo nuevo ha tomado y sigue tomando formas y expresiones diversas. Y todo ese marco referencial se precisa para poder hablar de un modo integral e integrador de lo nuevo.

La antropología inspira, en fin, la elaboración del talante de las personas que hacen posible lo nuevo y ayuda a la formulación del paradigma. Dicho de una manera gráfica, ese talante supone personas caminantes y no gente asentada; buscadores de verdad y no dueños de certezas; poetas y artistas y no pragmáticos; se apuntará a tener personas arriesgadas y no espectadores; a hacer profetas y no cortesanos; gente inquieta y no satisfecha; libres y no leguleyos, esperanzadas y no agoreras; testigos y no inquisidores; audaces y no temerosos; en fin, personas de encuentro con entrañas y ternura y con promesas y esperanzas.

Para decirlo de una manera poética, acudiremos a las tan recurridas palabras del escritor británico de origen indio:

“Si puedes confiar en ti mismo cuando todos dudan, pero sin desdeñar tampoco sus dudas. Si puedes esperar sin que la espera te agote, o estando en apuros no caer en la mentira, o siendo odiado no dar curso libre al odio. Si puedes soñar y los sueños no te esclavizan. Si puedes pensar y no conviertes los pensamientos en tu única guía. Si puedes encontrar el triunfo y la derrota y tratar a ambos impostores del mismo modo. Si puedes llenar el inestimable minuto con sesenta segundos de sentido. Todo en la tierra será de tu dominio y, lo que es más, serás tú mismo, serás un hombre” (Orhan Pamuk, My name is red).

Podrás concebir y hacer lo nuevo; serás un hombre nuevo. No hay duda que estas palabras son un cántico al ser humano confiado, esperanzado, veraz, sereno, humilde, realista y creativo. Leerlas reconforta. El gran desafío es convertirlas en luz y fuerza para nuestra vida y desde luego en propuesta de elementos de una integral y sana antropología.

Es un reto apasionante el de presentar lo nuevo en una cultura nueva y recorriendo caminos nuevos. El momento actual nos pide una inmersión progresiva en lo nuevo y en las vivencias de innovación. Eso llena nuestra vida de oportunidades para probar, experimentar, percibir con todos los sentidos el valor. Esto despierta en nosotros la pasión y la fuerza con la que nos deja la vida que comienza y a veces de manera acuciante. Desde esta antropología emergente se puede elaborar el perfil del innovador y emprendedor. Así lo nuevo adquiere arraigo humano.

Ese perfil pide y exige del innovador un trabajo de mayeuta, de propedeuta y de hermeneuta. La tarea del mayeuta se caracteriza por alumbrar, arrojar luz, ayudar a profundizar, mostrar y ver lo que ya existe, lo que ya está contenido en las personas, los acontecimientos, en la vida. Con todo, eso no se conoce, no se ha descubierto. Tarea propia del mayeuta o zahorí es llevar la atención a las realidades presentes pero ignoradas; desvelar y señalar con el dedo lo que está naciendo. La mayéutica, originalmente, se refería al arte de las parteras que ayudaban a dar a luz. Desde Sócrates se ha convertido en una metodología para reflexionar y enseñar ayudando a otro a dar a luz lo que se lleva dentro; a caer en la cuenta

de algo que de algún modo ya se había anunciado en el interior. El innovador, como buen mayeuta, tiene que descubrir la presencia de lo nuevo en la historia de las personas, los pueblos, la humanidad. Lo nuevo cuestiona y el acercamiento mayéutico a lo nuevo también y desde luego nos acerca al suelo de la realidad histórica en la que vivimos. El zahorí nos dice dónde hay agua debajo de tres o cuatro metros de profundidad; lo dice sin dudar. Quien no es zahorí no tiene sus condiciones ni sospecha la existencia del agua en ese lugar. Hay quienes no sospechan la presencia de lo nuevo ahí donde está.

El propedeuta ofrece los instrumentos que ha preparado para que la persona sea capaz de discernir y orientar la existencia desde la perspectiva de lo nuevo. Inicia y prepara para entrar en el estudio de una materia. El innovador también prepara camino y lleva al corazón las diferentes tareas. Pone en camino para descubrir lo más complicado. Debe tener veta de docente, ya que solo el lleno de sabiduría se acerca bien a lo nuevo.

Al hermeneuta le corresponde interpretar y leer la realidad desde la perspectiva de lo nuevo; supone acertar a ojear y analizar la historia pasada y presente a la luz de lo nuevo. Hacer hermenéutica en función de lo nuevo es una tarea que marca la vida de los hombres y mujeres que quieren guiar y liderar los pueblos y los grupos en nuestros días. El innovador tiene que acertar a interpretar lo nuevo, que nunca es transparente, y colocarlo en el presente y en el lugar preciso.

La profundidad de las preguntas de las que partíamos nos lleva a una fundamental respuesta. Bien podemos decir que no estamos simplemente en presencia de un entorno cualitativamente transformado o nuevo, sino que nos hallamos en presencia de una humanidad nueva: hombres, mujeres y niños que son otros, parecidos y diferentes. Además, en este "nuevo mundo" se pretende decir que todo lo que apunte al mantener y al sostener ya no funciona, o que este modelo, que se ajusta perfectamente al estadio anterior de la cultura y de la vida, hoy se evidencia en desfase y ruptura con la situación presente e inadaptada de quienes quieren andar por la vida creyendo, esperando y amando de manera nueva y con un nuevo paradigma.

La rutina no nos sirve. Nos arropa, disfraza y enmascara y nos puede hacer desaparecer con cualquiera de sus muchos atavíos: costumbre, tradición, hábito o repetición. La rutina nos instala en el gesto mecánico, en el movimiento inconsciente, en la vida sin aliento, en los modos sin manera, en el vértigo del estancamiento y en la vigilia adormecida. La rutina nos convierte en higueras estériles, nos seca y nos vuelve yelmos, sin brillo en los ojos y sin luz en la mirada. Alguien ha dicho que es el colchón de una comodidad en el que uno se va muriendo poco a poco. Pero lamentablemente la rutina, para algunos, también puede ser un paradigma.

El paradigma de lo nuevo nos deja con la imagen del fermento que hace brotar lo nuevo y reestrenar la vida, renovar lo cotidiano ya que nuevo es el paradigma. Cuando eso ocurre no es necesario estar cambiando continuamente las formas o las maneras de nuestra actividad o de nuestro descanso. Así procede la primavera. Cuando llega esta estación, todo vuelve a nacer de nuevo, pero no siempre hay novedades. La novedad que estamos reclamando no está tanto en las formas como en el fondo en el que asentamos nuestro hacer y nuestro ser, nuestro convivir y nuestro aprender; en la fuente de la que lo hacemos

emanar. Todo puede ser nuevo si nos acercamos a ello con la mirada inocente de un niño o el corazón joven o viejo de un enamorado.

Al mirar al futuro y tratar de concretar la viabilidad del paradigma de lo nuevo con la realidad, veo que habrá que tener mucha convicción, libertad creativa y eficiencia. Lo nuevo nace y se hace. No existe sin más. Necesita tiempo:

“En cada hoja de otoño se condensan todos los cansancios del verano, todos los reposos del invierno y las promesas de futuro del brote de una próxima primavera. Ese brote contendrá dentro de sí la plenitud del verano, la caída del otoño y el vacío silencioso del invierno. Cada gesto cotidiano es una hoja que cae, impulsada por el soplo del espíritu, para posibilitar la renovación de aquello que le sigue” (J.M. Toro, La sabiduría???? de vivir).

Quienes se inspiran en este paradigma de lo nuevo dejarán huella en la historia. Para ello deberán aprender la esperanza; su labor no ceja, su efecto sale de sí; da amplitud en lugar de angostar; lleva a enamorarse del triunfo y por supuesto no del fracaso. Es algo que se hace más vivo cuando todo parece más muerto y más necesario cuando las puertas parecen haberse cerrado. En eso momento, la fuerza de lo nuevo será la propia de un paradigma que da una meta y señala el camino para alcanzarla. El lubricante para poder avanzar viene de “la pequeña esperanza” (Ch. Péguy) que avanza y hace avanzar entre sus hermanas mayores: la fe y el amor.

Capítulo V

**Anotaciones para iniciar y recorrer
el camino que hace lo nuevo posible**

Lo nuevo para nosotros es lo que recién existe, lo que ha surgido, pero no siempre se ve ni se percibe fácilmente. Hay grupos que no dan espacio a lo nuevo y tratan de vivir como si no existiera. No tienen ojos para verlo, ni oídos para oírlo, ni manos para palparlo. Desde esa actitud desapercibida partimos y podemos llegar hasta decir que lo nuevo viene de Dios; es su obra, es una buena noticia y está ahí. Lo crea Él. “Y vio Dios que era bueno” e hizo que surgiera y la creación comenzó y lo nuevo llegó.

Vamos a entrar ahora en algunas precisiones que nos van a permitir identificar lo nuevo aún con más profundidad y movernos ya hacia el dominio de lo que hay que hacer en relación con ello. Queremos señalar lo que no puede faltar para poner por obra lo nuevo. Para esto, ofrecemos ahora diez precisiones que hemos querido llamar anotaciones.

La primera tiene que ver con que lo nuevo puede ser malo y lo malo puede, también, traer novedad y sorprender, deslumbrar y confundir. El mal también tiene sus tiempos para comenzar a hacerse presente y para aparecer y ejercer su influencia en las personas y en los grupos. Eso ocurre muchas veces con lo que nace. Viene de los arrogantes y poderosos, de los egoístas y acaparadores, de los opresores y de las posturas duras. Al contemplar la realidad sociopolítica del mundo, más de una vez está uno llevado a imaginarse que hay una fuente del mal y un manantial de injusticia del que brota agua abundante. A ratos estas situaciones nos hacen pensar que más que cambiar el mundo y mejorarlo hay que acostumbrarse a vivir en un mundo que no se puede cambiar.

Sin embargo, el que siembra es Dios. Y lo verdaderamente bueno siempre será bueno. Él pone buena semilla en el campo y desde él y con él todo parte bien. El campo y el mundo son de Dios.

Pero bien sabemos que lo nuevo no es un espontaneísmo; es una tarea. Viene de Dios y queda en manos de los hombres. Puede ser que con el pasar del tiempo se lo haga malo. No hay duda de que al contemplar un niño recién nacido siempre lo vemos bueno, "angelical", transparente, sin doblez ni engaño e ingenuo; ese mismo ser 20 años más tarde puede tener maldad y sorprendemos con ella y desde luego puede llegar a ocurrir que lo nuevo y lo bueno se vayan distanciando. Así, lo nuevo vemos que arranca bien y desencadena lo mejor, pero de ello, en ocasiones, llega lo peor y lo malo.

Para Humberto Maturana el mal, la maldad, es, sobre todo, un fenómeno cultural que surge:

"No porque el ser humano sea en sí malo, sino porque se constituye cuando se tiene una teoría política, religiosa o filosófica que justifica la negación y sometimiento del otro. El daño que hacemos al otro en el enojo no constituye un acto de maldad. En ese acto el daño puede ser violento o fatal, pero en sí no es malvado, sólo lo es si recurrimos a la razón para justificar ante nosotros y ante otros la legitimidad de ese daño; apagando nuestra sensibilidad, ese dañar se constituye en un acto de maldad. El Holocausto es un acto de maldad" (H. Maturana, El sentido del humano).

Para Maturana, el ambiente, el contexto, la ideología... nos pueden hacer malos y pueden hacer mal.

Esta reflexión no nos tiene que llevar a caer en la tentación del maniqueísmo que marca las dos realidades. La de considerar que hay una educación, una Iglesia, un ejército y una política puras integradas por santos, comprometidos, auténticos y otros falsos, inauténticos y ciento por ciento prostituidos. Esta tentación puede venir de una total o excesiva simplificación.

Es verdad que lo nuevo trae inseguridad y, como veremos a continuación, hasta miedo; y que lleva a veces a actuar de modo ingenuo o activista y a poner una excesiva aceleración en nuestro proceder. Por eso llegamos a hacerlo "a tontas y a locas" y, a veces, nos mueve a postergar el hacer y, por supuesto, el hacer bien. Nos puede llevar a fracasar en el intento. Con todo, estas circunstancias que rodean a lo nuevo no lo deterioran necesariamente. Simplemente ponen cautela en nuestra acción para que nuestro genio se convierta en un auténtico ingenio y sepamos enfrentar bien la llegada de lo nuevo.

Esta reflexión nos lleva a concluir que hay que aprender lo nuevo y a desarrollar e integrar lo nuevo y lo bueno. Por supuesto, para ello hay que conectarse con lo nuevo, escucharlo, y confiar que lo nuevo pueda ser, y si lo deseamos fuertemente, así será. Hace bien conectar con nuestra esencia sabia y permanente, ya que es la única capaz de entregarnos plenitud, prosperidad, fecundidad y certeza.

Pero también hay que des-aprender lo viejo y lo malo. Así es. De hecho, todos los seres humanos comienzan a morir al empezar a vivir y nada es absolutamente nuevo. Con todo, es importante no dejarse absorber por lo viejo. No hay duda de que quien fracasa bien es más noble que quien triunfa mal. Muchas personas tienen una seria tarea por delante. Desaprender las tradiciones obsoletas, las costumbres que paralizan, los hábitos que quitan

velocidad y fuerza, que desvían. La tarea del desaprendizaje es exigente y necesaria, sobre todo si me tengo que despojar de los malos hábitos. Aprender a ser personas nuevas, que gustan lo nuevo, que abren caminos, pasa tantas veces por la capacidad de dejar de hacer lo viejo, lo que no tiene presente y menos futuro. Aprender es lo nuevo y desaprender es lo viejo, la necesaria condición para poder realmente iniciarse.

Para aprender cabalmente lo nuevo nos toca desaprender actitudes, palabras, gestos, acciones concretas. Es mucha tarea para cada uno y a veces difícil. Tantas veces, como nos dice la canción, para desaprender el mejor camino es aprender. Pero este aspecto no puede dejar de ser objetivo explícito en nuestras vidas.

*“Desaprender la guerra, realimentar la risa,
Deshilachar los miedos, curarse las heridas.
Difuminar fronteras, rehuir de la codicia,
Anteponer lo ajeno, negarse a las consignas.
Desconvocar el odio,
Desestimar la ira,
Rehusar usar la fuerza,
Rodearse de caricias.
Reabrir las puertas,
Sitiar cada mentira,
Pactar sin condiciones,
Rendirse a la justicia...
Desaprender la guerra, rodearse de caricias.
Desaprender la guerra, rendirse a la justicia.
Desaprender la guerra, sumarse a la alegría.
Desaprender la guerra, inaugurar la vida.*

(Luis Guitarra)

La segunda precisión viene de los “hijos del miedo, de quienes tienen aprensión a lo nuevo y de ello huyen”. Estas personas para justificarse llaman peligroso a todo lo que es nuevo. Más aún, colocan lo nuevo entre lo más peligroso. Llamen seguro y acertado lo que pertenece al pasado. Prefieren el inmovilismo y llegan a encadenar y paralizar todo el dinamismo humano. No aceptan que lo nuevo es “eso de más” que todos esperan, sueñan y añoran, aun cuando el miedo de perder el trozo de tierra ya poseído les impida aventurarse en la búsqueda y en la creatividad. Miedo de lo nuevo y deseo de algo más son dos realidades que existen paradójicamente en la conciencia de las personas como dos personajes increíblemente verdaderos.

Pero el miedo es más viejo que el mismo hombre y muchas veces prevalece sobre el deseo de la aventura. De hecho, no llegaremos a ser personas verdaderas si no perdemos el miedo a lo nuevo; si no asumimos que nuestra victoria, nuestro descubrimiento definitivo, la última dimensión, lo imprevisible, está delante de nosotros, en algo que todavía no sabemos ni hemos visto y que en un momento dado nuevo será. Resulta difícil comprender

cómo a veces llamamos revolucionarios a los que tienen tanto miedo a lo nuevo que se contentan con poner a la realidad otro nombre o teñirla con otro color o darle la vuelta al poder. Hombres nuevos, en una palabra, son los que tienen certeza de que no existe el "basta"; son hijos de lo infinito y del para siempre, pero de un infinito y de un para siempre no concebidos como un proceso continuo de crecimiento, sino como una posibilidad de descubrimientos siempre nuevos, de irrupciones de lo imprevisible en la historia.

La tercera observación tiene que ver, precisamente, con "el hombre nuevo". Debemos decir que nuestra intención no tiene que llegar a lo nuevo en abstracto, sino conseguir producir personas nuevas, "hombres nuevos". Algunos hablan del "tercer hombre" sin que tengan muy claro quién ha sido el primero y el segundo. Esta es una expresión y un nombre que encontramos en la reflexión religiosa y sociopolítica de los años 70 y 80 del siglo pasado. Esas personas viven y usan un GPS internalizado de lo nuevo y sólo así generan confianza y mueven a la acción con la seguridad de que van a llegar a buen norte.

El hombre nuevo no se construye por oposición o en confrontación con otros, sino en el encuentro con todos y se convierte en un camino de vida. Ese hombre nuevo se llegó a describir con bastante precisión. Rasgos importantes de esa tipología serían el ser persona con conciencia de lo nuevo, lanzada hacia el futuro, radicalizada, crítica, no conformista, con miedo a la alienación, que ha perdido la ingenuidad (Jaspers). Ha llegado a la mayoría de edad, quiere ser dueño, adulto; persona para los demás; persona secular o profana pero abierta a lo trascendente; marcada por la praxis social y sociopolítica.

No hay duda de que hombres y mujeres verdaderamente nuevos hay pocos. Pero creo, también, que en el corazón de no pocos anida la nostalgia de serlo. Se precisa para conseguirlo perder el miedo a nacer de nuevo; a dejar, si es necesario, nuestra casa y nuestra tierra para ir a no saber bien dónde y a pasar por lo provisorio hasta llegar a lo original.

Del "hombre nuevo" pasamos a lo nuevo de lo nuevo que es lo posible. Para el creyente cristiano eso es la Pascua. Ahí aparece lo nuevo por antonomasia, ya que la vida viene de la muerte, lo nuevo viene a veces por contraste con lo antiguo, y trae una novedad expansiva. Lo nuevo tiene Pentecostés, se hace global, se multiplica y expande. Todos oyen hablar a los demás, que son de idiomas distintos, en su propia lengua. Lo nuevo se difunde y de ello se hacen las versiones más diversas. Lo nuevo como el bien se multiplica y se contagia y llega hasta los extremos del orbe. Es diverso y está encarnado en realidades distintas. Así emergen nuevos sujetos; cuando lo nuevo se junta a la persona y lo empapa de novedad, ahí emerge vida nueva.

Palabras más, palabras menos, este hombre y esta mujer nueva son los protagonistas de las oportunidades que lo nuevo ofrece. Esas oportunidades se pueden tener o no tener, aprovechar o desaprovechar, ofrecer o retener para uno mismo. La historia de algunas personas está hecha de las oportunidades tenidas y aprovechadas. La de otras, de las oportunidades tenidas, pero perdidas o desaprovechadas. Ese hombre y esa mujer para aprovechar esas oportunidades han entrado en procesos de relaciones nuevas, de reciprocidad y de mutualidad. Hay entre ellas escucha, diálogo y creación de consensos responsables que les permiten asumir compromisos a favor de la vida. Construir formas nuevas de relaciones interpersonales y comunitarias es dar vida a las personas y a los grupos.

La cuarta anotación se refiere al "tiempo nuevo". El tiempo que es a la vez duración, proyección y destinación y por supuesto que es pasado, presente y futuro. Más de una vez hemos experimentado que vivimos días nuevos, horas nuevas, tiempo nuevo y, en ocasiones, en lugares nuevos, diferentes de los anteriores. No hay duda de que concebimos el tiempo como un espacio que se puede llenar de acontecimientos de mayor o menor importancia; lo concebimos como una buena cualidad. Esto está bien expresado en el conocido pasaje del Eclesiastés:

*Todo tiene su momento y cada cosa su tiempo bajo el cielo:
Su tiempo el nacer y su tiempo el morir;
Su tiempo el plantar y su tiempo el arrancar lo plantado.
Su tiempo el matar y su tiempo el sanar;
Su tiempo el destruir y su tiempo el edificar.
Su tiempo el llorar y su tiempo el reír;
Su tiempo el lamentarse y su tiempo el danzar...
Su tiempo el amar y su tiempo el odiar;
Su tiempo la guerra y su tiempo la paz.*

(Ecl 3,1-8).

La realidad del tiempo no es extraña a nosotros. Con facilidad hablamos de tiempos buenos y de tiempos malos, de difíciles y fáciles, de tiempos modernos y tiempos de guerra o de crisis. Decimos que el tiempo es propicio para algo o que un determinado proyecto no tiene futuro. El tiempo no es principalmente una medida, sino la cualidad de lo que está sucediendo y de una experiencia humana. El tiempo es, también, nuevo; mira al futuro; es cualitativamente nuevo, nos permite hablar de un presente que tenga futuro. Supone una nueva forma de situarse en el horizonte de la historia del mundo y de una manera original; supone algo distinto.

Se pasa de un tiempo a otro, de un acontecimiento a otro y sin dejar espacios en blanco pero sí leyendo los signos de los tiempos que nos marcan la dirección que se debe tomar para llegar a la meta. El Evangelio nos ayuda a entender lo que es un tiempo totalmente nuevo. Todo tiempo histórico realiza, reconoce y vive de modo inconfundible algunos de los rasgos específicos de la revelación cristiana. Más que refugiarse en la inmutabilidad del ser a la fe, le gusta exponerse a las peripecias de los tiempos apostando por la gracia de la que ninguna época está privada. Muy al contrario, cada fracción de la historia es una puerta que se abre a lo nuevo. Todo es, al menos, proceso de transformación y cambio de perspectiva.

No suele ser fácil ponderar exactamente todo el carácter de novedad de un momento histórico. A veces, nos falta perspectiva para hacerlo. Se suele advertir, en parte, cuando el pasado ha caducado o fracasado; o cuando bruscamente aparece el cambio o llega la victoria o se sobrepasa la tensión y el bien triunfa sobre el mal. La ruptura con el pasado ayuda a identificar mejor la novedad del presente; se toma conciencia de que el presente es intervenido y comienza una nueva generación y el cambio es inminente. El arrepentimiento

y el perdón también nos abren al tiempo nuevo y a vivir nuevos comienzos. La presencia de grandes personajes pone novedad en la historia; abren y cierran los períodos de la misma. Jesús introduce dinamismos profundos de cambio hacia nuevas posibilidades en los sentimientos, en los criterios de valor, en las relaciones y en todo proceder humano en la historia. Por supuesto que es imposible y peligroso resumir toda la novedad de Jesús. No cabe en ninguna síntesis. Quizás lo más fuerte y original consiste en sustituir la ley del más fuerte, tan decisiva en la evolución de las especies, por la solidaridad con el más débil como fuerza generadora de lo realmente nuevo.

A varios, sin caer en fantasías milenaristas, nos impactó el comienzo del nuevo milenio. Por supuesto, con ese inicio se cerraba el siglo XX pero sobre todo se iniciaba una etapa nueva. Etapa que estaba marcada no tanto por el cambio de una fecha del calendario anual o mensual, cuanto por el aire que se respiraba y que el Papa Juan Pablo II lo resumió con una expresión latina: *Duc in altum*, "mar adentro". Emprendamos rutas nuevas y asumamos lo difícil, pasemos a la otra orilla. Para muchos este acontecimiento puso intensidad en sus vidas y les llevó a recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrirse con confianza al futuro. Nos dejó con un reto:

"Cada uno es invitado a hacer cuanto esté de su mano para que no se desaproveche el gran reto del año 2000 al que está seguramente unida una particular gracia del Señor para la Iglesia y la humanidad entera" (Juan Pablo II, TMA 55).

Todo esto nos permite hablar de una hora nueva de la historia, caracterizada por profundas mutaciones. Para tener conciencia de ellas se precisa poner oído atento y escuchar lo que sucede en el corazón del mundo. La inauguración de una nueva era de la humanidad toma largo tiempo en su gestación. Se tiene que llegar a apropiarse la impresión de vivir en tiempos de parto, en que algo nuevo está por nacer. No hay duda de que en estos tiempos de parto hay algo de desconcierto y en ocasiones hasta amenaza. Es verdad que no se gesta una era nueva de la noche a la mañana. A todos se nos invita a ser gestores de esta nueva etapa y no meros espectadores. Sin embargo, tomar esta postura es muy exigente. Si aplicamos el oído atento al corazón de las personas, si aplicamos el estetoscopio en el vientre de la humanidad parturienta, podremos llegar a percibir algunos de los deseos más profundos que anidan en su corazón.

De la conciencia de esta nueva hora de la historia viene una exigencia de discernimiento que nos saca del temor y nos permite llegar a la esperanza, conscientes de que, sobre todo, el hombre y la mujer creyentes sólo cumplen verdaderamente su misión si contagian esperanza y llevan a hacer la auténtica experiencia de la esperanza activa. Y ello sabiendo que los brotes nuevos se dan en un mundo envejecido y que los medios de comunicación nos subrayan la negrura, y no olvidando que en esta trama de la historia cuesta hacer anuncios consistentes y no sólo buenos deseos, ya que con mucha frecuencia vuelve a nuestros labios el viejo dicho: "cualquier tiempo pasado fue mejor". Estamos en medio de las incertidumbres del presente y cuando aún no se ve el punto de llegada de esta época que nace, merece la pena acoger las aspiraciones profundas de la humanidad, descifrar los

deseos profundos, los grandes deseos y descubrir los brotes que ya anuncian primavera. Todo esto no se debe confundir con las modas ni con los eslóganes.

Llegamos a la quinta precisión. También podemos hablar de “lugares nuevos”; y cuando nuevos son, los inauguramos. Hacemos fiesta. Antes les ponemos cimientos y hemos celebrado los “tijerales”. Ha surgido un espacio nuevo y así lo sentimos. A veces el lugar es nuevo para nosotros y no lo es para otros. El lugar nuevo no siempre es edificado. Lugar nuevo puede ser un espacio de la naturaleza que antes nunca habíamos visto y disfrutado. Nos trae y nos comunica novedad.

Al hablar de nuevos lugares tenemos que emplear la palabra muy en uso y referirnos a “nuevos escenarios”. Esos nuevos escenarios se dan en el campo de la política, de lo social, de la vida familiar, económica, religiosa y cultural. No hay duda de que hay señales claras de nuevas realidades y por supuesto de nuevos escenarios y de nuevas puestas en escena. En esos escenarios les toca actuar a los protagonistas y también a los actores de segunda categoría.

Al terminar esta referencia a los tiempos y lugares nuevos, hace bien, y a modo de síntesis, recordar las palabras de Vincent Maag:

“La religión de los nómadas es la religión de la promesa. El nómada no vive inserto en el ciclo de la siembra y de la cosecha, sino en el mundo de la migración. Ese Dios de los nómadas se diferencia de los dioses de los pueblos agrarios. Los dioses de estos pueblos son dioses vinculados a un lugar. El Dios transmigrador de los nómadas, en cambio, no está en ningún territorio ni en ningún lugar, peregrina con los nómadas, está siempre en camino”.

La categoría fundamental del nómada es el tiempo que señala hacia el horizonte. La del sedentario es el lugar, el espacio, la tierra. La religión del nómada, en cambio, en su provisionalidad y diáspora permanente, es una religión de lo nuevo, de la esperanza. El pueblo encuentra a Dios en el camino, en el desierto, en la montaña, atravesando el río; en la comida gratuita. Su identidad proviene de la historia vivida y contada, el clan, la familia. Lo que da sentido a su peregrinación, a su meta, no está en los bienes presentes, sino en la promesa, en el futuro, en lo nuevo. Todo lo que vemos se nos presenta como promesa de algo nuevo. Los hombres y mujeres que se han abierto a nuevos horizontes son los que mueven la historia.

Ante los nuevos escenarios tienen que aparecer las nuevas instituciones: el nuevo colegio, la nueva editorial, la nueva familia, el nuevo hospital, el nuevo movimiento. Esa novedad no se derivará de una doctrina ni de una concepción teórica, ni se creará por decreto. Se creará a través de innovaciones y reformas, de brote de vida y de afirmaciones de lo que surge y de un modo especial de la enseñanza y sabiduría que proporciona el mismo proceso y evolución. Todo ello supone adaptación continua, presencia diferente, propuesta nueva y acompañamiento del surgir de lo nuevo, en parte provocado por esos nuevos escenarios en los que se sitúa.

Son días de una nueva tendencia sociocultural. Son varias las que mueven a las personas. Está la tendencia sociocultural de la utopía: lo mejor estará en el futuro. Quienes actúan movidos por ella se caracterizan por la crítica del pragmatismo, de la visión economicista y la rentabilidad. Postulan otra sociedad desarrollada, pero no tan centrada en el consumismo o en el predominio del tener sobre el ser. Afirman que los mejores valores de la modernidad han sido tergiversados y distorsionados, tales como la solidaridad, la igualdad, la justicia y la fraternidad. Abogan por “la utopía” que haga posible la realización personal y la solidaridad comunitaria. No hay duda de que esta tendencia es fuerte entre los ecologistas, algunos movimientos de izquierda política, feministas, pacifistas.

Hay otra tendencia, la segunda, que llamamos posmoderna. Para sus seguidores, el futuro está aquí; estamos viviendo un presente que tiene futuro. Nace del desencanto total de la modernidad, de sus grandes mitos, que condujeron al fracaso, y del sistema neoliberal. Es un ajuste de cuentas hacia el proyecto cultural “emancipador”. Sólo cabe agarrarse de los pequeños relatos, las historias individuales, los proyectos siempre coyunturales y temporales y sujetos a la adecuación permanente, al revisionismo y al cambio. Propugnan la desconfianza, la actitud desengañada y la distancia escéptica ante todo lo que suene a utopía, meta, relato o gran proyecto. Como nada puede sostenerse en el vacío, poco a poco la posmodernidad tiende a convertirse en “resistencia” y a acercarse a la tendencia utópica.

Pasamos a la tercera tendencia: la neoconservadora. En ella todo es “más y mejor de lo mismo”. Aceptan y defienden el sistema neoliberal y globalizador; el funcionalismo y pragmatismo y el relativismo ético. No admiten esencias ni valores absolutos dados de una vez por todas. Son modernos y reformistas y compaginan el capitalismo con cierta protección social. En otras palabras, son progresistas y liberales en relación con la economía y un poco maniqueos en relación con la política. Frente a esta realidad y a la económica y política, abogan por la cultural y la ética. Son grandes defensores de la globalización económica.

Así llegamos a la tendencia conservadora. En ella todo está marcado por un fundamentalismo nostálgico. Lo mejor estuvo en el pasado. Los partidarios de esta tendencia son elitistas y nostálgicos. No ven lo positivo de la modernidad económica y neoliberal. Son neoconservadores natos. El conservador genuino se lamenta de la trivialidad moderna y posmoderna, de los humanismos secularistas, del olvido de los clásicos y de la educación a partir de ellos. Lo mejor siempre estuvo en el pasado, en lo experimentado, y eso dio resultado. En la cultura no debe haber lugar para las innovaciones. Prefieren las claves morales, valorativas y culturales. Se vuelven intolerantes con quienes los critican o rechazan.

¿Qué es lo nuevo de lo nuevo en este mundo sociocultural? Quien ha iniciado el siglo XXI con buen pie y respirando el aire nuevo que en nuestros días nos invade, concluirá que la utopía le hace bien; y el mirar el futuro también. Ese futuro es plural y optimista, aperturista e incluyente y asertivo. Se piensa de forma global y se actúa de manera local. Se da la solidaridad. En esta nueva mentalidad se hace un gran esfuerzo por articular los nuevos retos y desafíos. A este esfuerzo y perspectiva no es fácil encontrarle nombre y lugar en nuestra sociedad. Es una nueva criatura. No hay duda de que lo mejor está en el presente que tiene y garantiza el futuro. En esta posición se ve fácilmente lo que no va; no se da la misma facilidad para descubrir lo nuevo que irá y garantizará ese futuro que sugiere

este presente. Con todo “eso nuevo” que llega se tiene que ver desde la, también, nueva cultura emergente.

En la sexta precisión incluimos una invitación. Hay que involucrarse en lo nuevo. Lo nuevo pide pasar a la acción. Supone acciones demostrativas. Se trata de evidenciar que otro Chile es posible; para ello hay que refundarlo. La acción es la verdadera pátina de lo nuevo, que para nada se queda en el mundo de las ideas y de la propuesta anónima del “hay que...”. Nos lleva al “yo genero ideas, las propongo y las ejecuto”. Así confirmamos la inspiración primera.

Este involucrarse supone afrontar lo ideal y lo real. En la tensión entre lo ideal y lo real aparece lo nuevo. Así se superan los comportamientos vacilantes, inmovilistas y temerosos. Reducir el desfase entre lo ideal y lo real supone llegar a un modo de vida que desemboca en lo socialmente necesario. Quienes bien dan este paso, su vida se convierte en una “vía”, en un paradigma. Esta se organiza de tal forma que toma lo más original de lo nuevo y lo traduce en prácticas concretas, y esas prácticas afirman el valor de lo nuevo; y la consolidación de lo nuevo, a su vez, se transforma en la clave de su modo de vivir. No hay ninguna duda de que lo nuevo necesita de “las prácticas” para ser reafirmado; ellas lo encarnan. Lo nuevo tenemos que experimentarlo. No hay duda de que lo que hacemos afecta a lo que pensamos. Al poner por obra lo nuevo, lo nuevo se renueva.

En la séptima anotación precisamos que “lo nuevo lo acoge una comunidad y la comunidad necesita lo nuevo”. Martín Luther King preguntó en cierta ocasión, y con mucha fuerza, hacia dónde vamos: ¿la humanidad se encamina al caos o a la comunidad? Él se cuestionaba la posibilidad de que existiera la comunidad en la sociedad en la que él vivía; y juntaba la comunidad con lo nuevo, lo espontáneo, lo distinto de la actual estructura de la sociedad, de las organizaciones duras, con la fuente de vida. En varias ocasiones se detuvo en una reflexión sobre cómo sería una sociedad sin comunidades. Al hablar de éstas, no nos estamos refiriendo a la búsqueda del mero interés personal ni a la autoridad coercitiva externa; ni la una ni la otra pueden formar comunidades. Sin embargo, todos estamos de acuerdo en que una auténtica comunidad es un centro de interacciones personales; en ella se suscitan y aprenden habilidades vitales; se practican la fidelidad y la responsabilidad entre las personas.

En el fondo, la comunidad es el exponente de un modo de vida que modela y define la identidad de sus miembros; la verdadera comunidad se refleja en la alianza en pro de una causa común, de una vida más allá de la misma comunidad. No hay duda de que las comunidades actuales se caracterizan por su historia compartida, su identidad asumida, su reciprocidad, su pluralidad, su autonomía, su participación y su integración.

Son de las comunidades de donde han salido las visiones alternativas y de donde pasa de una generación a la otra la auténtica herencia de valores humanos y religiosos. En ellas se fraguan la misión y la visión de los grupos. No hay duda de que la comunidad es el lugar para reflexionar, discernir los valores necesarios para reforzar lo nuevo. Los buenos historiadores de la vida de la Iglesia afirman que los movimientos renovadores generados por la Iglesia en la sociedad tienen dos características. La primera es que son capaces de crear comunidad entre las personas más diversas; la segunda, que son capaces de emprender

lo nuevo; y lo hacen partiendo de un replanteamiento conceptual y de comportamientos y costumbres que traen nuevos cambios. La combinación de estos movimientos han aportado nueva vitalidad a la humanidad; han ayudado a reafirmar su alma y su sentido de lo sagrado y, en el fondo, a luchar contra la muerte y a reafirmar la vida nueva que llega ininterrumpidamente. En una palabra, han dejado a la humanidad con una especial energía que va más allá, por supuesto, de un simple revivir, de un derrotar la muerte, y llegan a poner la vida en escena. No hay duda de que mientras haya soñadores y soñadoras que sueñen en comunidad, un futuro distinto de humanidad será posible y real.

Llegamos a la octava consideración. "Lo nuevo nos deja mirando hacia adelante. Las experiencias vividas de lo nuevo suscitan en nosotros un dinamismo nuevo que nos empuja a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas". Ese dinamismo da lugar a la pasión por la acción y a las realizaciones concretas. Con todo, no se quiere que desembuquemos en el activismo y en el riesgo fácil del hacer por hacer. Este dinamismo nuevo pide poner el ser antes del hacer. Lo nuevo se concibe por personas que son, que se han hecho y que saben tocar lo necesario. Y dan un paso al frente, ya que esa nueva etapa no la determinan los valores utópicos, sino los valores profundos que la sustentan y la animan.

Veamos la novena anotación. Hablar de lo nuevo lleva a poner una atención especial en la generación joven. La recíproca simpatía con ellos y el profundo entendimiento prepara para acoger lo nuevo. Más aún, nos hacen nuevos. No hay duda de que a veces, cuando se mira a los jóvenes con los problemas y las fragilidades que les caracterizan en la sociedad contemporánea, puede aparecer en nosotros la tendencia al pesimismo y a refugiarse en lo viejo. Con todo, hace bien proponer a los jóvenes lo nuevo y la radicalidad que supone e invitarles a que sean "centinelas de la mañana" (Is 21, 11). Lo nuevo es una de las realidades más terapéuticas para los jóvenes, ya que sana de los engaños y ambiciones.

La décima anotación nos la sugiere St. Covey en su libro: "Los siete hábitos de la gente altamente eficiente". Él distingue la zona del confort y la del des-confort. Lo nuevo está en la última. Cuando yo me encuentro en lo cómodo, a gusto en todo, descansado, satisfecho y con las necesidades cubiertas, lo nuevo no aparece. Falta el estímulo de lo difícil. El confort, un galicismo muy expresivo, nos hace conformistas. Lo nuevo evita que nos conformemos con lo mismo, con lo de todos los días; nos abre a lo mejor y a lo más e, incluso, a lo difícil.

Llegamos a la undécima anotación. Es bueno recordar que cuando se quiere mejorar el mundo, lo mejor es empezar por uno mismo. Son muchos los que olvidan este sano y realista principio humano. Esta omisión o distracción lleva a que de vez en cuando se construyan castillos en el aire. El buen idealismo que apunta a optar por la renovación del mundo debe concretarse en la renovación de la propia persona. La parte del mundo que de verdad depende de nosotros somos nosotros mismos. Nos toca ser los primeros en mejorar. No hay duda de que si nosotros mejoramos, el mundo mejorará.

Este gran principio ético nos lleva a concluir que mejor que hablar de lo nuevo hay que hablar de la persona nueva; lo nuevo no está suelto y en el aire; no lo es todo y permanece en lo abstracto. Está en cada uno de nosotros. Si como ya hemos dicho se pretende mejorar el mundo sin mejorarse a sí mismo, se cae en una grave incongruencia. Lo nuevo

tiene que tocar el corazón de la persona para que podamos hablar de personas nuevas; tiene que tocar las estructuras y las instituciones sociales, pero sobre todo a los protagonistas, ya que son los que van sustentar y dirigir los cambios.

Concluimos estas anotaciones añadiendo algunos elementos a los ya señalados anteriormente al perfil de la persona que hace surgir y afirmar lo nuevo.

Así llegamos a la duodécima reflexión. La persona innovadora camina con los pies descalzos o, mejor aún, con los pies bien puestos en la tierra; toca la realidad. Mete las manos en la masa. Tiene los ojos muy abiertos y ve las necesidades que hay que llenar y los problemas que se deben resolver, y miran hacia adelante; muestra un rostro renovado por la satisfacción. Transforma las motivaciones en fuerzas vitales que mueven lo que está parado y reavivan lo que está muerto. Tienen la creatividad en su ADN. Saben del riesgo y lo asumen y lo convierten en desafío sano. Tienen proyecto y ofrecen proyecto a los demás. Conocen su pasado y lo hacen para acertar a honrar debidamente su futuro. Para conseguirlo hay que ejercitarse en la audacia.

En este perfil se conjugan los talentos del artista con los del poeta, los del cantor con los del cocinero, los del ingeniero con los del místico, los del narrador con los del peregrino, los del científico con los del presidente de la junta de vecinos de una población. Este hombre y esta mujer saben muy bien lo que no quieren más y, sobre todo, saben de qué más quieren. En el fondo apuntan a construir una nueva historia. Aciertan a juntar fidelidad y creatividad. Por supuesto, en sus vidas entrelazan las habilidades del oteador con las del zahorí y deslumbran y se deslumbran con lo que saben hacer de nuevo.

Las artes son un elemento básico pero no exclusivo de lo creativo y nuevo. Su función va más allá del adorno y la esteticidad. Necesitan y ofrecen nuevos espacios de contraste y desarrollo; aportan creatividad y reflexión, transgreden y perturban, pero en buena hora. Buscan, también, nuevos medios, discursos y espacios; son de por sí innovadoras. No hay duda de que de una u otra forma, y de manera privilegiada, se convierten en nutrientes de formas y contenidos que crean entornos fértiles para que lo nuevo brote y se afirme y confirme.

No hay duda de que si de perfil hablamos, en él hay que incluir que la persona que llega con lo nuevo es diferente; piensa de forma diferente y procede de forma diferente y es capaz de encontrarse con los diferentes. Sorprende con su aporte que procede de la imaginación, la inspiración, la ingenuidad y la iniciativa. Él sabe que el arte siempre fue contemporáneo en el momento que se creó, pero la historia nos muestra que evolucionó y, de hecho, se ha convertido en una suma de lo diferente.

Después de estas precisiones, vamos a entrar en un apartado que nos lleva a hacer de lo nuevo punto de partida de una etapa nueva. Sabemos bien que muchas veces lo nuevo despunta y aparece, pero no se consolida. Eso acontece en la realidad país, en las organizaciones sociales, en las iglesias y en las personas concretas. De eso se trata en nuestro empeño; no basta dar el primer paso. Hay que hacer el camino, que, por supuesto, no se convierte en andadura sin ese primer paso, y ofrecer uno de los buenos ejemplos de calidad humana que ha producido la humanidad.

Capítulo VI

**Camino por recorrer para que
lo nuevo lo llene todo**

No hay duda de que lo nuevo no nace de una carencia. Sin embargo, en determinados contextos así se piensa; se ve lo nuevo como el modo de llenar un vacío. En Chile espontáneamente se busca destacar las carencias de las personas y de los grupos. Pero no siempre se parte de ellas para crear alternativas y para innovar.

Los hay, también, quienes son muy fuertes en el afirmar que lo nuevo viene de una plenitud, de la vida abundante y fecunda, de una creación y de un sumar fermento y semillas que a veces es multiplicar. No de la resta que desemboca en una división. Los protagonistas de lo nuevo son padres de la vida.

Lo que sí es verdad es que esta originalidad de lo nuevo para algunos pasa por facetas y etapas hasta llegar a ser lo nuevo de lo nuevo. Estas dimensiones o etapas las vamos a recorrer ahora. Sabiendo que nos llevan o nos traen del paradigma de lo nuevo, identificamos cada una de ellas con un crecer y con un implicarse en la realidad para transformarla. Esa transformación parte de lo nuevo que crece y se multiplica.

Es verdad que el juicio sobre lo nuevo a veces es duro. Se enjuicia duramente lo que aparece y llega. Se quiere aplastar, pero la realidad es que rebrota, ya que le acompaña una fuerza vital que no la para ni el cemento ni el huracán, ni la bota del uniformado ni el grito del prepotente. A lo nuevo le hace bien el discernimiento sereno y lúcido; le hace mal el áspero comentario. Por supuesto que el filtro de la reflexión antropológica, como ya hemos visto, es indispensable en este discernimiento de lo nuevo. En el fondo, de esta reflexión vienen estos criterios que se convierten en tareas en reciprocidad o nuevo:

*Identificar lo nuevo
Ver y escuchar lo nuevo,
Darle nombre,
Situarlo en contexto, en relación, en red.
Proponerlo como punto de partida de etapa nueva,
Celebrar ese evento.*

Lo posible es un signo de vitalidad y fecundidad comunicada. No es fácil, como ya hemos dicho, acercarse a los signos de vitalidad y de novedad de un grupo. Ese camino supone etapas que corresponden a facetas diversas de la realidad de lo nuevo. Ellas pasan por: clarificar y definir, ver, oír y acoger, discernir y describir, dar nombre, proponer lo nuevo como punto de arranque para una etapa nueva y, en fin, por celebrar los signos nuevos de vitalidad que aparecen en medio de nosotros y que están suscitando y sustentando el acontecer histórico en nuestro tiempo y en nuestro medio ambiente. Descubrir las huellas de novedad de un grupo es mucho para ese grupo; es mostrarle los imposibles hechos posibles. Presentemos las distintas dimensiones de esta realidad en la que estamos implicados de las maneras más diversas.

Primer aspecto:

Clarificar y definir lo nuevo. ¿Qué es?, ¿de dónde viene y a dónde va?, ¿qué deja y produce?

Este paso, en buena parte, ya lo hemos descrito. De lo nuevo, de lo que surge y nace suelen hablar bien los hombres y mujeres del espíritu; los que viven de un presente que tiene futuro y por él trabajan; los poetas y artistas, los padres y los maestros, los sabios y los sencillos, y aquellos a los que el Padre se lo ha revelado, nos dice el evangelio a los creyentes. Ellos experimentan lo nuevo porque están cerca de la vida de las personas y de los pueblos. Ellos, muchas veces, lo único que hacen es contarnos su historia y transmitimos su experiencia y testimonio de vida. Ilumina esta constatación la interpelación que Isaías hace a su pueblo Israel cuando está viviendo el peor momento de su historia y de su exilio: Yo, el Señor, estoy haciendo algo nuevo (Is 43,19). Vean los signos que traen novedad. Esa novedad sólo la ve Isaías y más de uno de los israelitas en el exilio se habrá indignado de la fuerte convicción del anuncio del profeta y habrá querido que se callara, que fuera realista y abriera los ojos a la realidad. Ante este anuncio no habrá faltado el que habrá querido lincharlo.

Los grandes conductores de la historia no repiten. Crean y recrean. Los signos de vitalidad que ponen en la humanidad, en la Iglesia, en las personas y en los pueblos son evidentes. El Evangelio está lleno de novedad. Sólo el que nace de nuevo lo entiende y lo propone y acierta a precisar qué es lo nuevo. Lo posible para los grandes animadores está sin estrenar. Aún no brota. Brotará con la llegada de estos líderes de lo nuevo. Para ello, lo nuevo es, en buena parte, lo que hemos ido describiendo en los párrafos anteriores. Está en medio de nosotros, y como nos ocurre con tantas otras cosas, no lo vemos. Ya lo dijo Zhong Yong: "No hay nada más visible que lo escondido"; lo más presente y esencial está oculto.

Pero está. Para verlo precisamos de una mirada simple y afectuosa, como especificaremos en el párrafo siguiente. No es raro llegar a encontrar en el presente de un grupo o de un país todo un "mosaico de lo nuevo". Eso encontramos en el libro "América desde abajo".

No hay que confundir lo nuevo con el deseo de lo nuevo. Esto es para nosotros una realidad; no una mera aspiración o pretensión. No hay duda de que son muchos los intentos y sueños de lo nuevo que no aterrizan y pasan a convertirse en realizaciones concretas.

Segundo aspecto: Descubrir y ver lo nuevo, los signos de vitalidad que aparecen en torno nuestro hoy.

Lo nuevo está ahí. Abunda; sólo hay que saber mirar. Para algunos, de todo eso nuevo se habla, pero como para callado. Está ausente de la vida real y sin embargo es la nueva noticia que podemos recibir y dar. Mohandas Gandhi afirma lo mismo de Dios, de quien viene todo lo nuevo:

"Dios se revela a sí mismo todos los días y a todos los seres humanos. Lamentablemente, cerramos nuestras mentes a la realidad de su presencia. Cerramos nuestros ojos a su luz. Y cerramos nuestros oídos a su voz".

Y repite insistentemente que Dios es el generador de lo nuevo. Pero no se ve ni se escucha lo nuevo. Con frecuencia se busca donde no se va a encontrar y, por el contrario, no se va a los lugares donde está. A veces no se quiere ser protagonista ni espectador de lo nuevo y se identifica con lo excéntrico; se tiene miedo al ridículo. Se suele decir que el país con más capacidad de creatividad es Inglaterra; es, desde luego, el país con menos sentido o complejo del ridículo. Los ingleses no tienen miedo de salir de la media y del término medio y asumir lo diferente. Chesterton dice, con toda naturalidad, que llegará el día en que los locos encierren a la gente normal en el manicomio. Lo nuevo tantas veces se deja de ver, se quita la mirada puesta en ello porque se lo considera demasiado excéntrico.

Con todo, no conviene identificar lo nuevo con lo extraño y raro, lo fantástico y extraterrestre. Pide eficiencia y profesionalidad al llegar a descubrir con seriedad lo nuevo. La del artista que lo concibe y lo pone en acción; la del gobernante o educador que lo afirma y relanza, la del ingeniero y el asistente social que lo gestiona en el tiempo y en el debido lugar.

En la actualidad, en Chile, en la sociedad y en la Iglesia se dan signos auténticos de la presencia y la novedad que el espíritu y el genio chileno están produciendo constantemente; hay una vitalidad real que viene de la creatividad y fuerza interior de nuestros hombres y mujeres. Estos signos están en el corazón de la misma vida, de las familias, de los grupos. Hay quienes ven lo nuevo, lo contemplan admirados y frente a ello ponen un signo de admiración. Los hay quienes al intuirlo colocan un signo de interrogación. Otros pasan de largo; no se dan cuenta de su existencia o prescinden de ella. A veces ocurre que lo nuevo se quiere hacer desaparecer y para ello se lo ignora o hasta se lo identifica con signos de fragilidad o de muerte o al menos se bloquea su presencia.

A los medios de comunicación les interesa lo nuevo, la noticia. Pero los hay a quienes les gusta terminar con las primaveras, con los posibles, y no son capaces de evidenciar ante la opinión pública lo nuevo creativo y lo vital; subrayan de preferencia lo viejo y destructivo. Con alguna frecuencia, determinados hombres y mujeres no están en condiciones de ver lo nuevo; si lo ven son persistentes en negarlo. Se niegan a aprender a ver lo nuevo. Y sin embargo, los signos de vitalidad nueva están ahí. Hay quienes llegan a bloquear los posibles; quieren pararlos pero no lo logran, pues es inevitable.

Con todo, como reconocen personas importantes, no es fácil ver claro aquello que es nuevo y que es posible y que nace en la vida de los grupos y de los hombres y mujeres de nuestros días. Sin embargo, ahí están algunos de los brotes de novedad. Descubrirlos y verlos es importante. Para ello hay que aprender a ver como nos recuerda E. Galeano en "Memoria del Fuego":

"Es mediodía y James Baldwin está caminando con su amigo por las calles de Manhattan. La luz roja los detiene en una esquina.

—Mira, le dice el amigo señalando el suelo, Baldwin mira. No ve nada.

—Mira, mira—. Nada.

Allí no hay qué mirar, nada que ver. Un cochino charquito de agua contra el borde de la acera y nada más. Pero el amigo insiste:

—"¿Ves? ¿Estás viendo?"

Y entonces Baldwin clava la mirada y ve. Ve una mancha de aceite estremeciéndose en el charco. Después, en la mancha de aceite ve el arco iris. Y más adentro, charco adentro, la calle pasa, y la gente pasa por la calle, los náufragos, y los locos y los magos, y el mundo entero pasa, asombroso mundo lleno de mundos que en el mundo fulguran; y así, gracias a un amigo, Baldwin ve, por primera vez en su vida ve".

Para conseguirlo se necesita mirar con ojo intuitivo. Ello supone condiciones para ver lo nuevo: tener ojos que vean; tomar la debida perspectiva: colocarse en el justo lugar; enfocar bien la mirada; situar lo que se ve como nuevo en su entorno; tener claros los puntos de referencia. Por supuesto, para conseguir ver lo nuevo, lo posible, se precisa un corazón esperanzado: querer buscar la verdad; no confundir los signos nuevos de vitalidad con los deseos de la misma; buscar su relación con la liberación y la comunión de las personas y de los grupos; prestar atención a los frutos; usar la sencillez y humildad; la lucidez para establecer prioridades; vigilancia para evitar las tentaciones; valentía para ver lo que bloquea los signos de novedad y de vitalidad.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo nos piden no sólo hablar, describir o definir lo nuevo. Piden que se lo hagamos ver. Quieren testigos; personas que con sus gestos avalen la palabra. No se desean héroes irreales que tienen pies de barro. Se desean personas humanas con historias reales que puedan ofrecernos modelos de una vida lograda

y llena de sentido. No es novedad que nos atraigan los testigos. Lo nuevo está en que su presencia se hace más urgente cuando caen los modelos imperantes en la cultura actual.

Tenemos que acertar a contemplar y ayudar a fijar la mirada en los testigos y los signos que nos ofrecen. Signos que no se inventan por exceso de imaginación, pero que sí contribuyen a evidenciar lo nuevo; bien podemos decir que muchas veces todo esto tiene rostro. Otras muchas nos lleva a la profundidad del misterio. Los límites de nuestras palabras y conceptos no logran encerrar lo nuevo y presentarlo para que sea visto y contemplado con la suficiente claridad. Lo que sí está claro es que lo novedad no está en el ruido.

Pero es cierto; con frecuencia lo nuevo es invisible. Vivimos en un mundo en el que la imagen, lo visual, lo visible está en todo momento de moda. Muchas de nuestras expresiones y acciones apuntan con frecuencia en esa dirección. Pasamos horas mirando y contemplando imágenes, dibujos, fotografías... delante de la pantalla de televisión, del ordenador, del teléfono móvil... Decimos con frecuencia que queremos hacer visibles nuestras cualidades o capacidades, o simplemente hacernos visibles. Y manifestamos que no es bueno quedarse fuera de la foto. Ahora no deja de saltar a la vista que lo invisible también forma parte de nuestra vida diaria, que muchos de sus aspectos pueden pasar desapercibidos: personas ignoradas, historias silenciadas, dimensiones de la vida insuficientes, lo nuevo.

Sin embargo, estamos necesitados de hacer visible lo nuevo; lo invisible está excluido. La pretensión de hacer visible a lo nuevo es justa. Lo nuevo puede estar dormido y se trata de despertarlo. De ello se tiene que hablar y comunicar. Tiene que ser noticia.

Saber ver, escuchar y admirar lo nuevo es fuente de sabiduría para quienes lo practican. Hay huellas de lo nuevo, de lo maravilloso que estrenamos con frecuencia. Y precisamos de un talante abierto y sereno para ponerle nombre después de haberlo descubierto, como veremos en el apartado siguiente.

Tercer aspecto: Poner nombre a lo nuevo

Es importante acertar a dar nombre a lo nuevo, a los signos de novedad y de vitalidad que dejan tras de sí las personas fecundas y poder describirlos y, por supuesto, situarlos. Ello supone evocar la historia y la geografía de las personas y de los grupos, las corrientes culturales y sociales de los mismos. Lo nuevo es hijo de su tiempo y nos sitúa en un presente abierto al porvenir futuro. Situarlo pasa, también, por unirlo a la dimensión de la vida que lo caracteriza. Lo podemos identificar como lo nuevo en el campo de la economía, de la educación, de la salud, del arte, de la convivencia, del trabajo. Como veremos más adelante, lo nuevo en un país toca las dimensiones o rubros más diversos de la vida misma.

Por supuesto que el nombre tiene que ser el adecuado y lleno de significado. Tiene que expresar lo mejor de la identidad de ese signo, ese gesto, esa acción nueva que no quiere permanecer en el anonimato.

Cuarto aspecto:

Describir y situar en contexto lo nuevo y los signos de la presencia y de la acción de lo nuevo en medio de nosotros.

Así llegamos al cuarto aspecto o al cuarto paso. En él se trata de ir más allá del simple ver y del darse cuenta. Estamos invitados a distinguir y tener una mirada profunda y precisa; a llegar hasta los detalles de nuestro vivir diario y a las grandes perspectivas. Se necesita saber más de lo que vemos y llegar a describir con precisión lo que está delante de nosotros y que tantas veces no vemos ni dejamos crecer o ayudamos a crecer. Se trata de situar lo nuevo en su contexto. En el fondo, se precisa establecer las coordenadas de tiempo y lugar, de tamaño y de profundidad de lo nuevo. Se tiene que llegar a establecer el horizonte de lo nuevo y, por supuesto, su origen. Contextualizar es poner límites para poder contener lo nuevo.

Es importante, por tanto, hacer esta contextualización de lo nuevo. Lo cual pasa por señalar las coordenadas de lo nuevo, que no brotan como por encanto, sino por la fuerza de la semilla y la pasión del sembrador, la calidad del terreno y la bonanza del tiempo en el que toca brotar y nacer y crecer y dar fruto. Ese contexto nos lo dan la geografía y la historia, la cultura y la sociología. Acertar a situar debidamente lo nuevo en contexto ayuda a enriquecerlo y a colocarlo dentro y fuera e nosotros, lejos y cerca, arriba y abajo, delante y detrás. Todas esas categorías enriquecen nuestra visión de lo nuevo y la agrandan.

En nuestro caso es importante relacionar lo nuevo posible con lo imposible y con lo difícil. Importante también es poner atención a los criterios para identificar y describir los signos de lo nuevo en nuestras vidas y en torno nuestro. Para ello, hay que relacionarlo con las fuentes de donde surge lo nuevo, la vida, lo que funda, lo que surge y hace brotar; con las personas que viven la fecundidad en sus propias vidas; con los que pasan por encuentros transformadores. Ayuda el contacto con los que con su palabra y su lenguaje hacen nacer a la vida personas, acontecimientos, grupos. Convierten la palabra en el agua cantarina que mana y corre y va sembrando de vida los campos que deja vestidos de novedad.

Quinto aspecto:

Desarrollar y proponer estos signos de presencia y acción novedosa como inicio de etapa nueva.

Estamos proponiendo un aspecto que toca la vida y apunta a una vida alternativa. Nos hace entrar en un proceso. Nos lleva a la acción; a poner por obra lo nuevo y hacerlo posible, a afirmar y confirmar lo que nace. A una acción que tiene un punto de partida distinto. Así ahondamos y consolidamos la vida que brota por medio de los hombres y mujeres que entre nosotros están y nos llevan a tierra nueva por medio de los padres y las madres que siguen engendrando. Cuando lo imposible o lo difícil se hace realidad iniciamos un proceso nuevo. Proceso que comienza y se afirma con los encuentros que desarrollan la comunión vital entre las personas y les proporcionan vitalidad y con los vínculos que se crean. Todo encuentro es de lo nuevo y es nuevo; más aún, consolida lo nuevo y lo entrelaza y confirma.

Sabemos también que hay mucha vida y mucho “nuevo” que se inicia pero no se consolida. Por lo mismo, hay que desencadenar procesos marcados por los diversos encuentros y que llevan a beber del mismo pozo. Algo de esto ocurre cuando se dan algunos de estos encuentros: el encuentro del hombre con la mujer; el encuentro entre pueblo y líderes; gobernantes y gobernados; el encuentro de culturas o, mejor aún, entre personas de culturas diversas; el encuentro de generaciones distintas; el encuentro con la tierra; un encuentro de religiones; un encuentro y diálogo entre creyentes y no creyentes; un encuentro que lleve a la aceptación del uno por el otro en sus diferencias.

No hay duda de que cuando comenzamos a hacer posible lo imposible entramos en un proceso inédito. De hecho, nos lleva a una verdadera revitalización y refundación de instituciones, grupos, países, familias en el presente momento de su historia. Metodológicamente, es muy importante hacer de estos signos de la presencia y de la acción de lo nuevo punto de partida de etapa nueva. Ello supone tomar como base lo que funciona y un evitar partir de las crisis y de lo problemático. Nos pide creer en la vida. Por supuesto, trae consigo un cambio metodológico y no podemos negar que también algo más profundo, ya que implica habilidades ejercitadas para lo nuevo. No hay duda de que es posible y necesario dar este salto.

No es fácil conseguirlo. Es difícil subir cuando todos o al menos muchos bajan. No es fácil cuando no existe un sueño y un diseño de esos que parten de lo vital. Hay brotes de lo nuevo que en brotes se quedan y mueren antes de tiempo por falta de cuidado y atención. La mayor dificultad se encuentra en el hecho de que si lo nuevo es punto de partida tiene que ser también punto de llegada. Se trata, nada más y nada menos, de que penetre en el corazón de las personas, las haga nuevas y nuevo hagan todo lo que ellas toquen. En una palabra, lo nuevo no es sólo sueño; es diseño y es destino después que ha estado en el centro, es decir, en el corazón de las personas. Lo convertimos en realidad y ello después de haberlo encarnado en personas que se animan a dar el salto movidos por su confianza en lo nuevo y su capacidad y su resiliencia para ponerlo en escena.

Pide la paciencia que supone el tiempo o el largo durar que no se para y quiere llegar a la meta. El ejemplo esta vez viene de la naturaleza. Se trata de la enseñanza que nos deja un árbol centenario de Argentina. Árbol al que le ha tocado presenciar todo: temporal, sol, luna llena, sequía, desolación, triunfos, fracasos, vida y muerte. Se cree que tiene más de 400 años. De todas las etapas de su historia hay una que llama la atención. En el período de esclavitud, los poderosos violaron este árbol. Le introdujeron una inmensa cadena de modo que quedaban fuera del tronco unos metros que servían para atar y “disciplinar” a tanto esclavo rebelde. Esta cadena fue conviviendo con el tronco. La sorpresa de la naturaleza y de la historia es que aquella cadena ha ido desapareciendo engullida por el tronco. Hoy, apenas, cuelga 70 cm. Es como si la naturaleza, la historia de sanación de la humanidad, esté diciéndonos que hay un plan. Que aunque no veamos claro, la última palabra no está dicha, y sobre todo que en los procesos de las personas hay que ganar en paciencia y espera ya que el fruto vendrá. Nuestro árbol va diciendo esperanza, libertad, permanencia y fidelidad con cada centímetro de cadena que traga. Y lo hace sin que apenas se note. Pero lo dice sin parar, lo dice de verdad y para siempre. Lo importante fue comenzar a tragar los primeros centímetros, el primer paso de etapa nueva.

Sexto aspecto:

Celebrar y agradecer lo nuevo en medio de un pueblo, de un grupo o en el corazón de una persona.

Así llegamos al sexto aspecto de este proceso que bien podría ser el primero. Se trata de celebrar los posibles. Lo nuevo lleva a la fiesta, a la celebración, a la fecundidad. El hecho de que en ella haya unos signos de novedad y de vitalidad nos exige fidelidad, nos pide generosidad y expresión de agradecimiento. Para que fuera posible lo imposible y lo nuevo viera la luz, han entrado en juego muchos factores; algunos divinos y otros humanos. Por lo mismo, hay que celebrar esa acción. La novedad que experimentamos en nuestras vidas es profunda. Viene del vino nuevo y de los odres nuevos. Los hombres y mujeres que los han hecho brotar son odres y son vino nuevo. Necesitamos vivir el Sabat judío que tanta novedad supone y, sobre todo, la pascua cristiana para llegar a tocar lo nuevo con nuestras propias manos y con nuestro espíritu.

–**Celebrar es pedir perdón por no ver**, no identificar, no discernir, no reconocer, no proponer y no hacer fecundos, no defender, no aceptar a los que son capaces de engendrar y de dar vida nueva. Es reconocer que con nuestra postura conservadora impedimos que lo nuevo surja; es arrepentirse de haber hecho lo que nunca debíamos haber realizado en relación con lo nuevo. Es desbloquear lo nuevo y hacerlo posible; dejar de oprimirlo o de dividirlo y deteriorarlo.

No hay duda de que las puntadas de arrepentimiento nos invitan a visitar de nuevo los ideales y motivos que nos han traído a donde ahora nos encontramos. Cuando nos arrepentimos de los caminos que nos han conducido a donde estamos, nos arriesgamos a perder el camino del futuro. Lo vaciamos de toda nueva posibilidad. Nos incapacita para ver que los nuevos caminos en los que nos encontramos pueden ser vivificantes, tan buenos para nosotros, tan llenos de divinidad como los que recorrimos en el pasado. El arrepentimiento nos devuelve a lo nuevo y frente a ello nos situamos cara a cara. Entramos en una nueva etapa y de una manera nueva.

–**Celebrar es escuchar la palabra sabia** que nos orienta en la aceptación y en el secundar a los hombres y mujeres fecundas. La palabra que nos ayuda a tomar conciencia de la presencia de lo nuevo entre nosotros y de su acción misteriosa y a descubrir su origen y su originalidad, su fuerza interior y su relación con el entorno. Lo podemos hacer con hechos y palabras y sobre todo cuando son nuevas. La palabra sabia es fuente de novedad.

–**Celebrar es interceder**. Pedir para que ¡ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta! y recibiera el Espíritu del

Señor! (Nm 11,29). Es pedir vida nueva, nuevas presencias, nuevas acciones, nuevas personas, nuevas estructuras, encuentros; nueva fuerza para pasar de lo viejo a lo nuevo, de la muerte a la vida... Tantas veces esta fuerza transformadora sólo la piden los humildes, los que saben y han experimentado la vulnerabilidad en su propia piel.

–**Celebrar es agradecer**. Agradecer la vida nueva, la que llega misteriosamente, realmente, prodigiosa, y sencillamente; a veces copiosamente y otras escasamente. Lo nuevo

nos llena del humilde agradecimiento. Intuimos que la mejor forma de agradecerla es darla y compartirla con los demás.

–**Celebrar es acoger la vida nueva.** No podemos ignorar que la persona humana, casi sin darse cuenta, se ha proyectado en la Navidad, que es por excelencia la fiesta de lo nuevo por ser la fiesta del “nacimiento”, poesía, paz, encuentro, perdón. En el fondo, Navidad es donde empieza la gran marcha de la humanidad hacia lo distinto, lo desconocido, lo que nunca ha existido, donde el lobo pacerá junto al cordero y las espadas se convertirán en arados. Es el giro dado a la historia por Dios a través del nacimiento del hombre nuevo –tan verdaderamente hombre y tan verdaderamente nuevo– que también es Dios. Si en el párrafo anterior reconocíamos que la mejor forma de agradecer es compartir el don recibido, también lo es el acoger el don que nos ofrecen.

–**Celebrar es alabar.** Alabar es vivir vida nueva y comprometerse en secundar la palabra y la acción de los hombres y mujeres que engendran y traen a la vida. Alabar es vivir con expectativa la acción maravillosa de lo nuevo que trae novedad, esperanza, ganas de vivir y de dar vida. En el fondo, es acercar lo nuevo a Dios, de quien procede todo bien y todo lo nuevo. Es retomar el canto de las criaturas de San Francisco y alabar al Señor por sus obras nuevas.

Quiero compartir ahora una convicción. Los hombres y mujeres auténticos no dicen el futuro; dicen la verdad y la vida, y la muestran; dicen lo nuevo. No se echan atrás; realizan su misión con lucidez y audacia y en fidelidad a lo que el Señor les pide. De eso se trata ahora. La fidelidad se necesita para hacer este proceso y este camino. Pero es la fidelidad que se espera de los días de revitalización y de los días en que se tienen ojos para ver lo nuevo que surge y se multiplica. Con ella y por ella se comienzan y se terminan las etapas y el recorrido total. Es el hilo conductor. Con todo, es bueno decir que estos procesos puede ser que sólo nos den para colocar las flechas que marcan la buena dirección de los grupos o de los pueblos de nuestros días y del futuro para comenzar a recorrer los primeros tramos.

Quizás sea esta nuestra tarea. Si hacemos esto, ya es mucho lo que hemos realizado. De hecho, hemos llegado a los días en que el desasosiego general que precede a los grandes cambios se ha hecho presente y ha comenzado a transformarse en visiones conjuntas y en un acometer proyectos apasionantes. Para hacerlos realidad se necesita emprender y terminar de recorrer el camino. Se necesita una fidelidad apasionada. Se necesita suscitar y formar hombres y mujeres que tengan lo nuevo en sus ojos, en sus manos, en su corazón y en su mente y, por supuesto, en sus pies para hacer caminos de novedad.

Conseguir mostrar lo nuevo es muy poderoso. Se convierte en un buen servicio. Vivir desde lo nuevo o para lo nuevo es lo que hace la diferencia de las personas. Poner la atención en lo nuevo lo es todo. Si no se mira lo nuevo, no se tiene nada que decir y sí mucho que escuchar, nada que hacer y sí mucho que esperar, nada que dar y mucho que recibir. Responsablemente, hay que acertar a poner nombre a lo nuevo y hacer el esfuerzo para que eso ocurra.

No será difícil que se nos señalen las novedades que se ofrecen en el mercado; eso suele ser más preciso y más fácil. Los departamentos de marketing están muy atentos a

este aspecto. Es decisivo para las ventas. Lo nuevo vende. Pero más allá de lo nuevo como espectáculo nos toca prestar atención a lo nuevo fuente de lo nuevo, a lo nuevo de lo nuevo. Es lo viejo lo que va a las rebajas.

Con frecuencia podemos sorprender a una persona cuando le preguntamos sobre qué es lo nuevo que está naciendo y la sorprenderemos más si la pedimos que nos señale la novedad de su vida y de este momento de la historia de su país. No encontrará la respuesta fácilmente o no sabrá dar nombre a lo nuevo que está naciendo. Conseguir mostrar lo nuevo es muy poderoso. Se convierte en un buen servicio. Vivir desde lo nuevo o para lo nuevo es lo que hace las diferencias de las personas. Poner la atención en lo nuevo lo es todo. Si no se mira lo nuevo, no se tiene nada que decir y sí mucho que escuchar.

Una persona que es capaz de despertar la aurora se encuentra con el nuevo día y disfruta del sol. La imagen de la puerta también tiene un inagotable potencial para suscitar y sorprender con lo nuevo. Abrir la puerta de nuestra casa, de nuestro corazón, es revelar la inmensa riqueza que hay en él y dejar aparecer lo nuevo, que más que semilla es tarea que llena nuestras mejores horas y nuestros días enteros.

Capítulo VII

Para hacer surgir lo nuevo

Estamos hablando de una verdadera gestación. En la cual distinguimos seis momentos sucesivos y que proceden en el orden que se indica. En primer lugar, se da un momento espiritual; el segundo momento es el de lo racional; viene después el momento expresivo-comunicativo; y a continuación nos referiremos al momento social, público y cívico; el quinto será el ético, y por fin el momento educativo y de aprendizaje. Todo esto se da simultáneamente, pero está bien distinguir los tiempos del proceso.

Momento espiritual e inspiracional

Lo nuevo llega siempre como fruto de una experiencia; experiencia que puede venir mediatizada, que se puede vivir dentro o fuera de los marcos estrictos de lo institucional; pero en cualquier caso lo nuevo nace, se alimenta, emerge de un encuentro con algo vital, con una persona, con algo en lo que bulle la vida. En el fondo, tiene que ver con un momento inspiracional que debe ser cultivado, acompañado, analizado; en cualquier caso, nace de una experiencia en la que hay búsqueda de sentido, escucha y silencio, encuentro y diálogo y paso de la muerte a la vida, es decir, acción pascual. Esa experiencia pertenece al ser humano y acontece en la interioridad del mismo ser humano, en la adoración y la alabanza. La han descrito muy bien algunos poetas y artistas, pero también algunos emprendedores. Lo nuevo se vive en ese encuentro, se expresa y se muestra en él, se irradia. Este momento espiritual acontece en la interioridad y así tiene que ser si consideramos que lo esencial es lo interior.

Ese momento nace de un querer la vida y de un cuidar la vida. En una intuición vital

profunda se decide que lo nuevo venga al mundo; que un árbol se plante, que un libro se escriba, que un niño nazca, que un programa para ayudar a los emigrantes se inicie, que una casa se construya, que una amistad comience y que una relación se transforme en encuentro. De ese buen querer partimos.

La capacidad de generar lo nuevo tiene que ver con la capacidad de vivir encuentros y de vivirlos con plena y absoluta libertad; nace espontáneamente. Si este momento espiritual no es ahondado, desarrollado, estimulado, lo nuevo pierde su esencia, su razón de ser y por tanto pierde su fortaleza. Los artistas, los poetas, los fundadores de grupos, movimientos e instituciones nos confirman de esta realidad. No es fácil ponerse en condiciones para que lo auténticamente nuevo nazca; a veces se convierte en una "rara avis". La generación de lo nuevo va unida a la experiencia de estar con alguien aún en la más estricta de las soledades. Para concebir lo nuevo hay que escuchar la palabra y hay que decir la palabra; la palabra dicha viene de la palabra concebida y hecha fecunda.

Quando se busca apasionadamente lo nuevo que se necesita, se precisa inspiración, abrirse a la acción misteriosa en la cual se comienza a ver lo que no se veía y se adquiere la fuerza que no se tenía para iniciar el camino que me lleva a la obra nueva buena.

No hay duda de que en los contextos más diversos se reivindica una espiritualidad y a veces sin Iglesia, sin Dios, sin dogma e, incluso, sin ética. Esto significa que más allá de determinados pronósticos sigue subsistiendo un fondo espiritual que requiere cultivo y que es el substrato de lo nuevo. Sin esta experiencia espiritual sana y vigorosa no aparece lo verdaderamente nuevo.

Pero no podemos dejar de dar un espacio especial a la dimensión innovativa de la gestación de lo nuevo. Ese aspecto llega cuando se pone en movimiento la creatividad. Cuando innovamos con un proyecto, una estrategia o un proceso, estamos concibiendo lo nuevo. La creatividad que viene desde lo más íntimo y profundo pone una diferencia, un algo original en lo que nace y en lo que existe. Forma parte del contexto actual de las organizaciones que buscan ser significativas y fecundas. Esa creatividad viene a veces exigida por querer productos a bajo precio y de alta calidad. Ayuda a que lo nuevo que surge se expanda y con rapidez.

Si esa narración es poética todavía, la novedad será más intensa. Vibrar con la poesía y vivir en la poesía es ganar pasión por lo nuevo. Los hay quienes todo cuanto tocan lo ungen, a veces sin darse cuenta, de poesía. El poeta es creador, innovador, hacedor, dador de vida.

Momento racional

El segundo momento de la generación de lo nuevo sería el racional; el de "nuevamente" o mente nueva, el del ingenio, como nos recuerda J. A. Marina. Este está totalmente presente en el proceso. Asumir lo nuevo significa apostar decididamente por lo nuevo y tratar de dar razón de lo nuevo. No es fácil. En el fondo, este momento nos pide erigirnos en filósofos, teólogos, sabios, reflexivos. Este aspecto es muy relevante y nada fácil. En primer lugar, porque hay una enorme pluralidad de opciones de lo nuevo, legítimas, legalmente

reconocidas, que además crecen, suscitan interés y en ocasiones enormes seducciones y especialmente entre los más jóvenes. No estamos hablando de una apologética de lo nuevo y sobre todo de una apologética gastada y barata. Tampoco nos referimos a una ideología de lo nuevo. Estamos aludiendo a la necesidad de dar razón, de una palabra sabia en relación con lo nuevo que lo justifique y lo sitúe en contexto.

La razón nos ayuda, también, para resistir al impacto de las diversas formas de fundamentalismo, fanatismo, espiritualismo emocional o el conservadurismo a ultranza que se multiplican cada vez más y que acosan a lo nuevo. A veces lo que nace viene para hacer desaparecer lo que ya existía. La voluntad de comprender lo que aparece es muy importante. Sobre todo si, como nos recuerda Descartes, esa razón es un "buen sentido" que no es siempre lo que está más extendido por el mundo. En contexto de pluralidad, es muy importante hallar lo que une, mostrar lo que más allá de las obligaciones institucionales puede reunir a los seres humanos. Por tanto, el compromiso con la razón no sólo tiene que ver con dar razón de lo nuevo, sino también con la posibilidad de encontrar nexos con otras grandes realidades, como la justicia en el mundo, la paz, la felicidad y un régimen y una sociedad donde sea posible eso de la fraternidad.

Creo que la sensibilidad hacia lo nuevo tiene que ir unida a la capacidad para escuchar atentamente a los que se quedan en el pasado, en la tradición y en lo viejo. No hay duda de que esas personas existen y a veces se multiplican. Con ellas no va el desdén y menos el resentimiento y el desprecio. Muchos viven esa situación, y les llamamos, cuando menos, tradicionalistas y andan por la vida con calma, sin hacer ruido y siguen militando y comprometidos con "sus" valores.

El momento racional, por tanto, es muy importante. Nos ayuda a bien motivar lo nuevo y a sostener las fuerzas que lo hagan posible y a poner una cierta claridad en todo el dinamismo que se desata al brotar lo nuevo. En esta instancia, se trata de encontrar la verdadera motivación que nos mueve a dar el paso de buscar y de hacer posible lo nuevo.

Momento expresivo-comunicativo

No hay duda de que estamos en una sociedad icónica, estética o sociedad de la imagen. En esa sociedad hay que decir lo nuevo y presentarlo. Se precisa cuidado para hacerlo bien. Hay que acertar a convertirlo en una imagen, una narración y una expresión lúdica épica. Si no lo hacemos así, nos encontramos frente a un obstáculo para despertar interés respecto a lo que acontece dentro. Sin embargo, hay otros nombres, otras imágenes que seducen, atraen y generan entusiasmo. Depende de la imagen el que uno se acerque, porque intuye que lo que dentro se cuece tiene interés, valor; mientras que determinadas imágenes lo que suscitan y lo que alimentan es simplemente rechazo, diáspora, lejanía.

Esto significa que el momento expresivo comunicativo es clave y eso no tiene solo que ver con determinados estratos o niveles de la institución o de la persona. Se relaciona con la imagen que irradia o comunica en el entorno inmediato en el que está.

En sociedades como la nuestra, este momento comunicativo es objeto de una mirada crítica. Pero no hay que renunciar a él. Con el poeta asumimos que "Entre el silencio y el

grito, la palabra, la palabra siempre amenazada" es lo mejor que podemos usar. Más aún, la postura intelectual o abstracta va en la línea de que lo nuevo se tiene que evitar o al menos silenciar. Se quiere que se le prive de esa voluntad de propagar, difundir, irradiar hacia las realidades nuevas; que se lo considere como algo anecdótico, residual y secundario.

Desde luego, hay que saber hablar bien y presentar mejor lo nuevo. No corresponde hacerlo de un modo impositivo, sino propositivo; el lenguaje y la imagen tienen que ser claros, precisos, inspirados, breves, novedosos, metafóricos. Así podemos irradiar bien lo que brota con fuerza y con originalidad, proponerlo, mostrarlo y hacer una apología inteligente de lo nuevo. Hay que cuidar la imagen sin caer en un escepticismo hueco y que al final llega a ser estéril; hay que cuidar las formas expresivas de lo nuevo. De ello se preocupan de una manera especial algunas de las gerencias de marketing de las grandes empresas y también los auténticos artistas. Debemos precisar que éstos lo hacen de una manera espontánea y sencilla.

Por supuesto que hay quienes piden la privatización de lo nuevo; en ocasiones ese empeño lleva a pedir que lo nuevo muera. Sin embargo, para que lo nuevo tenga fuerza transformadora tiene que ponerse en manos del grupo, de la comunidad que puede llegar a resucitarlo. César Vallejo, el gran poeta peruano, tenía razón en aquella parábola con la que reivindicaba la fuerza y la acción colectiva que nos arrancan los "sí" y nos devuelven las ganas de vivir.

"Al final de una batalla un soldado se estaba muriendo. Vino uno de sus compañeros y le dijo: "No te mueras". Pero el soldado seguía agonizando. Vino otro y otro y repitieron la misma súplica, pero el soldado seguía muriendo. Finalmente, vino un millón de seres humanos y le dijo: "No te mueras". Y el soldado se levantó y se fue caminando".

Nos avergonzamos de lo nuevo y lo nuevo se avergüenza de nosotros, y cuando eso hacemos no será raro que aparezcamos monótonos y solitarios. Abracémoslo y compáramoslo, comuniquémoslo. Y que esta comunicación sea narrativa. Así el mensaje tendrá mucha más fuerza. Este aspecto merece una especial atención. Lo nuevo solo se comunica a los demás y se le hace plenamente social narrándolo; la historia cuenta relatos – "History tells Stories". Lo nuevo tiene que ser narrado y en forma de narración-testimonio, ya que así es como se transmiten no sólo informaciones sino convicciones y una fuerza vital que nos abre al futuro. Así el autor de lo nuevo se hace protagonista y responsable de ello. Con ello no se argumenta, sino que se narra una experiencia profunda. Esta vertiente de lo narrativo no significa que no se puede reflexionar lo nuevo; significa sí, que hay que dar fuerza y en la práctica prioridad a la narración.

A este momento bien le podríamos llamar también el tiempo épico. La poesía presente y presenta la vida de la vida. Logra sacar lo que está en nuestra raíz más profunda, en el crecimiento de la más mínima célula y de su savia y que es a la vez el impulso de la copa del árbol de lo nuevo que aún no conocemos. El proverbio africano nos dice que todo lo que vive tiene alma y la épica lo convierte en canto al sabor fresco de un rostro, a

la tonalidad de una voz, a la caricia de la naturaleza, al vigor del anciano sereno, a la calma en el sufrimiento. Todo ello, no hay duda, ayuda a recuperar la risa y a desplegar las alas que acogen lo nuevo.

El momento social y cívico

Hay, también, un momento social y cívico de lo nuevo. Corresponde a la presentación en sociedad de eso nuevo. Es el momento en el que se va convirtiendo en compromisos concretos y desciende a lo preciso, se presenta en la plaza de la ciudad. Un espiritualismo sin compromiso, decía E. Mounier, se desvirtúa y desnaturaliza el cristianismo; también aliena lo nuevo. Lo nuevo tiene que tocar lo social y cívico. Al hacerlo, como que la persona humana se viste de pantalón largo. Adquiere carta de ciudadanía. Lo nuevo tiene que acertar a crear vínculos. A veces llega avasallando y pidiendo rupturas, renunciando a las copulativas y optando por las adversativas. Pero tiene que llegar a aunar fuerzas y juntar lo que es distinto o apareció como característico del "bando contrario".

Este momento es clave, ya que es el instante en que se expresa lo nuevo y se pone encima de la mesa pública, en el ágora social, en el grupo y la organización, en el voto y los medios de comunicación social, en la estructura y los compromisos, en el Parlamento y en el sindicato, en el sistema escolar y en el económico, lo jurídico, las leyes, la salud. Este tiempo puede ir acompañado de la denuncia. Lo nuevo tiene una dimensión de anuncio, pero no le falta la de denuncia. Sobre todo si eso nuevo pide respeto a los derechos humanos, recuperación de lo perdido, reprobación del mal hecho.

Dimensión política tiene lo nuevo si es capaz de construir y afirmar horizontes y consolidar nuevas estructuras. A veces se ha dicho que nuestro tiempo es post utópico o incluso antiutópico; un tiempo en el que las utopías se han licuado y se han borrado los horizontes menores y los grandes. Con lo nuevo podemos dibujar horizontes creíbles y proponer horizontes habitables. Para Nietzsche, borrar horizontes es sinónimo de dejar espacio solo para el presente. Lo nuevo viene a recordarnos que no nos olvidemos del futuro. Lleva a proponer, construir, proyectar, edificar y ello sin caer en un utopismo que genere formas de frustración e incluso de cinismo. El cínico, en un cierto modo, es el nieto del utópico; alguien que fue utópico, que vio como la utopía se frustró y que ahora solo le queda el cinismo para vivir. Asumir lo nuevo es comprometerse con un presente que garantiza el porvenir.

Y para ello, una vez más, hay pasar a la acción y a la que llega a transformar estructuras.

"La verdadera compasión consiste en algo más que arrojar una moneda a un mendigo; llega a considerar que un edificio que produce mendigos necesita una reforma" (Martin Luther King).

Esa reforma nos lleva a lo nuevo, que se presenta como urgente e indispensable.

Momento ético

El escritor y político francés André Malraux afirmó: "El siglo XXI será moral o no será". Ciertamente en este siglo sin valores, sin transparencia, sin ejercicio del bien, nuestra sociedad quedará atrapada en el mar o en las olas del bienestar económico. No habrá progreso humano y social. Por el contrario, la ética global puede ser la gran plataforma de encuentro de hombres y mujeres de distintas ideologías, religiones y opciones culturales. En nuestros días, cada vez se hace más urgente unir moral y política. Si en el campo político no logramos una mayor claridad y ejemplaridad ética, la humanidad se encaminará hacia un futuro muy negro.

A las personas equilibradas les tira hacer el bien y hacerlo bien. Lo nuevo es un criterio para hacer bien; le mueve a uno al bien. A la nuevo hay que darle cabida en nuestros procesos de discernimiento ético, y como está cercano a la vida y a la sana ingenuidad, nos deja bien; marca las relaciones; posibilita que cada uno sea sí mismo y toque lo auténtico de la vocación personal; marca profundamente la experiencia y empeño por ser.

Lo nuevo es un regalo que se ha recibido y que hay que hacer a los demás; no es para retenerlo y acapararlo. Hay que acertar a ponerlo en la existencia de los otros y en el mundo, y para bien de los demás. Estimula a hacer el bien. En cada uno de nosotros hay una novedad para los demás, para nuestro país. Cuando nos metemos en esa dinámica superamos el intimismo y también el individualismo ciego y absorbente. Lo nuevo es cauce para la generosidad.

La ética nos lleva a la acción; nos ejercita en las prácticas de las posibilidades de lo nuevo; desarrolla las actitudes que lo hacen posible. Para ello hay que acogerlo como en tierra buena, tenemos que quitar en nosotros los matorrales que lo ahogan, evitar hacerlo surgir en terreno pedregoso porque brotará muerto, obviar que caiga en el camino, ya que terminará pisoteado y calpeado. La persona renovada por dentro se siente urgida a ejercitarse en lo nuevo. Lo hace real. Esa persona si ha "tocado" lo nuevo, es capaz de situarse en cada momento presente con un tacto exquisito y sentido agudo para discernir el buen espíritu. Así nace una ética no prohibitiva, sino promotora; capaz de elevar a las personas y potenciar sus propias fuerzas, avivar la curiosidad sana. Este comportamiento ético conlleva una sinceridad básica suficientemente humilde y potente para confesar tanto la gratitud como la culpabilidad de fondo que posee y distingue a cada cosa.

Las decisiones éticas son determinantes y las grandes ideas también. Pero lo que cambia la vida de las personas y dan un rico sentido a la misma y una orientación radical son los acontecimientos nuevos que en su base tienen el encuentro con una persona y el comienzo de una relación. Bien podemos decir, como se ha escrito, que encontrarse es todo, ya que ese encuentro es una experiencia nunca dada anteriormente.

Al final de este apartado, más de uno se hará la gran pregunta ¿tiene, todavía, cabida la utopía hacia el bien anhelado en lo profundo del ser humano, o la añoranza del pasado, con su pesimismo antropológico teológico, terminará helando las semillas portadoras de frutos nuevos? No creo que estos frutos nuevos traen??? consigo una utopía transformadora que no debemos dudar en que se abrirá camino para ir renovando las aguas que han

perdido nitidez y frescor por su estancamiento. Esa utopía de bien y de nuevo tiene que despojarse de su velo negro y permitir que se vea el verdadero rostro y que nazcan plantas y éstas den frutos nuevos.

Momento educativo y de aprendizaje

Lo nuevo a veces nos invade y necesitamos un proceso para hacerlo nuestro; precisamos educarnos en lo nuevo; familiarizarnos con ello. Para bien asimilarlo y transformarnos en “nuevos” precisamos de una mirada global, la que parte desde la diversidad o a la diversidad llega y se convierte en una mirada cercana. Así construimos nuestra identidad de personas nuevas desde la pasión, el compromiso y la generosidad como actitudes que no nos pueden faltar en relación con lo nuevo y si queremos que lo nuevo nazca y por supuesto que perviva.

Este proceso nos pide ejercitarnos en creatividad, iniciativa y flexibilidad. Solo así llegamos al verdadero aprendizaje. Proponemos mejoras en nuestro ámbito de trabajo; nos interesan las iniciativas nuevas, aportamos ideas originales, poco convencionales, provocadoras y audaces. Imaginamos situaciones nuevas para anticiparnos a las necesidades futuras. La innovación es uno de los temas más debatidos en este momento. Fomentarla, estimularla, encauzarla es tarea importante. En nuestros días, nuestra atención se dirige a toda innovación: a la empresarial, la cultural, la organizativa, la social. Todas ellas requieren políticas adecuadas e incentivos movilizadores. No hay que quedarse cortos en innovación. Esta no es sólo la más persistente fuente de valor agregado y productividad en la economía. También se ha convertido actualmente en el desafío intelectual más arduo y exigente que enfrenta el liderazgo de las empresas y las organizaciones.

La palabra innovación por sí sola puede inquietar y atemorizar, ya que en el público ordinario innovar significa la invención de algo nuevo; es traer a la existencia algo que antes no existía, y como por arte de magia, de un día para otro, pasa a estar al alcance de todos o al menos de muchos. Como nos recuerda F. Lamarca, no es una realidad final sino un continuo, un flujo, un ambiente y casi una actitud y un talante. Para él las empresas, las organizaciones, los países que realmente están abiertos a la innovación son aquellos que tienen una actitud de disposición al cambio, más que los que cuentan con fondos cuantiosos para financiar proyectos rupturistas y de emprendedores de gran inventiva. En esto, como en otros muchos aspectos de la vida, la actitud cuenta más que la plata. Lo que sobra en el mundo hoy día son los capitales; lo que falta son las grandes y buenas ideas.

Si falta esa actitud de apertura al cambio, a hacer las cosas de una manera distinta a como las hemos hecho siempre, aunque el dinero y los recursos sean abundantes y buenas las intenciones de los implicados en promover los proyectos nuevos, lo más probable es que terminemos innovando en proyectos de poco monto y gastando los recursos en iniciativas de corto alcance. La innovación se tiene que generar desde dentro y tiene que tocar lo cotidiano, llegar a lo pequeño y lo grande. Hay que aceptar que en innovación nos movemos a tientas, y para hacerla realidad, tan respetables como nuestras certezas son nuestras dudas.

La escucha de lo nuevo, la proximidad y la empatía son indispensables para contagiar novedad. Así aprendemos a anticipar necesidades y a ofrecer servicios proactivos. Nos sentimos comprometidos con lo nuevo; lo hacemos nuestro proyecto; sabemos de sus posibles éxitos y fracasos. Nos ejercitamos en los valores éticos, en la honestidad y el respeto. Sólo así promovemos lo nuevo.

La visión global es indispensable para acoger y situar bien lo nuevo. Si nos falta, fácilmente lo podemos rechazar. Eso ocurre, con bastante facilidad, con determinadas posturas conservadoras. Desde esa visión descubrimos los diferentes ámbitos de lo nuevo, pero al mismo tiempo priorizamos nuestra actuación en función de un objetivo común: implantar lo nuevo. Eso se aprende. Para lograrlo no podemos dejar de integrar esfuerzos de diferentes áreas.

Lo nuevo hay que trabajarlo y para hacerlo bien lo mejor es proceder en equipo. Así aseguramos su supervivencia y fecundidad. Se trata, en el fondo, de aprender de los demás. Así promovemos iniciativas que estimulan a los que hacen surgir lo nuevo; para lograr que persista cuenta la eficacia y la buena "gestión" de lo nuevo. Trabajamos con energía y determinación para alcanzar las metas.

En torno a lo nuevo nos toca transmitir optimismo, dinamismo, energía; así habrá más ilusión que rutina, superamos las dificultades que aparecen y aprendemos de los fracasos que nos llegan. Vivimos cada reto de lo nuevo como una ocasión de crecimiento; lo hacemos con pasión y con empuje.

Hay que aprender a generar confianza en lo nuevo. La dedicación y el esfuerzo, la responsabilidad y la coherencia impulsan esa confianza que es tan indispensable en una persona, un grupo o un país.

Lo nuevo nos pide el aprendizaje de la generosidad, tolerancia y ayuda. Nos lleva a ayudar a los demás y a anticiparnos a las necesidades de los demás, sin esperar nada a cambio. Sabemos escuchar y discrepar, reconocemos nuestros errores. Nos preocupamos por aportar "algo más" a los que nos rodean. Sabemos que la mejor manera de agradecer el regalo de lo nuevo consiste en compartirlo; no hay ninguna duda de que todo lo que entregas lo recibes y recibes para entregar más y, por supuesto, lo que sembramos cosechamos. Compartir es la mayor fuente de poder.

Se ha dicho que lo bueno no tiene precio. Hay que evitar que la lógica de las rebajas se extienda a todas las esferas de la vida social. Sin embargo, vemos que han llegado al ámbito de la cultura, de la pareja, de la solidaridad, de la democracia y de la economía. No hay duda de que ponen de relieve lo que no es excelente. Bien podemos afirmar al concluir este apartado que lo bueno es impagable, es exigente. Pide superación de las medianías.

Momento ejecutivo

Para que lo nuevo se vea, se toque y funcione. Introduce un cambio significativo en el ámbito de la sociedad. Esto viene de personas persistentes, tenaces, con una motivación inquebrantable, sin miedo al ensayo, dispuestas a poner en práctica un proyecto a largo

plazo; capaces de entusiasmar a otros en torno a una gran idea que se transforma en realización. Sólo así se cambia el mundo; no pasa nada si nos quedamos en la simple idea:

"Una idea es como una obra teatral. Necesita un buen productor y un buen promotor, aun cuando sea una obra maestra. De lo contrario, la obra puede no estrenarse jamás; o puede estrenarse y luego bajar el telón para siempre al cabo de una semana por falta de público. De manera similar, una idea no dejará de ser periférica para pasar a formar parte de la corriente principal simplemente porque sea buena. Debe ser implantada en el mercado con destreza para que altere realmente las percepciones y la conducta de las personas. Esto es particularmente cierto si la idea amenaza a los poderosos o va en contra de las normas o creencias establecidas" (D. Bornstein, ¿Cómo cambiar el mundo?).

Si en otro momento de la historia abundaron las vocaciones de liberadores de esclavos, de educadores, de sanadores, de pintores, de hombres y mujeres del servicio público, ahora no pueden faltar las personas que ofrezcan alternativas y de una manera especial al actual modelo económico, político y social, llegando así a un estilo de consumo sostenible y solidario. Con frecuencia no sabemos buscar más allá de nuestro pasado. Nos da miedo abrir nuevos caminos. No nos atrevemos a dar por terminado lo que ya no genera vida y sí ahogamos nuestra creatividad para comenzar algo nuevo y bueno.

Hay que dejarse encender y encender otro fuego como nos recuerda Eduardo Galeano en "El libro de los abrazos":

"Un hombre del pueblo de Naguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo. A la vuelta contó y dijo que había contemplado desde arriba la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos. El mundo es eso, reveló. Un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con su luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se enteran del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni quemar. Pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende".

En este capítulo hemos hecho una propuesta de una vida germinal, en la que no hemos dejado espacio para el fracaso, pero sabemos que existe. Pero es preferible que sea lo nuevo y lo apasionantemente nuevo lo que nos saque de la cama cada mañana, lo que nos haga esperar serenos los atardeceres y en el fondo lo que rompa nuestros corazones y nos sobrecoja de alegría y gratitud.

Capítulo VIII

Reciclar nuestras vidas en la novedad

Hay personas que aciertan a beneficiarse de la novedad; la que llega por las obras y las palabras de los demás. El encuentro con ellas las envuelve en lo nuevo y las transforma. Escuchan lo nuevo que les toca y las envuelve y moviliza. Para ello lo nuevo tiene que presentarse con fuerza y con fuerza debe ser anunciado.

Por supuesto que para que esto ocurra es fundamental entender lo nuevo y descubrir toda la vitalidad que tiene y su capacidad de revitalización. Ello supone que debe presentarse con claridad y despertar vida. Tiene que hacer nacer lo nuevo. La vida en todas sus dimensiones debe volcarse en lo nuevo y quedar con ganas de compartir lo recibido.

Está claro que no hay atajos para reciclar nuestras vidas en la novedad. Pide hacer procesos. Lo nuevo tiene que entrar y salir del corazón; necesitamos asimilarlo y aprenderlo. Si no encontramos el camino hecho, nos toca trazarlo. No tenemos por qué temer lo nuevo; más bien nos toca agradecerlo cuando aparece en nosotros o en torno a nosotros. Ante lo nuevo no cabe rendirse. Nos marca por dónde debemos actuar. No hay duda que una buena parte de la gente que está descontenta dentro de su misma piel sólo se va a reconciliar consigo misma si aparece algo nuevo en su vida. Sobre todo cuando eso nuevo se traduce en lenguajes, metáforas, símbolos nuevos y por supuesto en un proceder diferente que ha surgido del eco bien sano que ha brotado del pozo interno de nuestra persona.

La asimilación de lo nuevo pasa por el encuentro personal con los que transmiten novedad. Por supuesto que el reciclaje en lo nuevo no es instantáneo ni fácil. Es un proceso en el que no falta la noche oscura. Para dar este paso no son suficientes los voluntarismos personales ni los méritos forzados. Quien lo da queda libre de ataduras esclavizantes y se

capacita para amar con entrega generosa hasta dar la vida con y por amor. Así lo nuevo entra en el corazón de la propia vida y se hace, justamente, una opción de vida. Lo nuevo procede de lo más profundo del ser humano y nos saca del egoísmo narcisista que a veces nos domina. Así se llega a lavar la propia existencia en la novedad generosa y que a veces está hecha hasta de sangre derramada.

De esa manera lo nuevo no se convierte en un ideal teórico o sentimental; se trata de vivirlo con un cotidiano realismo histórico que nos hace caminar a la medida de las auténticas necesidades humanas y se convierte en lo más verdaderamente humano. Así se transforma en hechos y en verdad. Así aparece un personaje que se ha dado en llamar el “emprendedor” político, religioso, económico o el innovador social.

Estas personas nos confirman que unas buenas ideas pueden conseguir mejoras sociopolíticas o religiosas. No hay duda de que una sola persona puede llevar adelante un gran proyecto. El grupo da más garantía.

La tarea no es pequeña. Se trata de acercar lo nuevo a lo más trascendental y al mismo tiempo bajarlo a lo muy concreto. Para ello, como que se necesita de un doble genio o ingenio. El de situar lo nuevo en lo más sublime y grandioso, en los pensamientos que mueven el mundo; el de llegar con lo nuevo de una manera pragmática a lo inmediato y preciso; así lo nuevo se convierte en el día a día de nuestra vida en brújula y ancla. A eso nos invita M. Castells con unas imágenes fuertes en el periódico El País:

“No hay otro remedio que navegar en las encrespadas aguas globales... por eso es esencial, para esa navegación ineludible y potencialmente creadora, contar con una brújula y un ancla. La brújula: la educación, la información, conocimiento tanto a nivel individual como colectivo. El ancla: nuestras identidades. Saber quiénes somos, y de dónde venimos para no perdernos a dónde vamos”.

La novedad es una realidad transversal que debe marcar todo y proyectarse, como veremos más adelante, en las áreas más diversas de la vida de las personas y del país.

A su vez existen comunidades nuevas. Las que han entrado en procesos de relaciones nuevas hechas de reciprocidad y mutualidad. Viven en un esfuerzo consciente y cotidiano de verse a sí mismas y a las otras personas con la dignidad que las constituye. Hay entre ellas escucha, diálogo y creación de consensos responsables que les permite asumir compromisos a favor de la vida. Estas comunidades recrean la vida y se convierten, también, en emprendedoras. Generan formas nuevas de relaciones interpersonales y comunitarias.

Estas personas y estas comunidades ponen savia nueva y así despiertan a la aurora (Salmo 107) por la savia nueva que sienten correr por sus venas.

*“Como encina por hacha destrozada
Del álgido feraz en fronda espesa
En cada desgarrón del hierro mismo
Recibe nuevos bríos, savia nueva”.*

(Horacio)

Saben luchar contra el tono que deja la disminución y la precariedad que no son preanuncio de muerte. La poda contribuye a fortalecer las plantas. De la herida, del despojo y de la purificación suele surgir la nueva vida. Hay que conseguir que no sea el ocaso sino el alba lo que se atisbe en el momento histórico actual. A veces se pasan días de invierno que no son de muerte, sino de preparación para la vida abundante y vigorosa. Despertar a la aurora es ponernos todos frente a la luz y la vida, la verdad y la justicia; es demostrar que hay otra manera de ser hombres y mujeres y conciudadanos que confiesan su fe. No hay que equivocarse y dejarse envolver por nuevas formalidades que paralizan. La llamada a lo esencial es una llamada a lo nuevo. Se garantiza el futuro de lo nuevo cuando tenemos coherencia y generosa entrega.

Estas personas hacen una secreta opción por lo nuevo y por lo radical. Diría mejor y simplemente por la vida. Lo han aprendido de la paciencia de otros, de la simplicidad de no pocos, de algunas páginas de poetas o novelistas o de algunos hechos de vida de innovadores sociopolíticos que vienen de sus opciones definidas por el cambio. Con esas personas hay que saber conectar. Con ellas se aprende novedad. Sienten hondo y encuentran a los otros en ese “lugar” donde todos somos lo mismo y somos poco: obra de la fragilidad, necesidad, pero también de la apertura, coraje y servicio. Ellos miran adelante y evitan ser remeros, que siempre sentados de espaldas al sentido en que bogan, y orientándose por los puntos que hace tiempo han dejado tras de sí, se dan vuelta y se abren al futuro.

Capítulo IX

Lo nuevo país

A ese nivel queremos situar lo nuevo y ponerlo en el contexto país; buscamos verlo en su dimensión pública y en el contexto de la realidad diversa de los habitantes de nuestro territorio; por supuesto, ese país en nuestro caso es Chile.

Para hacer bien nuestra tarea debemos prestar atención a una doble dimensión: al origen del país y a lo original del mismo. De su historia tomamos los dos siglos precedentes y los años recorridos del actual. A los habitantes de este país les viene bien recordar que no solamente tienen una historia gloriosa que rememorar y contar, sino una gran historia para construir. Pero no se puede dejar de identificar lo original y diverso del mismo. Sólo si ponemos los ojos en lo nuevo, en el futuro, en el fuerte impulso que nos lleva a hacer grandes cosas, las grandes cosas se realizarán y así se recuperará un talante nuevo. Desde esa doble perspectiva hay que cuidar el sueño país. En él entran los cambios y entra la continuidad. A veces el pequeño cambio evolutivo hace la diferencia y se acierta a situar debidamente en la continuidad. Debemos escuchar esta historia con atención y oído de centinela que nos permite sentir nacer y crecer y nos lleva a identificar lo que en ella hay de preguntas y de escucha y de estímulos, que son verdaderos llamados a la acción.

Este relato, aunque un poco largo, nos refleja lo que puede significar el sueño país, el sueño raza, el sueño, sueño que mueve la vida despierta.

“La península Labrador, en el nororiente de Canadá, es una de las zonas más heladas e inhóspitas del planeta. En sus desoladas estepas subárticas vive un grupo de cazadores indígenas que se llaman los Naskapi, vecinos de los esquimales.

Su existencia es durísima. Habitan en carpas de pieles de caribú y subsisten de la caza del caribú y del oso. Viven en pequeños clanes dispersos; sus estructura tribal es rudimentaria y no tiene una religión organizada. Desde la llegada de los europeos a ese territorio, su población ha disminuido en forma drástica; se estima que en la actualidad sobreviven solo unos centenares de estos tenaces aborígenes.

Para subsistir en estas condiciones, los Naskapi han desarrollado una fuerte vivencia espiritual basada casi exclusivamente en los sueños. Creen que cada persona tiene un centro o punto focal que lo orienta. Se llama Mi Amigo, Huella, Sombra, o simplemente mi Gran Yo. El Gran Yo nace junto con el cazador que habita en su corazón. Le habla por medio de sueños. Se complace cuando la persona fuma, toca tambor, pinta o dibuja sus sueños.

El Naskapi considera que los sueños son esenciales para la supervivencia. Su obligación principal es la vida, es escucharlos atentamente y hacerle caso a sus instrucciones. Se evita toda mentira y ama y respeta a sus semejantes y a los animales. Sus sueños mejorarán en una conexión cada vez más profunda con el Gran Yo. De lo contrario, está en peligro de que se le alejen sus sueños y por ende su fuente más importante de orientación en la vida.

Un hecho central en la vida del Naskapi es el Gran Sueño. Podría soñar, por ejemplo, que se junta con sus amigos ausentes, reconoce puntos clave del terreno y sale al encuentro de los caribúes en sus rutas migratorias. Al despertar, el que ha tenido el sueño se pone a cantar y a tocar el tambor para completar el sueño y ponerlo en conocimiento de los demás. Está convencido de que así el sueño se irradiará también entre los espíritus de los animales de la tundra. Los Naskapi componen cantos sobre la base de los grandes sueños y éstos son repetidos durante un tiempo por todo el clan.

Tienen costumbre de inducirse los sueños en una ruca herméticamente cerrada en la cual se introducen piedras calientes. El grupo permanece varios días dentro de la ruca entre sudores, fiebres y sueños. Luego de vivenciar intensamente los sueños de la cacería, su éxito está asegurado; la ruptura física de la presa se vuelve casi una formalidad.

A los Naskapi les cuesta creer que los visitantes de origen europeo no tengan grandes sueños. La posibilidad de vivir sin esta fuente esencial de orientación les parece inconcebible e irrisoria" (Del libro "En el principio era el sueño").

Los años pasan y la atención se debe poner en Chile en el sueño país, en que no disminuya la fuerza para responder a las grandes necesidades de los habitantes de este suelo y a los protagonistas de estas escenas. El eje de este tiempo y de esta historia es una búsqueda del sentido de vivir, de trascendencia, del ser sí mismo, del ser con los demás y estar activos en esta comunidad nacional. Importante para este país es generar un optimismo histórico que nos haga soñar y encontrar "una tierra prometida". Hay países que este sano optimismo lo llevan en su ADN. Cuando narran su historia aciertan a encantar con lo

extraordinario del hilo conductor de los acontecimientos que la integran y para eso cuentan maravillas. Además, no hay duda de que la mejor manera de honrar el pasado es elevar el sueño de futuro.

Para ello es fundamental que llegue el momento en el que se una lo personal a lo social. Ambas dimensiones las tiene que dinamizar la conciencia viva de grandes necesidades que tenemos que resolver o satisfacer. Así surge mucha innovación. Desde un horizonte más amplio toca buscar personas que quieran cambiar el mundo; que tengan dentro de sí una fuente de inspiración y de motivación y encuentren en torno de ellas un campo de acción que se presenta como un determinado número de desafíos y una realidad de fuerzas que le llevan adelante. No podemos olvidar que en un país se crece de abajo hacia arriba. Las fuerzas interactivas crean una sinergia revitalizadora.

Un país que no es capaz de ver y de identificar lo nuevo no tiene futuro; un grupo que no acierta a dar con lo nuevo que en él existe no tiene capacidad de crecimiento y de fecundidad. Por el contrario, quien tiene ojos para ver lo nuevo se pondrá en movimiento para convertirlo en un signo de vitalidad y en una fuente de vida nueva. Tener apertura a lo nuevo, a la audacia y a la aventura es propio de aquellos que se inspiran en la vida y sueñan la vida. Los líderes precisan esta capacidad para conducir a los pueblos y a los grupos. Cuando esa actitud se une a una irreducible voluntad de realización, de grandeza de ánimo, de enérgica capacidad de acción, de fidelidad a los ideales y de impaciencia sostenida por realizar un potente asalto a la utopía, se llega muy lejos. Con personas marcadas por esas disposiciones se abre una nueva etapa de la historia de un país.

El proceso para ver y escuchar lo nuevo a nivel país, darle nombre, situar lo nuevo en contexto, en relación, en red, proponerlo como centro de partida de etapa nueva, celebrar ese evento tiene que ser interactivo. Ello condiciona el proceso que se debe seguir, sus etapas y los resultados del mismo. Pero antes de querer analizar su presente, un país tiene que hacerse una pregunta como ésta: ¿Chile, qué te pasó con lo nuevo? ¿Te ha dado miedo? ¿Ha sido una gran oportunidad para ti? ¿Te ha costado mucho? ¿Te ha traído incomodidad? ¿Ha sido como el agua en el desierto? ¿Escasa? ¿Aislada?

No hay ninguna duda de que hay culturas abiertas a lo nuevo y las hay que están cerradas. No conviene permitir que la agenda del país la definan los conservadores y que sean ellos los que marquen el ritmo del caminar del mismo.

Lo nuevo en un país lo deberíamos encontrar por partes

Y de cada una de ellas podremos señalar varias expresiones hasta llegar a las predominantes. Un país bien puede ser como un mosaico de lo nuevo. La invitación ahora es a recorrer Chile a lo largo y a lo ancho, a lo alto y a lo bajo, y buscar fuentes de inspiración y encontrar lo que buscamos. Es importante dar con los lugares donde algo está ocurriendo e identificar los protagonistas o autores de estos emprendimientos. Esa novedad brota en las distintas dimensiones de su vida como país. Con ella queremos abarcar lo más fundamental de la vida del mismo:

Vida política
Vida económica
Vida social
Vida cultural
Mundo de la salud
Mundo de la vivienda
Mundo de la educación
Mundo del arte
Mundo deportivo
Mundo religioso
Mundo de la naturaleza, del cuidado de lo creado
Mundo laboral
Mundo de la Justicia
Mundo del voluntariado

Estas dimensiones nos llevan a sectores diversos de la vida del país y nos hacen aterrizar en lo concreto. Pensar y mirar un país en bloque a veces abrumba y nos deja en lo impreciso. Es mejor acercarse a él por partes. Por partes se comienza y se puede terminar identificando la fuente y el horizonte, los fragmentos y el todo, de todo lo nuevo y de lo que procede esa vida nueva que tiene los matices más diversos.

Para bajar de lo general a lo concreto, y de lo diverso a lo principal, es bueno seguir un método. Son cuatro los pasos por dar para llegar a los buenos resultados; así se logra pasar de lo mucho a lo poco, de lo diverso a lo fundamental o esencial y de lo múltiple al hilo conductor del conjunto.

En el primer paso hay que establecer los “ámbitos” o dimensiones de la vida del país en los que aparece lo nuevo, las innovaciones. Como ya hemos indicado, pueden ser catorce. En un segundo momento de cada una de estas dimensiones de la vida de un país hay que ir a lo concreto y señalar tres expresiones de novedad. Costará dar con tres signos de novedad, pero hay que lograrlo. En un tercer momento de los tres señalados en cada dimensión hay que indicar cuál es el principal. También costará dar este paso de lo diverso a lo fundamental o más significativo. Y queda el último paso. Delante de las 14 expresiones consideradas como principales se precisa llegar a seleccionar la más destacada; aquella de donde todo procede. Esta será como el hilo conductor de toda la fuerza de novedad que hay en la vida de un país.

Al hacer esta reflexión de cara al país puede ser muy ilustrativo ver como se impide lo nuevo o se descuida lo nuevo, ya que llevará a darse cuenta cómo de ese modo se interrumpe la historia del mismo. Importante también puede resultar el identificar los protagonistas de lo nuevo; interesa conocer su nombre y también su talante. A ellos y ellas les llamamos los grandes emprendedores, y es bueno relatar su historia, la que no es frecuente que se haga, ya que las fuerzas de la violencia o del desorden atraen mucho más interés y concentran mejor la atención. Sus creencias y sus capacidades de resolver problemas deben, al menos, contarse. Son las formas diversas que tenemos para entrar en la historia;

no sólo hay que evocar, sino, sobre todo, hay que hacer. Las cosas que más importan nunca deben estar a merced de las que menos importan, ya que de ese modo perdemos en nuestro horizonte la meta que debemos alcanzar.

A un país sano le interesa saber precisar lo que quiere innovar, qué de lo nuevo prefiere que esté en escena; qué elegir. Tiene que llegar a convertirlo en cultura y a su vez la cultura necesita novedad y tiene que ser novedad. No se le puede separar de lo inédito, lo artístico y original.

Pero, por supuesto, en todo este proceso gran peso debe tomar lo económico; sabiendo sí que no se trata tanto de multiplicar la riqueza como de optimizarla, lo que nos pondría ante nuestros ojos otra posible economía. En ella habrá nuevas solidaridades que toman las expresiones más diferentes y reciben los nombres más diversos: empresas de inserción, comercio solidario, movilización de los medios de comunicación a favor de los sin techo, redes de intercambios de conocimientos, responsabilidad social de algunas empresas, un cooperativismo real, el apoyo a los micro créditos... Estas formas nuevas no son simples respuestas a problemas precisos, sino un verdadero anuncio de un proyecto país y de sociedad con capacidad de participar hecha al mismo tiempo de reciprocidad y de don y envuelta en una visión global que crea una realidad coherente entre las solidaridades cercanas y el gran sueño de un desarrollo planetario duradero.

Frente a estas nuevas solidaridades hay también nuevos riesgos sociales. La palabra nuevo marca y califica lo bueno y lo no tan bueno de un país. Hay nuevas formas de exclusión de la vida de un país. No se puede olvidar que en este campo lo malo, con harta frecuencia, se hace muy bien.

Gran peso, también, corresponde que tenga lo político. Es novedad reivindicar la política. A ella le corresponde diseñar el país que queremos vivir y desencadenar el diálogo que abra un proceso que responda al gran deseo de mucha gente de interactuar. En este campo el cambio que hay que dar corresponde a pasar del escepticismo a la credibilidad política a los políticos y a los partidos políticos. Esta última realidad es la más desprestigiada. Nuevo sería devolverles la autoridad moral.

Lo nuevo en un país se debe hacer posible

La pregunta del millón ante lo que hemos visto y oído de lo nuevo es ¿qué hemos de hacer? Nos lo preguntamos con confiado optimismo, aunque sin minusvalorar los problemas. No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo y de nuestra realidad nacional. No, no será una fórmula lo que salve; serán personas y la certeza de sus convicciones. No hay ninguna duda de que este tema que nos ocupa nos deja con la ingente y apasionante tarea del renacimiento de las personas. Una obra que implica a todos y que es urgente; es quizás lo más nuevo.

Lo nuevo es activo y dinámico. Se transforma en servicio, en imaginación creativa para dar con soluciones concretas al dolor, al hambre, a la falta de educación, de integración,

en cercanía y solidaridad, a la injusticia en las cárceles. Es verbo y es acción que hay que realizar. Por tanto, ese verbo no hay que conjugarlo en pasado sino en futuro.

El viejo poema del gran poeta Luis Rosales que cierra este apartado es una clara y fuerte invitación a estrenar la novedad país. Está incluida en la obra titulada precisamente "La casa encendida". Sus versos están llenos de un cierto escepticismo burlón, lleno de rutina y bostezo ante la mecánica repetición de los ritos cotidianos y hasta tal punto que pueden llegar a consagrar la esterilidad. Tan burlón es el tono que por reacción opuesta se desemboca en la creatividad. El contraste en ocasiones produce un buen efecto. Estos versos no solo son desmesuradamente hermosos en sus imágenes sino que se convierten en una ajustada descripción de lo que puede suponer sentarse en la puerta de la vida para verla pasar cada vez menos conmovidos, cada vez más cansinos y sin ningún afán. La descripción de esta situación es la que lleva a estrenar la novedad si no queremos dejar morir lo mejor de nosotros.

Dice así el poeta:

*Has llegado a tu casa,
Y ahora querrías saber para qué sirve estar sentado,
Para qué sirve estar sentado igual que un náufrago
Entre tus pobres cosas cotidianas.
Sí, ahora quisiera yo saber
Para qué sirve el gabinete nómada
Y el hogar que jamás se ha encendido.*

Dejamos al poeta y escuchamos al psicólogo que lograba expresar muy bien las ganas de refundación que nos animan y que debemos azuzar o alimentar:

"Otro Chile, porque nos conmueve la pobreza; Otro Chile, porque nos irrita la injusticia; Otro Chile, porque deseamos mayor igualdad de oportunidades, porque deseamos acortar las distancias, abogar por la paz social, generar condiciones de desarrollo, trabajar por la convivencia social. Otro Chile, porque anhelamos un país diferente, organizaciones a escala humana, sociedad sin fronteras; Otro Chile, porque nuestros hijos nos lo demandan y porque Chile se lo merece. Otro Chile Posible, porque se puede, porque está a nuestro alcance, porque resuena y articula con pasión, compromiso, responsabilidad, innovación, energía, sentido y misión" (Jorge Sanhueza).

Volver a comenzar y hacer aparecer lo nuevo en la geografía y en la historia de un país es tarea importante. Y posible mientras no falte la pasión de lo nuevo. Mientras dure la pasión será posible el fuego. La conducción política, social y religiosa de un país tiene que apuntar a reciclar nuestras vidas en la novedad. Es un acierto llegar a conseguir que algunas personas, las más vueltas hacia el pasado, se beneficien de la novedad y transformen sus vidas abriéndose a lo nuevo.

Cuando miramos el presente de Chile nos damos cuenta de que va a dar un salto. Está en condiciones para ello. Hay que buscarle la vuelta para que sea hacia delante. Para ello hay que comenzar por pedirle al país que hable. "Chile, habla", es nuestra invitación al terminar este apartado y "Chile escucha" es la mejor manera de empalmar bien con el país que viene. Hay que hacer todo para que deje de ser "La república del descontento" (F. Lamarca, en Las prisas pasan, las cagadas quedan). Vienen bien los análisis de nuestro país que sean apasionados y convincentes para dar una respuesta a los reales factores que han generado confusión y descontento en Chile en los últimos años. La sociedad chilena no es para que esté intranquila y descontenta. Precisa tomar conciencia de lo nuevo que se ha generado y de lo nuevo que se tiene que hacer germinar y ponerlo en el paisaje nacional en su debido lugar. Con Lamarca podemos afirmar que "los chilenos nacemos libres pero nacemos tremendamente desiguales". De este gran principio nacerá lo nuevo más necesario. Esto debería ser como la piedra en el zapato. Molesta al caminar, impide que vayamos más rápido y motiva para cambiar de ritmo. Lo nuevo nos tiene que molestar; hacer esperar y hacer todo para que sea una realidad.

Compromisos que trae lo nuevo a los ciudadanos de un país

Lo nuevo nos pide un compromiso con la autenticidad. El contexto para lo nuevo con harta frecuencia es hostil o incluso indiferente; es esencial y a lo esencial lleva. Hay que aceptar lo que llega, y eso me pide claridad en la identidad de lo que soy y de lo que tengo y hago. Lo hemos visto, subirse al carro de lo nuevo pide justificarse mucho, tener que apostillar no poco y, naturalmente, mostrar la racionalidad??? de lo que está apareciendo en el horizonte. Cuando un país quiere recorrer el camino de lo nuevo tiene que dejar la sinuosa senda de la coima, del soborno, de la corrupción, del cohecho y de toda clase de injusticia. Se precisa que en la esfera política, económica y de la administración de la justicia se dé la transparencia.

Lo nuevo nos pide ahondar en lo esencial. En el fondo, es cuidar la vida, la frágil, la nueva, la que se termina; la convivencia; el trabajo; el buen entendimiento, la educación. Ese ir a lo esencial lleva a relativizar lo accidental; a no gastar fuerzas en peleas infantiles e inconsistentes. Ir a lo esencial supone que lo distinto no nos separa, sino que nos distingue. Más aún, se trata de hacerlo complementario y así enriquecer al otro. Para eso es acertado juntar lo nuevo a la experiencia humana, en la que no faltan contradicciones pero tampoco signos de presencia de una humilde y confiada apertura a lo más auténtico de la historia y del desarrollo del género humano. El que toca lo esencial es abierto; el que logra ver en la propuesta de lo nuevo el enganche con ese común sentir, pensar y ser de la humanidad tiene las mejores razones para proponerlo con libertad y con fuerza.

Lo nuevo nos supone una activa implicación en la desconstrucción de prejuicios. Los prejuicios se multiplican, se elevan y hay formulaciones públicas que los incentivan y los hacen todavía más elevados y más duros. Es como una bola de nieve que se transforma para bien o para mal en algo grandioso o al menos voluminoso. Lo nuevo nos tiene que ayudar a comprometernos en la superación de tantos prejuicios, ofreciendo la alternativa de la arena común en la que se puede dar la buena pelea.

Lo nuevo, en fin, nos pide construir. Y hacerlo codo a codo con muchos hombres y mujeres del mundo entero, con los que cantan la libertad y la alegría, la paz y la solidaridad. Esta tarea supone el riesgo de perder para ganar si queremos apostar por lo nuevo. Para ello tenemos que acertar a ser portadores de sueños como nos lo recuerda Gioconda Belli:

“En todas las profecías está escrita la destrucción del mundo. Todas las profecías cuentan que el ser humano creará su propia destrucción. Pero los siglos y la vida que siempre se renueva engendraron también una generación de amantes y soñadores.

Hombres y mujeres que no soñaban con la destrucción del mundo, sino con la construcción del mundo de las mariposas y los ruiseñores. Desde pequeños venían marcados por el amor. Detrás de su apariencia cotidiana guardaban la ternura y el sol de medianoche. Los portadores y portadoras de sueños sobrevivieron a los climas gélidos, pero en los climas cálidos casi parecían brotar por generación espontánea. Como laboriosas hormiguitas no dejaban de construir hermosos mundos.

Mundos de hombres y mujeres que se llamaban compañeros, se curaban y cuidaban entre ellos y se ayudaban en el arte del querer y en la defensa de la felicidad. De todas partes venían a impregnarse de su aliento y de sus claras miradas, y hacia todas partes salían los que habían conocido portando sueños, soñando con profecías nuevas... “Son peligrosos” imprimían las grandes rotativas... “Son peligrosos” murmuraban los artifices de la guerra... “Hay que destruirlos”. Los portadores de sueños conocían su poder y por eso no se extrañaban y también sabían que la vida los había engendrado para protegerse de la muerte que anunciaban las profecías...

Dicen que la tierra después de parirlos desencadenó un cielo de arco iris y sopló de fecundidad las raíces de los árboles. Nosotras solo sabemos que los hemos visto. Sabemos que la vida los engendró para protegerse de la muerte que anuncian algunas profecías... En el mundo se ha desatado un gran tráfico de sueños” (G. Belli, Portadoras y portadores de sueños).

Estos compromisos apuntan a consolidar lo nuevo ahí donde es algo natural y ahí donde es combatido por la agresión, la violencia, el descontrol y la corrupción. Lo nuevo cansa, pero no agota. Cansa porque es exigente, pide vida y pasión; es laborioso y exige trabajo y requiere repetición de gestos personales de confirmación de lo nuevo. Estos compromisos van más lejos y bien podemos decir que le ponen pies a lo nuevo. Pero sólo así se consigue hacer la andadura adecuada por los caminos de este mundo.

El camino es tan largo como la vida, que al fin es una historia que se escribe con las manifestaciones de lo nuevo en ella. Para lograrlo no pueden faltar la agilidad y la flexibilidad, la fiesta y el canto. También el canto, como nos dice el poeta, tiene que ser canto nuevo, el que sigue a la victoria. Victoria no es otra cosa que ver lo nuevo, acogerlo, estimularlo, promocionarlo, fecundarlo y alabar, y por supuesto agradecerlo. No lo olvidemos, nuestra

será la historia que principia y la que hagamos con las piedras de la creatividad, la fidelidad, la calidez y la cercanía.

Tanto las personas como los países pueden caer en el escepticismo y necesitan parar un poco en la vida y preguntarse si no es hora de dar con una nueva forma de ver el mundo. Y decidirse a cambiar. No perdemos nada probando lo nuevo. Si no resulta, siempre tendremos la alternativa de volver a lo anterior. Permanecer en la indefinición es la peor solución; esa barrera hay que superarla.

Lo nuevo y lo distinto resulta, tantas veces, perturbador. Aporta y acentúa más de lo diverso en un país que tiene diferentes ámbitos profesionales, vitales, organizacionales. Pero si es verdad que sin creatividad no hay diversidad, también podemos afirmar que sin diversidad no hay creatividad. Esta es necesaria para pasar de la calidad a la excelencia, a la que no se debe renunciar, y de la excelencia a la diferencia. Esta diversidad es la que nos hace sentir nuestra poetisa Gabriela Mistral:

*Dancemos en tierra chilena
Más bella que Lía y Raquel;
La tierra que amasa a los hombres
De labios y pechos sin hiel...
La tierra más verde de huertos,
La tierra más rubia de mies,
La tierra más roja de viñas,
¡Qué dulce que roza los pies!
Su polvo hizo nuestras mejillas,
Su río nuestro reír,*

*Y besa los pies de la ronda
Que la hace cual madre gemir.
Es bella y por bella queremos,
Sus pasos de ronda albear;
Es libre y por libre deseamos
Su rostro de cantos bañar...
Mañana abriremos sus rocas,
La haremos viñedo y pomar;
Mañana alzaremos sus pueblos
¡Hoy sólo queremos danzar!*

Esta variedad cantada por la poetisa del Valle de Elqui y que es característica de nuestro país despierta la imaginación, que es la base de la creatividad y ésta es el caldo de cultivo de la innovación. Esta imaginación está activa en el día a día. Un país tiene que estar atento a la evolución del día a día de su ciudadanía. Y lo hará con diversas claves innovadoras y con una gran asunción del riesgo que no siempre es valorada. Quienes conducen nuestros pueblos no pueden olvidar que las miradas unívocas nos llevan al empobrecimiento. Apre-

der a mirar de otra manera, cuestionarse el statu quo es fundamental para el desarrollo personal y colectivo. El futuro no se adivina; se construye con el aporte de artistas, ingenieros, informáticos, educadores, economistas y artistas si se entienden, se escuchan, se apoyan, se sorprenden mutuamente y mutuamente creen y esperan.

En un país que se hace consciente de las expresiones de lo nuevo se suscita un dinamismo nuevo, el que experimentamos con las expresiones más diversas de lo nuevo que nos empujan a reinvertir el entusiasmo experimentado en nuevas y concretas iniciativas. Ese camino ayuda a reforzar los sueños y no los miedos y a pasar de lo monótono, de lo de siempre a lo siempre nuevo. Y por supuesto, uno no puede menos de concluir invitando a dejarnos sorprender por la novedad de Dios. Esa novedad llega cada día si se hace de nuestra vida una canción que se estrena en cada momento y con acordes nuevos, con letra y voz nueva, y así uno se reconcilia con la vida como hace tan poéticamente Amado Nervo: "¡Vida, nada me debes!, i vida, estamos en paz!".

Al concluir este capítulo, lanzamos un desafío al aire y que cada uno debe personalizar: es deber de todo chileno, especialmente de los jóvenes de este país, soñar, crear, imaginar, innovar y descubrir los nuevos espacios que el país ha comenzado a crear y promover para todos. No nos debemos contentar con padecer y soportar la historia y de ningún modo tenemos que renunciar a hacerla.

Capítulo X

**Lo cristiano fue y es nuevo
y fuente de innovación**

A su vez, lo nuevo es cercano a lo religioso y, por supuesto, a lo cristiano. Este capítulo lo escribo desde una convicción personal, que bien comprendo no todo el mundo la tiene que compartir. Por otra parte, yo no pido ningún perdón al expresarla. Para mí, la pasión por lo nuevo me la ha transmitido la fe cristiana. El Evangelio está lleno de novedad y en él se consagra la novedad. Jesús en varias ocasiones ofrece una verdadera ruptura con lo antiguo, con el Antiguo Testamento, con la religión del templo, con la moral de los fariseos y en aspectos claves y diversos como el culto o en relación con el trato de la mujer. Jesús pone novedad en el decir, en el modo de celebrar, en la moral, en el mensaje, en la manera de estar presente, en los protagonistas, en el modo de enseñar y de ver las cosas, de presentar la misión, de agruparse en comunidad. Y sobre todo, en la manera de hablar de Dios.

Por lo mismo, yo no creo en un Dios que ame el dolor, que ponga luz roja a las alegrías humanas, en el Dios mago y hechicero; en el Dios que se hace temer y que no permite que se le tutee, en el que haga monopolio de una Iglesia y de una raza o cultura, en el que juega a condenar; en el Dios al que no temen los ricos a cuya puerta yace el hambre y la miseria, en el de los que creen que aman a Dios porque no aman a nadie, el Dios que dé por buena la guerra, el Dios al que le falte perdón por algún pecado; en el Dios que ponga la ley por encima de la conciencia, el Dios que no se hubiera hecho persona humana con todas sus consecuencias, en el Dios en el que yo no pueda esperar contra toda esperanza; en el Dios que al abrazar al hombre y a la mujer aquí en la tierra no supiera comunicarle el gusto y la felicidad con todos los amores humanos juntos; en fin, en el Dios que lo hizo todo nuevo.

Bien podemos decir que Jesús propone un nuevo proyecto, nueva catequesis, nueva manera de orar, nuevo modo de convivir, nuevo discipulado, nueva presencia de Dios en el mundo. Por eso se trata de continuar la obra de Jesús en el mundo y llegar a una nueva utopía. No podemos hablar de lo nuevo sin referencia a Jesús y no podemos hablar de Jesús sin referencia a lo nuevo. En el Evangelio encontramos una verdadera hermenéutica de lo nuevo. La historia de Jesús y su paso por la historia de la humanidad cuando entre nosotros vivió. Es el momento de más novedad que han vivido los hombres y mujeres de todos los tiempos.

El evangelio bien escuchado y leído va generando en cada uno una capacidad de creatividad que nos lleva a vivir cada día de la existencia con profundidad y fortaleza. Corazón de esa novedad son las bienaventuranzas. Está claro que el rechazo de los fariseos parte del rechazo de esta novedad y es de esa novedad. Ellos querían seguir repitiendo y haciendo lo mismo de siempre. Para ellos el pueblo judío y la religión judía deberían ser el paradigma de la historia como lo habían sido hasta entonces. Ellos unen lo viejo, la tradición a lo bueno y lo nuevo a lo malo. Así proceden porque lo nuevo les desinstala y les desconcierta; les quita seguridad. Algunos estudios históricos serios concluyen que el cristianismo representa la revolución más honda y novedosa que ha vivido la humanidad. Tan grande, tan completa, tan profunda y tan fecunda en sus consecuencias, tan inesperada e irresistible en su realización que no es sorprendente que haya parecido o que pueda parecer todavía un milagro, una nueva creación, una revolución a lo divino, una intervención directa de Dios en los asuntos humanos que recibieron con la llegada de Jesús una ordenación y orientación completamente nuevas.

Esta actuación ha llegado al centro del alma, poniendo el acento en la intimidad y en la particularidad de la conciencia; en el fondo le ha dado a ésta una virtud y fuerza nueva, una nueva calidad espiritual que hasta entonces había faltado en la humanidad. En su lenguaje, lo nuevo son los talentos, el nombre de cada uno se lleva escrito en la palma de la mano y da identidad y consagra la originalidad personal o del grupo.

El hecho de que un Dios se haga hombre no es el final de un proceso evolutivo. Es un salto a lo nuevo, a la palabra que se hace frase, párrafo, libro. Es un gesto de locura absolutamente gratuito y desconcertante; es la explosión de lo nuevo en el reino de lo viejo. Desde entonces lo nuevo es el futuro hecho realidad. Cristo fue un hombre que empezó a vivir la vida de un modo nuevo; miró la historia con otros ojos, tuvo el coraje de dar al hombre un nuevo nombre e hizo cosas que nunca había hecho nadie.

No se contentó con predicar la resurrección, sino que resucitó. Jesús para realizar lo nuevo no tuvo miedo de condenar lo viejo, no como malo, sino como superado, como no-nuevo y, por tanto, como no creativo. Jesús creó lo nuevo no en la soledad, sino en medio de los hombres, entre el fango, la contradicción y el escándalo. Sólo así rescató dignamente el pasado sin repudiarlo ni humillarlo. Las cenizas son algo que merece respeto. De las cenizas aún calientes puede nacer el fuego que abra una historia nueva. El hombre nuevo es el que sufre, no tanto por miedo a perder lo que tiene, sino más bien por temor de no conseguir tener lo que aún no posee y siente suyo, indispensable para su realización no alcanzada plenamente.

No es fácil ponderar exactamente todo el carácter de novedad de Jesús, de su tiempo y de su propuesta. El vino viejo no puede echarse en ninguno de los viejos odres o fórmulas religiosas, como no se puede tampoco coser un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo con probabilidades de éxito (Mc 2, 21-22). Incluso el mayor de los hombres nacido de mujer queda anticuado con la llegada de Jesús. La ruptura con el pasado es fuerte y en cierto modo definitiva. El pasado ha caducado. Dios ha dispuesto un tiempo nuevo y estamos en lo nuevo de lo nuevo.

El desafío para el creyente es reciclar su propia vida en la novedad de Jesús, lo que consiste, básicamente, en no vivir egoístamente centrados en sí mismos, ni estar pendientes de una manera narcisista en sus esfuerzos, sino dedicarse a vivir según la novedad del Reino. Hay un versículo en el Apocalipsis que nos invita a lavar nuestras vidas en la novedad del amor para llegar a ser testigos vivientes de Cristo.

Descubrir o redescubrir la novedad de Jesús en los evangelios, en contraste con los rasgos sociológico-religiosos de su tiempo resulta sorprendentemente original para nosotros en nuestros días y en nuestros contextos de siglo XXI. No hay duda de que cualquier persona que descubra con mediana autenticidad la novedad de Jesús y que sea consciente de su propia imperfección o sufra a causa de sus defectos se sentirá movida a "reciclar" su vida en esa novedad de Jesús y hacerlo gozosamente.

La novedad de Jesús llega al fondo de la realidad. Frente al Dios-ídolo de los "perfectos", Jesús revela al Dios de los "imperfectos". Sorprendente novedad de Jesús es que nos anuncia a un Dios que es Padre y que salva a los imperfectos sin que hagan méritos. Jesús se mezcló con los pecadores para ser bautizado por Juan, a quien luego sorprendió con su novedad. En la voz de Juan en el desierto volvía por fin la profecía a remover la esperanza del pueblo judío que hervía en nuevas expectativas mesiánicas. Era un pueblo necesitado de algún nuevo éxodo liberador de la opresión reinante en la que olvidados del Dios original y su alianza de amor habían entrado en la opresión y en la exclusión. A Jesús le gustó la voz de novedad y de profecía de Juan. Se sumó a la propuesta de novedad de Juan y fue más allá. Llega a la novedad del Reino. Cuando encarcelan a Juan no se va al desierto; comienza a recorrer aldeas y poblados. No fue al templo, y si entraba en las sinagogas era para anunciar la alternativa del Reino. Jesús valoriza a Juan como importante en la historia de la salvación, pero señala que el amor de Dios que él trae revaloriza a los pequeños y a los que no cuentan. Jesús ha asumido la misión de compartir con todos su experiencia filial de Dios y de su causa del Reino. Dará a conocer ese nuevo nombre de Dios que será "Abba".

La novedad de la experiencia de Dios y de su causa que evidenció Jesús en el bautismo en el Jordán exigía un nuevo anuncio del Reino; exigía la conversión que trae novedad. Jesús desborda en misericordia; ha llegado la novedad del gozo mesiánico. La novedad de Jesús es tan nueva que hace que todo sea nuevo. No caben moldes viejos (Mt 9, 14-17; Mc 2, 18-22).

La novedad mayor del Reino de Dios de Jesús es que en él tienen primacía los últimos. El Reino es la nueva realidad humana –personal, interpersonal, social y cósmica– que

crea la presencia de Dios y su activa voluntad de amor, justicia y paz. Por supuesto, pide nuevo corazón, nuevas relaciones y nuevas acciones. Lo que más sorprendió de la novedad de Jesús es que en sus obras y sus palabras “el amor de Dios se dirige precisamente hacia los hijos menospreciados y perdidos. La bondad de Dios trae gozo a los últimos. Jesús se acerca y acoge a los que sólo conocen el rechazo de la sociedad. Y lo hace en nombre de un Dios que ya no es justificación de la marginación, sino oferta de confianza y de nuevas posibilidades. En este privilegio evangélico de ser los primeros en el Reino que Dios otorga a los últimos y en las posibilidades de novedad de vida que ofrece el amor de Dios a cuantos creen en la Buena Nueva de Jesús consiste la mayor novedad del Reino que él anuncia al pueblo de Israel con obras y palabras.

Como una expresión de esa novedad están las comidas de Jesús con pecadores y publicanos; ahí se hacen los grandes anuncios de la originalidad de la presencia, del mensaje y de su acción. Otro tanto ocurre cuando se encuentra con las mujeres. Jesús renueva muchas cosas. Una muy importante es la relación hombre-mujer. Quita el privilegio y el predominio del hombre sobre la mujer y propone un nuevo tipo de relación entre los dos. Por un lado, no permite el matrimonio en el que el hombre puede repudiar a la mujer (Mt 19, 3-9). Por otro, no permite el celibato de quien se rehúsa al matrimonio para no vivir en pie de igualdad con la mujer (Mt 19, 10-12). Consigue que las mujeres resistan frente a su exclusión. Llega a algo muy grande para aquellos tiempos: las mujeres serán los testigos de la muerte, del entierro y de la resurrección de Jesús.

La novedad en el modo del anuncio

El anuncio del evangelio supone siempre una novedad. Es una noticia nueva y provoca un cierto choque y una cierta ruptura. En toda cultura la fe aporta un nuevo frescor que transforma y plenifica la vida.

¿Cuál es la novedad en el anuncio? ¿Cómo se revela en los dichos de Jesús la novedad? Esta novedad se expresa de las maneras más diversas: dichos breves, refranes, declaraciones programáticas, discursos, propuestas, oraciones, comparaciones y abundantes parábolas. Pero detrás hay algo más profundo. Jesús presenta una nueva pedagogía para iniciar en el camino que propone. Él tenía una gran capacidad para comparar las cosas de Dios con las cosas de la vida. Sus parábolas hablan del sol, la vela, la luz, el trabajo, la comida, la semilla, las flores, el amor, los niños, los pajaritos. Y en todo destaca la novedad.

Dios no es rutinario, ni algo del pasado, sino “alguien” que me hace vivir y de una manera más relacionada y abierta. Toca la vida de los creyentes.

Las “bienaventuranzas” son la carta de ciudadanía para la vida del Reino. Su formulación es muy fuerte, radical y provocativa, y evidencia la novedad del Reino de Dios. Con ellas se invierten los criterios de vida. Por eso, por mucho que se lean, siempre sorprenden y provocan lo nuevo.

Hay novedad en los textos oracionales. En uno Jesús estalla de júbilo en el Espíritu y le dice agradecido al Padre: “Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra... porque has ocultado estas cosas a los sabios e importantes y se las has dado a conocer a los sencillos”.

El otro texto es la respuesta que da a los discípulos cuando le dicen que les enseñe a orar. Les comparte su propia experiencia filial de encuentro con el Padre y para vivirla tienen que decir: "Padre nuestro... venga a nosotros tu Reino".

Pero son, sobre todo, las parábolas las que se convierten en el recurso verbal de Jesús para expresar lo más inefable e inexplicable sobre el Reino de Dios y sobre el Dios del Reino. En unas se evidencia el valor decisivo del Reino, que es como un tesoro escondido y una perla valiosa (Mt 13, 44-46). El grano de mostaza nos enseña cómo el Reino crece y se transforma (Lc 13, 18-20). La invitación muy novedosa a la paciencia y discreción llega en la parábola del trigo y de la cizaña (Mt 13, 24-30). Otras parábolas sorprenden con la novedad de la gratuidad del Dios del Reino y de las diversas reacciones ante él. Impresiona la grandeza de ánimo y la generosidad del dueño de la viña que paga lo mismo a los últimos que a los primeros (Mt 20, 1-16). La parábola del buen samaritano nos impacta por el contraste entre los puros –sacerdote y levita– y el impuro samaritano, que movido a una generosa solidaridad toma al herido y le ofrece lo que necesita.

La oveja perdida (Lc 15,17), la moneda perdida (Lc 15, 8-10) y el hijo perdido nos traen la novedad de lo que se encuentra. Revelan una inmensa alegría, la que se produce en el Reino al encontrar lo que Jesús había venido a buscar. Sorpresiva es también la parábola en la que no acuden a la cena los primeros invitados y la disfrutan los últimos (Lc 14, 15-24).

La novedad en los contenidos

La novedad que trae Jesús nos enseña a vivir nuevas relaciones, comportamientos y encuentros. Jesús quiere iniciar en la novedad del Reino de Dios. En un libro de lectura orante del Evangelio, publicado por la CLAR, se nos invita a vivir ocho encuentros que nos permiten descubrir las grandes novedades en las que quiso iniciar a los que le seguían. Esos encuentros son los siguientes:

- Nuevos tiempos: para saber leer los signos de los tiempos
- Nueva enseñanza: para hablar con autoridad
- Nuevas relaciones: para vivir en comunidad
- Nueva ley: para practicar la ley más grande: el amor
- Nuevo culto: para celebrar la vida
- Nueva misión y nueva profecía: para ser discípulos y misioneros de Jesús
- Nueva lectura de las escrituras: para leer la palabra de Dios en el Espíritu
- Nuevo discipulado: formar para el testimonio.

El seguimiento de Jesús nos lleva de novedad en novedad. Mueve a buscar nuevas formas de vida cristiana. Jesús nació en un tiempo de cambios. Poco más de 50 años antes del nacimiento de Jesús Palestina había sido invadida por el Imperio romano y ello trajo grandes cambios políticos, sociales y económicos. También para esa realidad Jesús presenta alternativa y anuncia que el tiempo se ha cumplido y que el Reino está cerca. Por lo mismo, pide un cambio en el modo de pensar, de vivir y de actuar, y apunta a lo diferente. Pero pocos lo entienden bien.

La novedad en los dinamismos que desata

Es importante referirse a los dinamismos de la novedad del Reino que despiertan las mayores posibilidades en cada uno de nosotros. Con Jesús se introducen en la historia humana fuerzas nuevas profundas que desencadenan cambios hacia nuevas posibilidades en lo que se siente, lo que se valora, en lo que se opta, en las relaciones, en el modo de proceder. "Es imposible y peligroso resumir la novedad de Jesús. No cabe en ninguna síntesis" ("El Dios de los imperfectos, reciclar nuestras vidas en la novedad de Jesús", T. Cabestrero). Pero lo vamos a intentar en tres frases.

La primera la presenta estupendamente Jesús cuando nos dice que "misericordia quiero y no sacrificios"; es el dinamismo de no excluir a nadie. Para ello hay que llegar al amor que agracia a los desgraciados, aprecia a los despreciados, revaloriza a los desvalorizados y favorece a los desfavorecidos. La segunda gran fuerza se traduce en las nuevas relaciones que Jesús intenta establecer. Las relaciones de poder y sometimiento, de dominación y de victimación, de miedo y de desconfianza son sustituidas por las confianza amistosa entre las personas y Dios es Abba de tierno amor incondicional y de paternidad materna. Este don libera del individualismo y del egocentrismo y origina una entrañable relación de amor filial a Dios. Por eso se busca sustituir la ley del más fuerte con la de la solidaridad con el más débil como la fuerza generadora de lo realmente nuevo.

"Dios no impone, no subyuga la inteligencia ni la fuerza de la voluntad. Jesús invita a aceptar la presencia orante del amor de Dios en el corazón de la realidad y a creer en su plena manifestación futura... Por ello, el amor puro no puede imponerse por medio del poder, sino que es necesariamente una propuesta desarmada que se hace a la libertad" (El mensaje de Jesús es el Reino de Dios, en el Salvador del mundo: historia y actualidad de Jesucristo, Salamanca 1997, pp. 80-82).

Esa es la tercera fuerza. Pero en la lógica de la novedad del Reino de Dios que anunciaba Jesús, debía encajar el golpe de la oscuridad humana de la fe y del rechazo. En esa situación Jesús se confía a la voluntad y se abandona y entrega su espíritu al Padre amoroso (Lc 23, 46). Así incorpora, a la resistencia que encuentra, el rechazo y la ruptura. El conflicto fue un aspecto novedoso y esencial en la vida de Jesús.

Este gran planteamiento de Jesús es una llamada a preguntarnos qué quiere Jesús cuando nos hace nuevas preguntas y nuevas invitaciones a transformar nuestra forma tradicional de pensar, de expresar, de celebrar, de encarnar la fe cristiana de manera que propiciemos la acción de Dios en el interior de la cultura moderna. Por supuesto, ante esta "provocación" hay que evitar el riesgo de la inercia y el inmovilismo, el freno y el obstáculo cultural para que el Evangelio se encarne en la sociedad contemporánea. Nadie sabe cómo será la fe cristiana en el mundo nuevo que está emergiendo, pero difícilmente será "clonación" del pasado. El Evangelio tuvo y tiene la fuerza para inaugurar un cristianismo nuevo y una humanidad nueva.

Somos actores de un tiempo nuevo, marcado por señales inequívocas que nos

invitan a ser portadores de esperanza. Ese es otro dinamismo importante. Nos urge escudriñar lo que Jesús nos está diciendo en las nuevas tecnologías, las nuevas formas de comunicación, de innovación social y política, en el desarrollo de las ciencias biológicas y físico-químicas, de las propuestas ecológicas. En estas realidades hay que acertar a leer la novedad de la acción de Dios en la historia humana. En todo esto podemos descubrir la vitalidad renovada que nos viene del Espíritu.

Hay otra dinámica que nos envuelve lo nuevo: la del abandono; pero no la de un abandono pasivo, sino el que nace de una invitación activa y confiada. Lo nuevo es como bola de nieve que nos da para cantar:

*“Señor, yo quiero abandonarme,
Como el barro en las manos del alfarero
Toma mi vida y hazla de nuevo,
Yo quiero ser, yo quiero ser...
Un vaso nuevo”.*

La novedad en la Iglesia

Es una institución para hacer surgir lo nuevo y mantenerlo latente. Sin embargo, son bastantes los que piensan que tendría que morir en la Iglesia mucho de su ser sociológico y estructural para que pueda surgir con más fuerza lo nuevo; para que sea un grupo que reaccione con más sensibilidad ante los “signos de los tiempos” y en general ante la vida y el futuro. Para que esto se dé no puede faltar una disposición para dejar morir y desprendemos de mucho de lo que en la Iglesia es puramente temporal y está verdaderamente agotado.

No hay duda de que hay estructuras aún vigentes en la Iglesia, como su clericalismo, su centralismo y su falta de comunicatividad, que la sitúan en un contraste absolutamente impresentable frente a la moderna cultura democrática de derecho. Tenemos que pasar de ser una Iglesia conservadora de lo hallado hace mucho tiempo y de estructuras estáticas a ser servidora humilde de nuevas formas de organización y de animación. En ella no hay que repetir con tanto fuerza no haga esto o lo otro porque es malo o es pecado o Dios nos va a castigar. Hay que decir: ame, sea servicial y generoso, cuide su cuerpo y valore su espíritu y su generosa entrega; no trate tanto de condenar, sino de motivar e impulsar.

No hay duda, tampoco, de que muchos de los dolorosos procesos que se producen en el interior de la Iglesia y más aún en relación con nuestra cultura, que en parte se está desligando de su pasado cristiano a una velocidad vertiginosa, se pueden interpretar como dolores de parto de una nueva forma de Iglesia aún desconocida. Es absolutamente incierto que esa forma nueva sea mejor que la actual. Lo que sí es seguro que a la vista de esa transformación de la Iglesia no debemos caer ni en el pánico ni en la resignación y menos en un talante apocalíptico de fin de mundo.

Con gran realismo este movimiento hacia algo nuevo lo podemos considerar como una oportunidad y como un reto. La oportunidad hay que aprovecharla y al reto hay que

responder. Con finura podemos aplicar la figura bíblica del desierto a la presente situación de la Iglesia. El nuevo pueblo que surge se ve arrancado, aquí y ahora, de formas de vida y estructuras que desde hace siglos le eran familiares y tiene que ponerse en camino para recorrer penosamente regiones erosionadas, barridas por los vientos, desertizadas y debe entrar sin huir ni desearriarse por caminos atrayentes, redescubriendo manantiales ocultos de la fe y oasis de esperanza. Todo ello confiando, por fuerte que sea la tentación contraria, en la promesa de que Dios no abandona a su pueblo, sino que le quiere conducir a regiones nuevas e insospechadas.

A fin de cuentas, lo que tiene que ser nuevo y está en juego es una Iglesia del futuro más sincera y transparente y por lo tanto más creíble. No hay duda de que pertrechada de serenidad y de espíritu animoso puede ser capaz de abandonar muchísimos caminos trillados para crear una nueva imagen y una nueva realidad.

No hay duda de que la Iglesia es el mismo barro del hombre; pero en ella Dios plantó y también rompió semillas y a veces las resucita. Debería ser un lugar en el que nacemos y morimos y así alumbramos lo nuevo.

El cristianismo es como un sueño para el hombre

Cuando hablamos de sueño no conviene olvidar las atinadas palabras de Hélder Camara: "El sueño de un hombre solo no pasará de ser un sueño. En cambio, un sueño compartido es el inicio de una estupenda realidad". No hay duda de que el sueño de Dios para el hombre se llama Jesús de Nazaret. El hombre nuevo encarnado en Cristo resucitado es como la irrupción de lo nuevo. De esa invasión de lo nuevo nació la comunidad en la que vuelve a germinar la convicción de una gran esperanza colectiva. Así se pasa del "cada uno a la suya" a "todos a una" y todo ello en torno a una gran propuesta.

Los creyentes recogen el testigo de una esperanza que viene de lejos y que la convierten en una "esperanza para tiempos recios". Así se instala en la historia una fuerza especial que algunos llaman "estímulo escatológico". Este estímulo pervive en los "milenarismos" (Ap 20) y es asumido y secularizado en el pensamiento utópico. Este pensamiento es algo más que el tradicional canto: "Habrá un día en que todos, al levantar la vista, veremos una tierra que ponga "libertad". Se traduce en reconocer un alfa y un omega, una creación y una escatología y entremedio una resurrección. En el fondo, en todo este movimiento no se nos dice tanto cómo se hizo el cielo, sino cómo se va a llegar a él. Se nos pone en movimiento hacia lo nuevo. Cuando así se piensa, el tiempo se convierte para el cristiano en "Kairos", oportunidad, paso de Dios, pascua de lo nuevo.

Si se detuvieran las estaciones del año, el mundo moriría definitivamente en el próximo otoño. Detenerse en la ilusión de que cualquier tiempo pasado fue mejor es convertirse en estatua de sal. El que sigue a Jesús de Nazaret no debe dejarse vencer por la añoranza del pasado, ya que eso es como renunciar a la plenitud. Hay que edificar y plantar y desafiar a la primavera. Para eso hay que engancharse a este hilo conductor por el que atraviesa lo nuevo y en el fondo se convierte en rayo de Dios, de Hermosura "siempre antigua y siempre nueva" (San Agustín), que abre ruta y con fuerza hacia el futuro. Bien podemos

decir que la fe cristiana es viva y renovada como la primavera, ya que afecta a la raíz de la existencia. Esta gran intuición en este apartado lo hacemos oración:

*Señor de la vida nueva
Mañana, mordidas por la helada,
Habrán caído las hojas de las viñas,
Privadas de su fruto, cansadas y amarillas.
Entretanto la vida nueva,
Se concentra en el leño de la vid,
En la levadura del pan reciente,
Hasta que llegue el tiempo de hacer las cosas nuevas.
En tus manos de Padre y en tus ojos de Madre,
Y sin mirar atrás,
Vislumbro el tiempo nuevo,
Tú eres la vid y la levadura que no fenecen.
Te ofrezco el gozo callado,
De la calma serena, de la espera,
De la vida nueva que tú ofreces.*

Fruto de ese impulso escatológico y en fidelidad al Evangelio tenemos que ser capaces de construir puentes en nuestro mundo fragmentado, entrando con facilidad en situaciones imprevistas, abriendo siempre nuevas posibilidades de ser y de proceder, de ser humanos y de seguir a Cristo, que nos abre a la gran novedad pascual. Esto nos da para cantar: "Cristo, el Señor- Como la primavera- Como una nueva aurora- Resucitó".

En sintonía con esa nueva aurora, con lo que el centinela nos cuenta de la noche y con lo nuevo, vamos haciendo una espiritualidad de vigor y de ternura, y contagiándola. Jesús nos ofrece oportunidades nuevas, nos muestra caminos jamás antes recorridos y posibilidades sin límites. Por él y con él se puede cambiar el modo de hacer cultura, de producir arte, de llegar a opciones políticas densamente humanas, de divertirse, de amar y de relacionarse, de curar las enfermedades y llegar a recuperar la salud, de enfrentar los desórdenes síquicos, de integrarse y organizarse como grupos y de pensar sanamente. La fe cristiana es vida y en vida se debe convertir.

Qué bien llega a expresar ese sueño un hombre de corazón grande, de mente ecuménica y de generosa entrega al servicio del Reino. Para él muchos de los imposibles que marcan el caminar de la Iglesia no tienen consistencia y menos relevancia. Su testimonio personal y sus palabras nos ofrecen algo muy nuevo.

*"Hay que hacer la guerra más consistente que es la guerra contra nosotros mismos.
Es necesario llegar a desarmarnos. Yo he mantenido esta guerra por muchos años.
Ha sido terrible. Muy terrible. Pero puedo decir que ahora estoy desarmado.
No tengo miedo de nada ni de nadie; el amor aleja el miedo.*

*Estoy desarmado de querer tener razón, de justificarme descalificando a los demás.
No me encierro en mi castillo ni estoy orgullosamente engreído de mis riquezas.
Acojo y comparto. No me aferro para nada a mis ideas y a mis proyectos.
Si me presentan mejores propuestas o al menos buenas
Las acepto sin mayor inconveniente.
He renunciado a hacer comparaciones.
Lo que es bueno, verdadero, real, es siempre para mí lo mejor.
Por lo mismo, yo no tengo miedo. Cuando no se posee nada no se tiene miedo.
Si uno se desarma, si se deja de poseer,
Si uno se abre al Dios hombre que hace todo nuevo;
Entonces Él hace desaparecer el pasado negativo
Y nos abre el panorama de un tiempo nuevo en el que todo es posible.*

(Athanágoras, Patriarca ecuménico de Constantinopla)

No es fácil poner la firma a un tal mensaje y propuesta. El Patriarca Athanágoras no tuvo duda en hacerlo en 1985. Bien sabía que con ella más de uno se animaría a respirar y dar aire fresco a otros. Con estas palabras nos abocamos a la conclusión de estas páginas.

A Dios no se le ha acabado el amor por nuestro mundo, ni está agotada su fantasía creadora. Tampoco la de los hombres y mujeres de nuestro tiempo que en Él creen. De ella participamos. Esto es lo que hemos tratado de poner de relieve en este capítulo. ¿Qué es lo nuevo que Dios nos propone hoy para crearlo nosotros y en nuestro lugar? Dios siempre espera para recomenzar con nosotros allí donde hemos dejado sin completar un proyecto, una palabra, un perdón, un compromiso, un diálogo. No es tiempo de queda ni de intentar recuperar espacios o prestigios del pasado, ni de evadirnos en espiritualidades que alejen de lo real, ni de diluirnos en actividades frenéticas, ni de armarnos con fundamentalismos defensivos. Es tiempo de seguir el impulso de la acción creadora del Padre, de realizar las propuestas nuevas de Jesús y por la acción del Espíritu.

Conclusión

**Los grandes robles nacen
de las pequeñas bellotas**

Llegamos al final de este libro en el “que” nuestra reflexión se ha centrado en el proyecto de lo nuevo, en el que creemos y en parte hemos formulado. También en el “quién”, en las personas que son tocadas por lo nuevo y de ello son conscientes. En fin, en el “cómo”, en el modo de hacerlo posible, de pasar del proyecto a la empresa, del genio al ingenio, del perfil al innovador de carne y hueso. Lo nuevo está llamado a desencadenar en nosotros lo mejor de nuestro desarrollo personal. Nace de lo hondo de nuestro ser; no de la moda, ni de lo que dicta el mercado, ni de los intereses económicos o políticos. Si no se acude hasta esa fuente, adoptaremos lo nuevo que se imponga o las circunstancias propongan. Lo nuevo no es el límite de lo viejo, sino una fuente de innovación y de creatividad. Nos ayuda a buscar y encontrar con la humanidad y la creación lo esencial de la existencia, lo que sirve a todo el mundo para vivir. Encontrar lo nuevo es un humilde intento de aproximación al misterio que tiene los rasgos divinos y humanos, cósmicos y bioéticos de toda la creación.

No hay duda de que todo cambio comienza por una visión y una decisión de emprender la acción oportuna; bien sabemos que si seguimos haciendo lo mismo que hemos realizado hasta ahora seguiremos teniendo los mismos resultados. Por tanto, hay que indagar e incidir en nuestras vidas, en las de los grupos, con algo no existente anteriormente. Pero para ello hay que partir de un fermento, de una levadura que mueva toda la masa. Hay que dar con las personas que la tengan y que poseen en su propia sangre las bellotas que convertirán en grandes robles, porque poseen talante de emprendedores; que no les falte creatividad, sentido común, determinación, pasión, resistencia, entusiasmo por la vida y fascinación, aparentemente ilimitada, y que crean que una orquídea puede crecer en una grieta del asfalto.

En ellas están las bellotas que harán nacer los grandes robles. Lo nuevo es la pequeña bellota y también el roble grande. Es el punto de partida y también la realización que en ocasiones resulta grandiosa. Lo es esa fuerza vital que brota insignificante y se hace inmensa. No hay duda de que existe un núcleo positivo de lo nuevo que hace posible otro mundo, otra juventud, otra política. Cuesta dar con las bellotas y quizás así sea porque son pequeñas. De ellas nace el roble que nos lleva de la lógica de la probabilidad a la de la novedad.

¿Cuál es el terreno propicio para sembrar las humildes bellotas? Es la tierra trabajada por hombres y mujeres que confían en lo nuevo. En esa tierra desapareció el miedo a contaminarse que dificulta el respirar a pulmón pleno, y por falta de oxígeno se ven caer las hojas, secarse las ramas y no hacer en ellas nidos los pájaros. En ella no existe la nostalgia del pasado.

No hay duda de que a pesar de todas las apariencias, en esas personas algo está naciendo y aciertan a ver que la vida se abre camino y produce plantas y frutos nuevos en cualquier resquicio que queda entre las rocas.

La imagen de las bellotas y de los robles puede ser lenguaje claro y preciso al mismo tiempo que nos acercamos a lo nuevo, como lo hemos dicho, con el símbolo, y recibiremos un buen mensaje si dejamos que hablen las flores, el agua, el sol, el seno materno, el parto, la levadura. Lo nuevo comienza en lo pequeño, en lo inédito. Pone condiciones para surgir y brotar, crecer y dar fruto, y para presentar un camino abierto.

No hay duda de que hay personas que mueren antes de tiempo pues no han podido disponer de las debidas medicinas, alimento, protección del medio, educación. Lo nuevo a veces muere también antes de tiempo. El contexto, el conflicto, las personas, lo matan. Pasó por las entrañas, tiene toda la fuerza pascual y en ello está latente la vida; sin embargo, se anticipa su final. Otras veces se convierte para nosotros en la dragma perdida que nos va a exigir mucho el llegar a reencontrarla. Esa búsqueda muchas veces se convierte en un clamor, ya que no soportamos vivir mirando hacia delante y caminar hacia atrás.

Nos ocurre como les pasa a las palabras "Las palabras están locas" (E. Galeano).

Se pelean por ser cada una la más bella. Llegan a cantar:

"Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan. Me prosterno ante ellas... Las amo" (P. Neruda en Confieso que he vivido).

Los poetas las devuelven el sano juicio y también los escritores. Para ello las juntan, las entrelazan, las refuerzan y las potencian. Pero al principio estaban ellas. Así llegan a generar realidad y a engendrar lo nuevo; se hacen generosas y en cierto modo vírgenes fecundas. Así hemos dicho qué hay que hacer con lo nuevo. No hay que dejarlo aislado y solitario. Se precisa hacer red con las bellotas. Solo así darán para ser roble.

La palabra "nuevo" es una de esas palabras que suben y bajan; es bellota que toca lo concreto; una vez más, toca la vida y se llama "libro nuevo", "hijo nuevo", "pueblo nuevo", "tierra nueva y cielos nuevos" y "canción nueva". Así la palabra "nuevo" se hace carne. La tierra se hace bellota. Cuando se hace en una persona tenemos futuro. Porque una persona que no tiene lo nuevo y no lo vive no es capaz de transmitirlo. Lo nuevo es como un carisma que estamos llamados a compartir. Sólo el cristianismo personalizado se convierte en fuente de cristianos. Como no se debe presuponer que se es cristiano, tampoco se tiene que aceptar fácilmente que lo nuevo está en nuestro ADN; hay que ponerlo para que circule por la sangre de nuestras venas; hay que sembrarlo e inyectarlo en nuestras venas.

Cuando ese carisma y los hombres y mujeres nuevas quedan marcadas por él hay que saber entrar en procesos de novedad. Ello conlleva decidirnos a comenzar procesos de "novedad"; a ser parteros de lo nuevo al alumbrarlo, lo cual conlleva optar por realizar acciones en todas las dimensiones de nuestra vida en las que falta vitalidad renovada. Importa llegar a asumir la innovación y entrar en procesos. Renovación, revitalización en nuestra vida es entrar en una aventura novedosa. Por eso, es sugestivo que nuestra propuesta personal esté centrada en la novedad, en lo inédito, lo que nos va llenando de dinamismos distintos que van animando el presente y proyectando un futuro promisorio que nos saca de las dudas e incertidumbres. Cuando se entra en la dinámica de lo nuevo, bien podemos decir que nos aguardan aspectos de la plenitud que apenas sospechamos.

Nos acercamos hacia el final de esta obra y puede ser oportuno preguntarse: ¿Lo nuevo dentro de 20 años será como lo nuevo de hoy? La innovación incide sobre la misma innovación. De eso no hay duda. El gran interrogante que nos surge no es otro que saber cuál es lo permanente en lo nuevo y que va a seguir apareciendo, y cuál es lo novedoso y lo relevante en lo nuevo. Si volvemos a la imagen que nos acompaña en este final del libro, concluiremos que querríamos saber a qué se reduce la pequeña bellota, la que permanece, y en qué se ha transformado en el grande y diverso roble, y que habrá de similar en el próximo árbol.

Para que esa continuidad que no rompe la novedad se dé, lo nuevo consistente se apoyará en un paradigma apropiado: el paradigma de lo nuevo, que lo podemos identificar como un paradigma relacional, emergente, que tiene fuerza creativa, comunitario, original e innovador, indomable. Ese paradigma parte de un hecho, de un tocar lo nuevo, lo vivo; sigue por convertirlo en un sueño y corresponde a lo nuevo en colores; de ahí se pasa a un diseño que supone un aprendizaje efectivo, y por fin ese paradigma es un destino o, mejor dicho, lo nuevo es un destino. Sólo así ponemos en marcha lo nuevo. No hay duda de que una organización muere cuando mata el proyecto que la ha hecho surgir. Eso pasa con lo nuevo. Por eso es importante no agobiarlo con la estructura. Y para ello el ideal es que la estructura sea nueva, ligera y generadora de vida. Es importante que sea sostenible y persistente, y proceder frente a lo nuevo como la tenca que "no suelta el canto y disputa a la noche rama por rama" (Joaquín Alliende en Sámara, Grijalbo, 2003, p 58).

A la sombra del roble caben muchos. A la sombra de lo nuevo caben todos. Como ya hemos indicado, lo nuevo tiende a ser inclusivo e incluyente y pide involucrarse en ello. Para ello hay que acogerse a lo nuevo y acogerlo debidamente. Lo nuevo ayuda a recono-

cernos como legítimos iguales en lo diverso. Una vez más, en la diferencia se pueden crear cosas nuevas.

No hay duda de que para que lo nuevo quede plantado de sus frutos se precisan acciones demostrativas de lo nuevo; acciones que muestren que lo nuevo es posible. Puede ser nuevo el que disminuya la drogadicción, que aumente el número de reclusos que se rehabiliten y rehagan su vida, que se gobierne un país con transparencia, que los jueces administren justicia con equidad, que los ancianos amen la vida... Estas acciones mediadoras hacen que lo nuevo sea posible y real.

Esas acciones son innumerables y desde luego no me niego a hacer larga la lista y que el lector añada las que estime conveniente: sueño, realidad, personas innovadoras, revolución, nueva tecnología, movimiento, iniciativas, urgencias, emergencias, utopía, proyecto, fundaciones, responsabilidad, aprendizaje vital, presente con futuro, trabajo inagotable, compromiso, alegría, inspiración, acción social, acoger lo diverso, imaginar el futuro, cambios, escucha activa, creación, conversación, pasión, aprender a imaginarse...

Este libro quiere dejar con varias convicciones que se aprenden contemplando las bellotas, los robles y sobre todo los grandes innovadores. Estas están consagradas por el dicho popular: "es más fuerte que un roble". Pero al mismo tiempo es un árbol real, como reales son los hombres y mujeres que enfrentan problemas complejos de la sociedad y saben de debilidades personales y ajenas. Estos emprendedores son obsesivos en detectar un problema y en imaginar una solución. Esos hombres y mujeres no abundan, pero tampoco escasean. Han aumentado últimamente. Han descubierto muchas bellotas y terrenos adecuados. Han inventado nuevas formas de organización. En el fondo, han encontrado más libertad, más eficacia y más compromiso productivo. Hay una asociación mundial –Ashoka– que reúne personas con ese talante. Vayamos a las convicciones:

–Los grandes o pequeños emprendedores saben que están ante lo difícil. Ya Nicolás Maquiavelo recordaba en su obra "El Príncipe" que:

"No hay cosa más difícil de tratar, ni más dudoso de conseguir, ni más peligroso de conducir, que hacerse promotor de la implantación de nuevas instituciones. La causa de tanta dificultad reside en que el promotor tiene por enemigos a todos aquellos que sacaban provecho del viejo orden y encuentran unos defensores tímidos en todos los que se verían beneficiados por lo nuevo".

–Nadie tiene la primacía y sobre todo la exclusividad de lo nuevo. Pero todos estamos llamados a verlo, actuarlo y contagiarlo. Sobre todo, si por nuevo entendemos volver a lo sencillo, al alma de las cosas. Nos toca hacerlo no como "el llanero solitario" de las películas del Oeste, sino solidarios; ni con la puerta cerrada, sino con la puerta siempre abierta a todo y a todos, y dejando mucho espacio a la intuición creativa, que cuando de muchos viene se hace especialmente fecunda.

–Para que sea menos difícil no les puede faltar un enfoque acotado, creatividad práctica y una fuente de energía a largo plazo para anticipar un cambio de sistema. Les tiene que

acompañar la idea de lo diferente que será la sociedad cuando la idea concebida y nueva funcione. Por supuesto, se tiene que ayudar de los demás. El verdadero innovador social tiene que escuchar muy bien el entorno y enterarse de lo que en él está pasando. No le puede faltar la honradez; su integridad es uno de sus activos más importantes.

–Les toca estar muy motivados por el altruismo, lo que no siempre sucede. Con frecuencia están más interesados en sí mismos, en el sentido de que hacen caso a sus instintos, siguen sus deseos y persiguen con tesón sus ambiciones. Sin embargo, precisan de grandes y generosas motivaciones.

–No hay duda de que las personas que suelen resolver problemas y hacer grandes emprendimientos sociales tienen que llegar a creer un día en su vida que pueden resolver problemas. Esta creencia no surge de repente. Se va creando a medida que esfuerzos de pequeña escala van desembocando en otros a escala mayor. Quienes actúan con esta creencia la extienden a los demás. Dejan de ayunar de esperanza. Se hacen jóvenes, vitales y a todas luces sedientos de vida. Son tremendamente contagiosos. Sus historias se deben contar. Así se pone música a la letra. Así se puede hacer del mundo un lugar mejor.

–Quien cree en Dios debería creer en lo nuevo y hacerlo de una manera consecuente. La vida es corta y la muerte definitiva. Y toda vacilación cuesta un tiempo vital irreconciliable e irrecuperable. Hay que confrontarse con lo nuevo tal como hay que hacerlo con los valores, las neurociencias, la libertad humana o el camino hacia la felicidad. A esos niveles hay que situar lo nuevo. Sobre ello hemos escrito de una manera que hemos intentado que fuera intensa –lo nuevo no nos deja para nada indiferentes–, divertida, respetuosa y sabia. Confiamos que así se lean estas páginas. Plantearse lo nuevo es un desafío personal para todo ser humano. Para así entenderlo hay que tener una conversación con lo nuevo. Eso intenta ser este libro. Ese ha sido nuestro empeño y afán al escribirlo.

–La última idea y reflexión nos viene de Mario Benedetti. No nos rindamos ante lo nuevo. No se rindan los buenos, los emprendedores y los buscadores de más y de mejor. Lo había ya dicho en el encabezamiento de la presentación de este libro: Hagámoslo posible:

*“No te rindas, aún estás a tiempo
De alcanzar y comenzar de nuevo,
Aceptar tus sombras, enterrar tus miedos,
Liberar el lastre, retomar el vuelo.
No te rindas que la vida es eso,
Continúa el viaje, perseguir los sueños,
Destruir el tiempo, correr los escombros
Y destapar el cielo.
No te rindas, por favor, no cedas.
Aunque el frío queme, aunque el miedo muerda,
Aunque el sol se esconda y se calle el viento,
Aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus sueños.
Porque la vida es tuya y tuyo también el deseo,
Porque lo has querido y porque te quiero.*

*Porque existe el vino y el amor, es cierto.
Porque no hay heridas que no cure el tiempo.
Abrir las puertas, quitar los cerrojos,
Abandonar las murallas que te protegieron,
Vivir la vida y aceptar el reto,
Recuperar la risa, ensayar el canto,
Bajar la guardia y extender las manos,
Desplegar las alas e intentar de nuevo,
Celebrar la vida y retomar los cielos.
No te rindas, por favor, no cedas,
Aunque el frío queme y aunque el miedo muerda,
Aunque el sol se ponga y se calle el viento,
Aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus sueños.
Porque cada día es un comienzo nuevo.
Porque esta es la hora y el mejor momento.
Porque no estás sola, porque yo te quiero”.*

No puede faltar una invitación a asumir lo nuevo. Hacer realidad una sociedad que no es la de los mercaderes, ni la de los conquistadores, ni la de los empresarios ciegos, ni la de los indígenas cerrados en lo suyo, ni la de los dictadores de tiempos diversos, sino la sociedad del espíritu, edificada sobre los cimientos del bien, la belleza y la verdad. Esa nueva sociedad sería la de una humanidad reconciliada y reconciliadora, gozosa y no vieja ni aburrida, capaz de dar un poco más de lo que recibe. En ese grupo humano no dudo que se instalará lo nuevo.

Pero esa invitación la tiene que acompañar el coraje para innovar que implica innovarse; para de-construir y no con martillo, sino con destornillador para desmontar lo obsoleto, lo a-histórico, las estructuras desfasadas en el tiempo; en fin, para saber reconstruir, para dar con lo nuevo y mejor. Para hacer este último paso se requieren espacios de libertad, creatividad y ensayo comunitario. Destruir lo puede hacer uno solo. Reconstruir nunca; se precisa el grupo, la comunidad. En el fondo, esta gran invitación es a surcar nuevos caminos, muchos de los cuales, además, ya se están abriendo en medio de la opacidad de la historia. Las transformaciones en curso no apuntan a la de-construcción de la humanidad. Buscan la humanidad nueva. No es difícil ver hombres y mujeres encadenados al pasado. Lo nuevo nos lleva a encadenarnos con el futuro y ponernos por obra. En una palabra, nos hace pasar de ser meros espectadores de lo nuevo a convertimos en protagonistas, y de los que ejercen para que nos tengamos que quedar, ya que “qué temprano se nos hizo tarde”.

*Y terminamos con un canto a lo nuevo.
Me encanta cuando pronuncias la palabra nuevo.
Me fascina oírte decir ¡nuevo!
Es música en tus labios y en los míos,
es explosión de vida,
es afirmación generosa y alegre de todo lo que son los otros*

*y queremos que sean los demás
y para comenzar, nosotros mismos.
Es sílabas rápidas y cortas,
es nota aguda, es proclamación decisiva.
Es proclamación de fe y de esperanza
y por tanto de amor solidario.
¿Hemos caído en la cuenta?
¿Nos hemos fijado en que cuando decimos ¡Nuevo!
estamos afirmando nuestra vida,
estamos confiando en Dios,
confiando en la Providencia
que se compromete para hacer realidad
nuestra confianza y verdad, nuestra palabra?
Cuando decimos “nuevo” con esa energía
y esa vibración con que lo decimos,
estamos haciendo que todo el que nos oiga crea en la vida,
se enamore del mundo, se afiance en la eternidad.
Cada ¡nuevo! tuyo y mío, nuestro, es un grito,
un testimonio, un empujón de gracia
para los que nos oímos.
Nos está sonando por largo tiempo en los oídos
ese ¡nuevo! de nuestros labios,
tan claro, tan valiente, tan tuyo y tan mío.
Todo nuestro ser nos ayuda el escucharlo.
Toda nuestra vida es un lento aprender a pronunciarlo,
a decir ¡nuevo!*

No debemos privar de la semilla de lo nuevo a la tierra fértil que necesita de ella para producir todo lo bueno que posee en sus entrañas. Para que el fruto llegue no puede faltar la acción generosa del innovador que habita, a veces solapado, en el alma de muchos. A él le corresponde escribir un capítulo más para este libro en el que se encontrará la mejor receta y propuesta para hacer posible lo nuevo hoy en Chile. Todos tenemos una palabra que decir y un aporte que hacer.

Por lo mismo, hay un tono y palabra que no puede faltar en este final del libro. Y es el término: mandato. Existe un mandato que todos recibimos al recorrer estas páginas para hacer que lo nuevo sea posible. Cada uno tiene que hacerse cargo de esta tarea que es también misión. Ello supone mantener vivo este mensaje y proceder a la acción y al compromiso. Nuestra conversación sobre lo nuevo se inició y se consolidó. Ha llegado el momento de poner por obra y, como nos dice el poeta y dramaturgo Calderón de la Barca, de pasar de la mente al teatro de la vida. Y “más de cien en horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro”.

Ese mandato tiene que producir un impacto. Como el que se origina cuando alguien arroja una piedra en el centro de un lago o de un estanque y el agua quieta se agita forman-

do círculos cada vez más grandes que se contagian unos a otros su estremecimiento. "El agua al agua le susurra". Lo nuevo produce una resonancia; resonancia que se va comunicando de una vida a otra vida y las va "alterando". Todo parte del centro del estanque, que es el corazón, como el núcleo de la experiencia personal. De ahí la vamos pasando de uno a otro y tiene que llegar a mover las aguas de la política, de la economía, de la convivencia social, de la educación. Pero para ello alguien tiene que tirar la piedra.

Bibliografía

Para ahondar, ofrecemos un poco más de cincuenta autores y obras relacionadas con el tema:

- José A. Marina, **Elogio y refutación del ingenio**, Anagrama, Barcelona, 2005
- J. Bruner Actual minds. Possible Worlds, Harvard Univ, 1986; traducción castellana: **Realidad mental y mundos posibles**, Gedisa, Barcelona, 1988
- J. Derrida, **L'écriture et la différence**, Senil, París 1967; **La escritura y la diferencia**, Anthropos, Barcelona 1989.
- E. Trías, **Conocimiento, memoria e invención**. Muchnik, Barcelona 1992.
- G. Vattimo, **Il pensiero debole**, publicación en castellano: **El pensamiento débil**, Cátedra, Madrid 1989.
- G. Lypovetsky, **La era del vacío**, Anagrama, Barcelona, 1993.
- N. Goodman, **Ways of Worldmaking**, Hackett Publishing Company, 1988; traducción castellana: **Maneras de hacer mundos**, Visor, Madrid, 1990.
- B. Gracian, **Obras completas y especialmente Agudeza y arte de ingenio**, Aguilar, Madrid, 1960.
- L. Carroll, **Alicia en el país de las maravillas**, con comentarios de Martín Gardner, Akal, Madrid 1994.
- J. Ries, **Crisis, rupturas y cambios**, Ed. Trota, Madrid, 2001.
- J. Kotter, **Our Iceberg is Melting**, St Martin Press, New York, 2006.
- Th. Kung, **The Structure of the Scientific Revolutions**, Univ. Chicago, 1996; Castellano La estructura de las revoluciones científicas, FCE México 2001.
- Ian G. Barbour, **Myths, Models and Paradigms. A comparative Study in the Science & Religions**, Harter & Row, San Francisco 1974.
- J. Sacks, **The Dignity of Difference**, Londres, 2002.
- E. Morin, **El método, 5 La Humanidad de la Humanidad. La identidad humana**, Cátedra, Barcelona, 2006.
- D. Bornstein. **Cómo cambiar el mundo hoy**, Debate, Barcelona, 2008.
- _____ **The price of a Dream, The Story of the Grameen Bank**, University of Chicago Press, Chicago, 1997.
- A. Seco Muñoz, **Utopía frente a la recreación del pasado**, NuevaMadrid, 2009.
- L. Wailer, **Encuentros con lo nuevo** (evangelio), Publicaciones CLAR, Bogotá, 2009.
- AAV. **Posible, otro Chile**, Editorial SM, Santiago de Chile, 2008.
- AAV, **La confianza en Chile hoy es posible**, Editorial SM, Santiago de Chile, 2009.
- J. Chitstter, **El don de los años, saber envejecer**, Ed. Sal Térrea, Santander, 2009.
- AAV. **Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy**, PPC 2008.
- M. V. Treviño, **La palabra en odres nuevos, presencia y latido**, Desclee de Brouwer, 2009.
- Ph. Jenkins, **The new Faces of Christianity**, Oxford Univerity Press, 2008.
- H. Gardner, **Mentes creativas, una anatomía de la creatividad**, Paidós Ibérica, Barcelona, 1998.
- _____ **Buen trabajo, cuando ética y excelencia convergen**, Paidós Ibérica, Barcelona 2002.
- J. Collins y J. Porras, **Empresas que perduran: principios básicos de las compañías con visión de futuro**, Paidós, Ibérica, Barcelona 2006
- J. O'Toole, **Leading Change, The argument for Values-Based Leadership**, Ballantine Books, NY 1996.
- St Johnson, **Sistemas emergentes o qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software**, Madrid 2003.
- D. Fried Schnitman, **Nuevos paradigmas en la resolución de conflictos. Perspectivas y prácticas**, Granica, Buenos Aires, 2000.
- F. Claro, **De Newton a Einstein y algo más**, Ediciones de la Universidad Católica, Santiago de Chile, 2009.
- Corominas, J. Vicens, J.(2008) **Conversaciones con Xavier Zubiri**. Madrid: PPC.
- C. Díaz, **El hombre, animal no fijado**, PPC, Madrid, 2002.
- H. Küng, **Proyecto de una ética mundial**, Ed. Trota, Madrid, 1999.
- M. A. Ramiro, **Anatomía de la utopía**, Dykinso S. L. Madrid, 2008.
- A. Gerard, **Un ensayo sobre el genio**, Siruela, Madrid, 2009.
- J. M. Mardones, **En el umbral del mañana**, PPC, Madrid, 2000.
- I. Ramonet, **Un mundo sin rumbo**, Debate, Madrid 1997.
- S. Huntington, **El choque de civilizaciones**, Paidós, Barcelona, 1998.
- A. Lipietz, **Elegir la audacia, una alternativa para el siglo XXI**, Ed Trota, Madrid, 2008.
- S. Weil, **Echar raíces**, Ed. Trota, Madrid, 2000.

- A. Seco Muñoz, **Utopía frente a recreación del pasado**, Ed. Nueva Utopía, Madrid, 2009.
- E. Bloch, **El principio de la esperanza**, Ed. Aguilar, Madrid, 1980.
- P. Ricoeur, **Ideología y utopía**, Ed. Gedisa, Barcelona.
- A. Giddens, **Modernidad e identidad del yo**, Península, Madrid, 2000.
- F. Berríos, J. Costadota, D. García, **Signos estos tiempos, Interpretación teológica de nuestra época**, Ed. Universidad Padre Hurtado, Santiago, 2009.
- M. Coscione, **América Latina desde abajo**, Ed. Abya Yala, Quito, 2009-09-23.
- N. Werneck Sodre, **Historia da História nova**, Vozes, Petrópolis, 1988.
- M. Rita Gramigna, **Líderes inovadores, ferramentas de criatividade que fazem a diferença**, M. Books Editoria, São Paulo, 2007.
- F. Lamarca, **Las prisas pasan, las cagadas quedan**, Ediciones La Tercera, Santiago de Chile, 2009.
- R. Luneau y P. Ladrière, **Le retour de certitudes**, Ed. Centurión, Paris, 1998.
- M. Castells, **Competencias para el diario vivir**, Barcelona, 2008.
- W. J. Hanegraaff, **New Age Religion and Western Culture**, Leiden- New York-Köln, 1996.
- B. González Buelta, **Tiempo de crear**, Sal Terrae, Madrid 2009.